de muchos prototipos mexicanos, prendidos en el cañamazo de los sucesos nacionales de mayor gravedad y trascendencia. El individuo que, al amparo de no importa qué bandera, va más allá de donde los románticos se quedan; aquel que salta sobre los sucesos sin que lleguen a envolverlo; ese que vive sin querer entender nada de todo eso que son "planes" y "principios" en que otros se ahogan, es un tipo de mayor efectividad en nuestra historia de lo que estamos acostumbrados a reconocer. Hay que leer El periquillo sarniento para saber algo del auténtico mexicano de principios del XIX.

El recorrido del aventurero "Camonina", que de simple arrapiezo, hijo del inmigrado "Caramocha", llega a "marqués" y se acerca a un trono, está lleno de colorido novelesco. Hasta dónde era invención su vida, según unas memorias apócrifas aparecidas en el siglo pasado, y hasta dónde se tocaba con la verdad, ha sido el tema de esta acuciosa investigación, sabrosamente contada por Héctor R. Olea, que labra una faceta más de nuestra fábula mexicana.

Jesús Sotelo Inclán.
1951.

Colección Bachiller
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Jorge Carmona tuvo, como Gil Blas de Santillana, su hada madrina, su Mencía de Mosquera, que lo colmó de riquezas, después del encuentro con la dama enlutada, al descender del carruaje para penetrar al templo de San Francisco, en la calle de Plateros. Su boda con la bella horchatera, viuda y heredera de Béistegui. Su título nobiliario comprado en algunos miles de francos, en París. Él sabía que era tan aristócrata como Periquillo doctor. Pero hacía gala de sus blasones mostrencos como desquite irrisorio de su turbio y tormentoso pasado.

Héctor R. Olea ha sabido engarzar en el oro macizo de sus joyeles esta ruidosa trama de una vida tan jugosa que parece fantasía desmesurada, un poema rutilante que se desgrana sobre el abismo verde de Caribdis, entre un tumulto de espumas.

La vida del marqués de San Basilio es la justificación más rotunda del famoso apotegma de La Bruyere: "Se vale en este mundo lo que se quiere valer".

En esta pujante reconstrucción de la época más trascendental y fecunda de nuestra vida literaria y artística, Héctor R. Olea cumple airosamente con el Evangelio estético de don Benito Pérez Galdós; el gran solitario, el demiurgo del esfuerzo, el coloso del pensamiento: "La literatura debe ser siempre enseñanza, ejemplo. Yo escribí siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, con el propósito de marcar huella".

COBAES
COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE SINALOA

SINALOA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA Y CULTURA

SEP
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Héctor R. Olea
Andanzas del marqués de San Basilio

COBAES
COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE SINALOA

Colección Bachiller
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Rescate histórico

El historiador Héctor R. Olea, que ha hecho una especialización estudiando personajes y sucesos que en alguna forma tienen relación —así sea tangencial— con los estados del noroeste de México, después de entregarnos, en su libro anterior, el magnífico relato de las Infidencias de Fray Bernardo del Espíritu Santo, nos ofrece una nueva y amenísima crónica con las andanzas de un personaje que reclama colocarse —por derecho propio— entre los más populares de la vida mexicana.

Las Andanzas del marqués de San Basilio pintan, en efecto, la figura de todo un carácter mexicano, más propiamente del mexicano que se forjaba en el pasado siglo XIX, envuelto en mil contradicciones y vicisitudes. Parece arrancado de una gran novela picaresca y en esto reside su principal valor; porque no toda nuestra historia ha de ser muestrario de gestos dramáticos, lindando siempre con lo patético y lo grotesco. Los historiadores nos tienen acostumbrados a la mueca de lo heroico, y por eso nos llenan la historia de héroes y villanos. El equilibrio exige la otra cara: la de la farsa y la picaresca. Picaresca pura ha sido la vida

Héctor R. Olea

Andanzas del marqués de San Basilio

Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

LIC. QUIRINO ORDAZ COPPEL
Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

LIC. GONZALO GÓMEZ FLORES
Secretario General de Gobierno

DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA
Secretario de Educación Pública y Cultura

MC. SERGIO MARIO ARREDONDO SALAS
Director General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

PROFRA. LETICIA SERRANO SÁINZ
Secretaria General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

LIC. YAHAIRA SHANTAL LÓPEZ ÁLVAREZ
Directora de Extensión de la Cultura

Andanzas del marqués de San Basilio
Héctor R. Olea

Segunda edición
© 2017 Derechos Reservados. Edición. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Av. Independencia No.2142 Sur. Col. Centro Sinaloa, C.P.80129,
Culiacán, Sin. Tel. 01(667)758-68-30

Culiacán Rosales, Sinaloa, Octubre de 2017

ISBN

Colección Bachiller
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Edición a cargo de la Dirección de Extensión de la Cultura

Edición con fines culturales, no lucrativos

Cuidado de la edición: *Jesús Hidalgo Mendoza*
Maquetación: *Gilberto Cobarrubias Rodríguez*
Diseño: *Ito Contreras*

Hecho en México / *Printed in Mexico*

Versión digital en www.cobaes.edu.mx

El marqués de San Basilio

Cayó de pie Jorge Carmona en el pitayal

Perdone, don Héctor, pero su libro me lo robaron.

No me enojé, porque cuando se roba un libro es por algo.

Me dejaron sin mi *Marqués de San Basilio* y durante años navegué con las arremetidas del recuerdo cuando alguien me preguntaba sobre ese simpático vaquetón que fue Jorge Carmona.

Fue entonces que el mito fue creciendo con las deformaciones, cuando la memoria se empieza a erosionar por el efecto corrosivo de los años.

Válgame Dios, qué hermosa estampa: el presbítero don José de Jesús Espinosa de los Monteros, "Cura Interino y Vicario Foráneo", de la iglesia parroquial de Culiacán, oyó a la pareja formada por Manuel Carmona y Dolores Liencles, que quieren darle calidad de cristiano a un pequeño niño gordezuelo y de mirada esquiva y juguetona.

Don Rafael de la Vega y Rábago exclama con honesta admiración. "¡Este niño será un gran hombre!".

Y tuvo razón: fue un gran hombre. Corrió la vida rápido y Jorge de la Paz Carmona se fue haciendo visible.

Ligó fortuna de viudas, hizo negocios sin tener capital, se revolvió con políticos y aristócratas en decadencia, y compró el título de marqués en una tienda de antigüedades.

Y aquel hijo del *Caramocha* Manuel Carmona, famoso en la Villa de San Miguel de Culiacán por sus sabrosas carnitas de puerco, cobró fama.

En el análisis de la literatura nacional se dice que Jorge de la Paz y el Periquillo Sarniento tienen mucho parentesco.

Tal vez.

Leí el libro de don Héctor cuando no se leían libros sinaloenses, simplemente porque no los había.

El de don Héctor fue editado gracias al apoyo económico del general Macías, gobernador, en 1951.

Cayó el libro en manos avaras y se fue haciendo raro, deviniendo en joya de biblioteca.

Vuelve a editarse las *Andanzas del Marqués de San Basilio*, cuando el ingeniero José Antonio Malacón Díaz, director general del Colegio de Bachilleres de Sinaloa, decide darle una segunda vida.

Ningún favor más esclarecido a la cultura sinaloense que esta plausible decisión.

Bienvenida sea esta obra que instala la picaresca en la literatura sinaloense.

No es fácil escribir un libro tan sangre liviana como éste. Generalmente, en Sinaloa se escriben libros muy solemnes y acartonados.

Que esta savia rejuvenecedora alivie los malestares de nuestra literatura, y que don Héctor R. Olea insiste en cuál es el camino para llegar temprano y con sol al rancho.

Herberto Sinagawa Montoya

Engarce

Héctor R. Olea ha realizado una biografía novelada, de tan subidos quilates, comentando los pasajes más salientes de las Memorias del que fuera precoz degollador de borregos en el rastro improvisado de su padre, en Culiacán; monaguillo después, buhonero incansable y espía gandarista en Sonora; mayordomo de haciendas, oficial en las tropas liberales del Gral. Pesqueira, en las que tiene su bautismo de fuego en el reñido encuentro de Los Mimbres, ha hecho una obra, decíamos, de los mismo alcances morales, en la filosofía de la acción, que la ***Vida de Don Quijote y Sancho***, de Unamuno, en la que el irreductible bilbaíno corporificó las epopeyas de la voluntad y las conquistas del ensueño logradas por la fe de un visionario. El autor va glosando los párrafos del memorialista con una prosa rítmica, de opulencias musicales de giros elegantes y castizos, expresando su emoción con la gracia metafórica de un poeta y con las líneas armoniosas que deja el escultor en la tersura del mármol.

Olea, ha cultivado la historia, desde sus mocedades,

para la que exigía Grimm, un genio profundo y grave, que es lo que conviene a su dignidad y grandeza, con dedicación absoluta, concretando lo pasado en muchos siglos en una admirable síntesis. Dentro del escenario apocalíptico de la guerra de Reforma y del Imperio, mueve la figura de un aventurero codicioso de gloria que parece escapado por un capricho de Cronos, de la República de los vagabundos, de Panteleev, por los sedimentos de regeneración que lleva en el fondo de su espíritu y que lo transforman en hombre de garra que se va elevando con sus hechos heroicos en los campos de batalla, en las algaradas políticas, en las intrigas palaciegas y en la comedia amorosa en la que priva con la misma astucia y fanfarrona arrogancia del burlador de Zorrilla.

Altivo, contradictorio, tenaz, tras del rapto novelesco de Marta, y de mil lances adulterinos con maritornes, figoneras y barraganas que se le rinden en el diario trajín de las carretas trashumantes de pintorescos titiriteros, vive en el exilio, durmiendo bajo los muelles de un puerto yanqui, sirviendo de cochero, pasándose las horas en el grotesco mundo de los hampones, y regresando al país, para vestir el uniforme de los jenízaros del Archiduque, escoltando a la comitiva imperial en sus frecuentes viajes de México a Cuernavaca.

Jorge Carmona tuvo, como Gil Blas de Santillana, su hada madrina, su Mencía de Mosquera, que lo colmó de riquezas, después del encuentro con la dama enlutada, al descender del carruaje para penetrar al templo de San Francisco, en la calle de Plateros. Su boda con la bella horchatera, viuda y heredera de Béistegui. Su título nobiliario comprado en algunos miles de francos, en París. Él sabía que era tan aristócrata como Periquillo doctor. Pero hacía gala de sus blasones mostrencos como desquite irrisorio de su turbio y tormentoso pasado.

Héctor R. Olea ha sabido engarzar en el oro macizo de sus joyeles esta ruidosa trama de una vida tan jugosa que parece fantasía desmesurada, un poema rutilante que se desgrana sobre el abismo verde de Caribdis, entre un tumulto de espumas.

La vida del marqués de San Basilio es la justificación más rotunda del famoso apotegma de La Bruyere: "Se vale en este mundo lo que se quiere valer".

Tras de los laureles de este libro que es un alarde de fuerza creadora, por su "intuición serena, profunda y total de la realidad, por su optimismo generoso, que todo lo redime, purifica y ennoblece", Héctor R. Olea ha refrendado su triunfo con la biografía de Micrós, el humorista genial de "Las semanas alegres", en donde se ve pasar la pléyade brillante acaudillada por el Duque Job, desde las trincheras iconoclastas y luminosas de su imperecedera Revista Azul.

En esta pujante reconstrucción de la época más trascendental y fecunda de nuestra vida literaria y artística, Héctor R. Olea cumple airosamente con el evangelio estético de don Benito Pérez Galdós, el gran solitario, el demiurgo del esfuerzo, el coloso del pensamiento: "La literatura debe ser siempre enseñanza, ejemplo. Yo escribí siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, con el propósito de marcar huella".

Ernesto Higuera. 1959.

Caramocha

La villa de San Miguel de Culiacán, situada en Sinaloa, provincia mexicana, en el tercer decenio del siglo XIX, semeja una lámina de algún novelón de caballerías o la litografía de un lugarejo de Castilla la Vieja. El edificio de esta villa, tal como la vio el mitrado geodesta don Alfonso de la Mota y Escobar, es todo de adobes y las casas bajas sin altos; calles anchas y derechas; con una gran plaza, en la cual está fundada la iglesia parroquial, dedicada al arcángel San Miguel.

Veintinueve años cuenta el siglo. Las macizas y soleadas casonas llegan por el sur a la huerta de la ermita de San José; por el norte, a las orillas de los ríos Humaya y otro caudaloso que en lengua de los naturales es Batacudea, y en la de los españoles el río de Topia (hoy Tamazula); por el oriente, los históricos barrios del Calvario y San Miguel, donde se levantó el cementerio de San Juan Nepomuceno y se fincaron las primeras barracas; al poniente, solares baldíos, la planicie yerma dilatándose por odiosos campos hasta el mar Bermejo.

La ciudad se componía, además —según plática del viandante don Francisco Gómez Flores—, de caserones ruinosos, solares escuetos, vallas desvencijadas y páramos; compartían los murciélagos con los habitantes el derecho de vecindad.

En esta villa de españoles, no existían más edificios dignos de mención que la Casa de Moneda, construida durante el virreinato en la esquina de la calle Real y callejón del Oro y de cuyos patios, amplios y empedrados, salían las diligencias y ***conductas,*** hatajos de bestias cargadas de valores y custodiadas por hombres armados. Y también, la antigua Parroquia de arquitectura indefinible y además, formando cuadro a la Plaza de Armas (zócalo), las casas de pudientes y linajudos vecinos, como los Iriarte, los Martínez de Vega, los Orrantia y Antelo, los Fernández Rojo, los Espinosa de los Monteros, los De la Vega y Rábago y otros tantos más. Culiacán por las noches guardaba su tranquilidad bajo la mirada de cinco ***serenos*** y alumbraba sus callejas con dieciocho farolas.

Pobló esta villa el conquistador don Nuño Beltrán de Guzmán, un célebre guerrero español, para los más, de natural altivo, soberbio, hinchado y de ánimo cruel; y en el criterio de otros, un hombre discreto y bien hablado, docto en leyes, de gran ánimo e inclinado a grandes proezas. Sobre la fundación de la citada villa dan fe las crónicas de la conquista del reino de la Nueva Galicia.

El telón del tiempo descorrido por la mano de la musa Clío, como en los foros de la mitología, muestra en el escenario de aquel vasto teatro de occidente a San Miguel de Culiacán, villa ilustre, admiración de los viajeros de antaño.

La época en que principia la acción, es aquel año del Señor de 1829. En la diáfana claridad de una mañana del mes de julio, el arrebatado girar de las campanas hace volar a los palomos de las cornisas de la iglesia y abajo, en el atrio, el Comandante Militar de la Provincia, don Fermín de Tarbe, ejecuta una salva de artillería, mientras el pueblo digno y colérico, grita:

—¡Queremos a Iriarte de Gobernador!—mientras otros agregan, más exaltados y bravíos:

—¡Que se separe Sonora del Estado de Occidente!

—¡Que se respeten nuestros derechos!—vociferaban.

—¡Que se reponga al gobernante legítimo!—añadían los más.

Era que el pueblo se había pronunciado exigiendo la división del Estado de Occidente en dos (Sonora y Sinaloa) y la reposición del señor gobernador don Francisco Iriarte.

Ahí encontramos a nuestro personaje, un hombre rudo, casi plebeyo, que agita a la chusma enardecida.

Entre la multitud airada se destaca aquel tipo: alto y robusto, cobrizo el color, ojos negros con mirada dura de alcatraz, altanera la voz, el ademán firme y la mandíbula tatuada por una fea cicatriz que le traza en el rostro un visaje cómico, motivo para que la ironía popular le diera el remoquete de ***Caramocha,*** exactamente porque tenía media quijada hundida de un machetazo, Tal es el hombre que inicia nuestro relato.

Caramocha tiene por nombre de pila el de Manuel Carmona; pero es más conocido por su apodo. Nació en la República de Chile, hermoso país con nombre de pájaro, el de una gaviota que vive en sus largos litorales. Desde esas lejanas tierras, extendidas en las faldas de las abruptas montañas de la cordillera de los Andes, bañadas por el abierto mar del Océano Pacífico, había llegado este singular trotamundo al puerto de Altata, en un velero que procedía de Callao o Valparaíso.

Nos cuentan sobre la vida de ***Caramocha*** infinidad de consejas, leyendas, gestas heroicas de navegante al corso, que convierten su biografía en una paradoja. Sus espontáneos apologistas no hacen grandes esfuerzos de imaginación para decir que ***Caramocha*** había contado entre sus antepasados a una bella mestiza descendiente

de una araucana, o sea de aquellas mujeres que encontraron los soldados del capitán Diego de Almagro, que practicaban la poligamia y desempeñaban los trabajos más duros, convertidas en esclavas, y que podían ser vendidas por sus maridos. Y por el lado paterno hervía dentro de sus venas la sangre española de un criollo vástago de una familia andaluza.

Mas no importa saber en qué vientre se formó el pintoresco *Caramocha*, sino que su niñez estuvo huérfana de holguras, se forjó a golpes como el hierro en la fragua, en aquel país chileno, duro, difícil y áspero, donde los hombres están condenados a un penoso trabajo para poder vivir.

Caramocha, no bien crecido, huyó de los lares paternos. Es un fogoso sujeto, de mente calenturienta, con ansias de viajero incansable. Debido al tráfico, frecuente entonces, de navegantes que pretendían emular las hazañas de Francis Drake, Thomas Caldrens y el famoso Bartolomé Sharp, es inexplicable la llegada del aventurero chileno, en uno de tantos veleros que fondeaban en las costas de Altata, aunque como simple grumete y no como héroe de naufragios o alijador de contrabandos, según lo pintaba la fama popular. Desde el siglo XVIII, la piratería hurgó los mares, alentada por personajes chilenos, y los audaces corsarios burlaban el cerrado comercio establecido por España con sus nombrados ***navíos de registro.*** La costa abierta, amplia, con numerosas ensenadas, sirvió de refugio seguro a estos hombres de mar.

Se ignoran los motivos que impulsan a *Caramocha* para quedarse en tierra y partir rumbo a San Miguel de Culiacán, a donde llega en lo más enconado de la lucha entre ***borbonistas*** y ***republicanos***. Este hombre ***sin oficio ni beneficio***, participa bien pronto en las intrigas políticas y se hace un tipo popular que interviene con toda naturalidad en los asuntos locales, como hemos reseñado anteriormente, y toma partido a favor del viejo y potentado gobernador Iriarte.

Caramocha modela su carácter entre aquellos criollos

astutos y ladinos cuyo retrato fiel nos ofrece el escritor Riesgo y Valdés, al hablarnos de la corrupción de muchos hombres dados al juego, a la embriaguez, a la concupiscencia de la carne, al uso del cuchillo y a la insensibilidad de las buenas acciones.

Emigra *Caramocha* después, poseído de la fiebre de oro, al Real de los Frailes, llamado también de la Purísima Concepción de los Álamos. Trabajó de *tenatero* en el rico mineral Planchas de Plata, y de alguacil en San Miguel de los Ures, pueblo importante de la Pimería Baja. Allí es un aventurero y vagabundo más entre los llegados a aquel lugar, como diría algún cronista, no pasajero ni cursado de gente extranjera; el chileno Carmona, en tal ocasión, casó ventajosamente con doña Dolores Liencles Guerrero y Espinosa de los Monteros, hermosa mujer quizá de origen sonorense.

Es de todas veras un deleite para los ojos aquel retrato antiguo de doña Dolores: cuerpo grácil, cutis blanco, nariz respingada, bellos ojos negros, diminuta y coralina boca, frente amplia con un monumental peinado, cuello esbelto aderezado con una cadena y cruz de oro cintilante caída en medio de sus pechos, que se adivinan entre el vaporoso ropaje.

En su linaje la esposa de Carmona tiene consanguinidad con la famosa familia Guerrero, venida de conquistadores, de la villa de Santiago de Sinaloa, y también algunas gotas de sangre de los inquietos Espinosa de los Monteros (capitán don Fernando y curas don Miguel y don José de Jesús), llegados de no se sabe dónde; quizá de los minerales de Guanajuato,[1] y parientes, tal vez, de doña

[1] El lugar de origen de la familia Espinosa de los Monteros ha sido precisado por copias certificadas que aclaran este punto; en esta documentación se encuentra el acta de matrimonio, autorizada por el Cura de la Parroquia de Culiacán, señor don Domingo José Pando y de la Granda, con fecha 15 de agosto de 1766, expresando que casó al señor don Juan Miguel Espinosa de los Monteros, hijo legítimo de don Christóbal Espinosa de los Monteros, difunto, y de doña Michaela de Amarillas, con doña María Rita Pérez de Mendoza, hija legítima de don

María Pérez Espinosa de los Monteros, que fuera abuela, por parte paterna, de don Miguel Hidalgo y Costilla, iniciador y mártir de nuestra Independencia.

Corrió el tiempo, casi ocho años, de que llegara a aquellas tierras ***Caramocha***. Cuando el aventurero regresa a Culiacán, ya unido en matrimonio, es una mañana luminosa con un tañer de campanas en la torrecilla antiestética de la parroquia, formada por cuatro cuerpos dóricos. En la antigua villa, que añoran los pacíficos vecinos, se contempla al norte de la iglesia la ***Plaza de Armas***, llamada así porque junto a ella estaba el cuartel de las Milicias Pardas y, después, de la Constitución, en homenaje a la Carta Magna de Cádiz.

Asisten al edificio poligonal de la iglesia, donde están el curato y el baptisterio, el austero y grave señorón don Rafael de la Vega y Rábago, varias veces gobernador, declarado primero benemérito y patriota, quien luce un largo casacón negro, pantalón blanco ajustado más arriba del abdomen por cuatro botones dorados, pechera alba, cuello alto y un moño en la garganta. Acompaña a tan conspicuo personaje doña Rosario de la Vega y Beltrán, cuya belleza causa asombro entre sus encajerías y brocados. Su falda ampona, su corpiño ajustado a la mitad de los robustos pechos ciñe también la cintura y apenas asoman sus medias de seda y sus chapines de raso.

Juan Miguel Peredo Mendoza y de doña Francisca de Quirós y Mora, españoles, ***todos vecinos y originarios de esta dicha Villa***. Fueron testigos de este acto, el Br. don Diego de Iturríos, don José Briar y otros muchos. Actuaron como padrinos: don Gregorio Espinosa de los Monteros y doña María Teresa Montes Vidal.

De este matrimonio nació don Fernando Espinosa de los Monteros, el día 22 de mayo de 1781, don Carlos Salomé, el día 22 de octubre de 1782, y los otros dos hermanos, don Miguel y don José de Jesús, que fueron eclesiásticos y no se fija la fecha de su nacimiento. Estos inquietos políticos, partidarios de la monarquía, fueron parientes de la señora madre de Jorge Carmona, doña Dolores Liencles Guerrero y Espinosa de los Monteros. (Manuscritos de la Mitra).

Se celebra el cristiano sacramento del bautismo. Un hombre obeso y colorado, jovial, don Pedro Macadre, y una hermosa dama, doña Rufina Liencles, con devoción ritual ofrecen ceremoniosos un niño, rechoncho y llorón, mientras el señor cura, don José de Jesús Espinosa de los Monteros, poeta clásico de talento no común, le moja la mollera en las aguas de la jordánica pila y entre latinajos le llama Jorge de la Paz, para cumplir con los cánones de la cristiandad.

Después el señor cura con letra bien dibujada, escribe con su pluma de ave en el voluminoso Libro de Actas de Bautismo forrado en pergamino, lo que sigue:

"En la Diócesis de Sonora, Sinaloa y las Californias, en la santa iglesia Parroquial de San Miguel de Culiacán en veinte y siete de enero de mil ochocientos treinta y siete; yo, el Presbítero don José de Jesús Espinosa de los Monteros, Cura Interino y Vicario Foráneo, durante el mes, en esta ciudad, bauticé solemnemente, puse el Santo Óleo y Sagrado Crisma a Jorge de la Paz, nacido en veinticuatro del corriente, hijo legítimo de don Manuel Carmona y doña Dolores Liencles; fueron sus padrinos don Pedro Macadre y doña Rufina Liencles, a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual".

El nuevo cristiano, Jorge de la Paz, es el segundo fruto del vientre de veinte años de doña Dolores; el primogénito lo fue su hermano llamado Carlos. Procuraremos seguir, hasta donde sea posible, su trayectoria desde la cuna hasta el sepulcro para lograr las páginas de esta biografía.

Después de la liturgia religiosa, cuando ***Caramocha*** recibe el tierno retoño de brazos de la madrina señora Liencles, don Rafael de la Vega y Rábago, profético, dijo:

—¡Este niño será un gran hombre!

Y vaya que se cumplió la profecía. Al correr de estas glosas nos causará asombro la vida y hechos del pequeño hijo de ***Caramocha***.

La madre, doña Dolores Liencles de Carmona, murió al siguiente año de ***cholerae morbus***. Deja a su hijo de tan corta edad que no tuvo éste tiempo para conocer el gran cariño que le profesaba su progenitora y creció ignorante de estos buenos sentimientos.

El señor Carmona, popular por el mote de ***Caramocha***, vino a menos, perdió la escasa fortuna de su esposa en malos negocios y en juegos de azar, y por el año 40 se dedicó al abasto, en la villa de Culiacán, entonces situado en la calle de San Felipe y que consistía en una ramada a lo largo de la cual las reses eran degolladas.

En relación con la infancia de Jorge sólo tenemos como fuente las ***Memorias,*** atribuidas a la pluma de don Adolfo Carrillo, escritas con bastante fluidez y profundo conocimiento, y de cuya veracidad total no podemos hacernos solidarios.[2]

---

[2] ***Las Memorias*** de referencia se han atribuido al señor don Adolfo Carrillo, por algunos bibliófilos, entre ellos don Manuel Vázquez de la Cadena, debido a la similitud de estilo literario con las ***Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada,*** que también se cree tienen por paternidad la chispeante pluma del citado autor.

El literato don Bernardo Ortiz de Montellanos, por desgracia desaparecido en plena madurez, publicó un artículo expresando sus juicios sobre este panfleto. Escribió:

"Un personaje más de la picaresca —fecunda en la literatura mexicana— construido en carne viva con las mismas pasiones, y con semejantes medios para satisfacerlas, que el Periquillo Sarniento o que Pedro de Urdemales, actor de singulares aventuras en la tradición popular, hijo de buena familia por su origen Cervantino. ***Jorge Camonina*** —Jorge Carmona es el nombre del ***autobiógrafo***— nace pobre, en Culiacán, Sinaloa, en 1830" (repite el crítico el error de ***Las Memorias).***

"—...preferimos —confiesa el aludido literato— este género de la Memoria por su sinceridad ingenua y su pureza, sobre todo, cuando, como las ***Memorias del Marqués de San Basilio,*** unen a esas cualidades .

Con esta reticencia espigaremos cuidadosos aquellos datos que fácilmente tienen una comprobación histórica. Dos aspectos de su niñez, considerados de importancia, influyen para formar su carácter y retrato espiritual. El primero, cuando nuestro personaje confiesa sus iniciales quehaceres en la vida; el segundo, que muestra sus sentimientos por la orfandad.

"El autor de mis días tenía el oficio de carnicero—relataba con sinceridad—, y yo pasé mi niñez chapoteando con los pies descalzos en la sangre de los cerdos y las terneras sacrificados. Yo aspiraba, con infantil deleite, las calientes emanaciones que se desprendían de la sangre, de la carne fresca y palpitante. Cómo gozaba cuando mi padre, con la camisa arremangada y el rostro colérico, hundía el cuchillo hasta las cachas en la maniatada res. El rojo líquido salía a borbotones de la herida y en su agonía el animal ponía los ojos en blanco, especialmente los borregos cuyas boqueadas tienen mucho de humano.

"A los diez años de edad degollé mi primer carnero. Acuérdome que mi padre, desde la víspera, que era un sábado, me regaló un cuchillo nuevo diciéndome:

—"Vamos, zaragate, veremos si mañana eres digno de llevar mi nombre.

"Esa noche no pegué los ojos. Retiréme a la cocina,

---

propias la clásica virtud de la síntesis —economía de líneas para el dibujo expresivo— y están escritas en el agradable resbalar de un idioma que, sin abusar de la expresión folclórica, regionalista o de mal gusto, conserva el espíritu del pueblo.

"Cuando se escriba con atención y juicio, ahondando, la historia verdadera de nuestra literatura en el siglo XIX, sobre el que corren versiones tan disparatadas y famas adquiridas por tradición oral, ocuparán muy distinguido sitio las ***Memorias*** de Fray Servando (Teresa) de Mier —inteligentísimo deportista de la persecución— y de este incógnito Marqués de Sinaloa". (Revista ***Contemporáneos,*** Sep. a Dic. de 1928, pp. 412 a 415, artículo: "Librería de viejo".)

encendí un candil y me puse a afilar mi instrumento. Al acostarme lo dejé filoso, cortaba la vista con sólo verlo.

"Alborozado volvíme y revolvíme en la cama—, digo, en el petate, porque en mi niñez nunca supe lo que era un lecho— .Cuando los gallos comenzaron a cantar, metí las piernas en mis pantalones de cuero y salí al corral, alegre como una alondra.

"Mi carnero balaba tristemente, sin duda por instinto sabía lo que le iba a suceder. Dos o tres carniceros saludaron a mi padre ofreciéndole un trago de aguardiente, uno de ellos nombrado Gabilondo, díjome:

—"El oficio de matancero es el mejor y más útil de todos. Matar ganado es un placer del que no todos los hombres disfrutan.

—"¡Bah!—prosiguió Gabilondo, acariciando los cuernos de un buey preparado para la inmolación—, es un oficio que hace valientes a los cobardes.

"Pero la hora del degüello había sonado. A una señal de mi padre me aproximé al carnerillo, derribéle, cogíle de las orejas y de una cuchillada furiosa le abrí el pescuezo. La muerte fue instantánea, poco faltó para que lo decapitara.

"—*Caramocha* —gritó uno de los abasteros—, este muchacho es el mismo diablo.

"Y diablillo me sentía de verdad. En aquellos momentos, el corazón latía en mi pecho, la mano convulsiva asía el arma, todos los objetos en torno mío, animados e inanimados, presentaban tintes de escarlata.

"Me he detenido en narrar ese episodio de mi infancia para que se vea cómo y cuánto las impresiones recibidas en la niñez influyen en el carácter del individuo. Si aquellas son tiernas, femeninas y delicadas, somos cuando grandes compasivos y piadosos; pero si, por el contrario, fueron impresiones brutales, groseras y crueles, tenemos por

fuerza que ser malos, la maldad es una planta que florece en la mañana de la vida".

Jorge es un niño; él mismo relata, por la vivencia que le da su apologista, su segunda orfandad en la forma siguiente:

"Una tarde —explica Jorge—que yo volvía de casa del cura a donde había ido con unos lomillos de puerco, encontré a dos sujetos, que venían muy de prisa y uno dijo al otro:

"—Pues sí, tocayo, acaban de matar a ***Caramocha***.

"Imaginaos cómo me quedé al recibir la funesta noticia; era yo muy niño para discernir las consecuencias de ese hecho, y para hablar con franqueza diré que no tenía una brizna de afecto por mi padre; empero la infausta nueva me impresionó, desagradablemente, y de carrera me dirigí a nuestra casuquilla. Mas al entrar, el cura que en esos momentos salía, cogióme de la mano, y llevándome a remolque y dándome palmaditas cariñosas en la cabeza, condújome al Curato, y ya dentro, sentóse en una poltrona y sin soltarme, me atrajo hacia él diciendo:

"—Jorge, acabas de perder un padre, pero en mí tienes otro.¿Te gustaría vivir a mi lado?

"—¿Quién ha matado a mi padre, señor cura?—, le repliqué para evadir la pregunta. Miróme con cierta lástima y alisándose los cabellos blancos repuso:

"—¿Quién? La Baraja, esa Biblia de Lucifer".

El niño se queda mudo, aquel dolor tajante le seca las lágrimas en los ojos y no le deja pronunciar palabra. Después, en la soledad, dio escape a sus sollozos comprimidos dentro del pecho.

El hijo de ***Caramocha***, huérfano y pobre, se acoge al cuidado de una tía suya, a quien por cariño llamaban doña Pina, y de su tío segundo don José Amarillas, persona muy conocida en Culiacán como famoso platero y hábil joyero.

El muchacho hace sus primeras correrías. Acompañado

de una pandilla de rapaces va ambulante por las riberas de los ríos. Trepa a los copudos mangos y altos zapotes de las huertas. Se divierte arrojando lajas a la corriente del río. Sube a la torre de la iglesia a repicar las campanas y a contemplar el horizonte ancho, dilatado, en la planicie del valle.

Después, cansado retorna a la casuquilla de sus parientes a recibir estoico, malos tratos, injurias y golpes, y continuar con su oficio de cargar al burro, también dócil y paciente, con las botas de cuero para subir el agua del Humaya.

El pequeño Jorge (siempre usó su nombre a secas cercenando ***de la Paz)*** no soporta la tutela familiar y pasa a vivir bajo la protección del cura don Miguel Espinosa de los Monteros. Al amparo de este religioso su vida no es muy placentera, porque doña Ignacia Buelna, prima del señor cura, señora servicial en todos los quehaceres domésticos, pero sumamente obesa y corajuda, no trata con bondad al muchacho.

—Tenías que ser hijo de *Caramocha*—, ya se ve: ***de tal palo tal astilla.***

Y como Jorge replica algo, la vieja colérica sigue aludiendo a su padre:

—Bien dice el proverbio: ***quien a hierro mata a hierro muere.***

Y sigue enardecida con sus rezongos y maldiciones, la iracunda doña Nacha, gritando al espantado monaguillo:

—Recuerda, muchacho mustio, que los pecados de los padres pasan a los descendientes hasta la tercera generación.

Y así transcurre su infancia amargada por la iracundia de las gentes. La piedad y el amor no anidan en su corazón de huérfano. El rencor por las injusticias humanas le nutre el alma. Y busca la soledad para llorar.

No obstante, ama aquella tierra rojiza que le quema los pies descalzos. Sueña en la luz de los crepúsculos magníficos. Busca bondad en el rostro austero de los fieles cristianos. Y atisba, para su fortuna, que puede vivir bien siendo sumiso a los mandatos del clérigo. Reconoce en sus malandanzas lo siguiente:

"Las gentes de iglesia tendrán todas las faltas que se quiera, pero nadie podrá negarles la cualidad positiva de saber vivir. Desde el cura más humilde hasta el obispo más encopetado saben conducirse, insinuarse y darse a querer, con sus maneras simples, irresistibles con el mundo".

Y fue un producto de aquella época, en que el hombre para poder triunfar tenía que seguir el camino eclesiástico. Aun a sabiendas de que no tenía vocación se acogió a la querencia del curato.

"Allí —escribe Jorge—, aprendí los primeros rudimentos de enseñanza. En aquella atmósfera eclesiástica, mi inteligencia flexible cual la piel de un felino, adquirió esa jesuítica elasticidad que sabe adaptarse, lo mismo a la tragedia que a la comedia, a la pequeña intriga como al tenebroso drama. Finalmente, el granuja de carnicería hubo de transformarse en el sumiso monaguillo".

Un monago inquieto

El clérigo Espinosa de los Monteros tuvo que dejar el curato de la villa de San Miguel de Culiacán. Se le trasladó al Real de Bacubirito. Hácese cargo de la parroquia un cura de apellido Valdivia.

Era Valdivia de cuerpo obeso y chaparrón, cara redonda y ojos saltones, manos regordetas con ademanes pausados, prieto de color, de cabello entrecano y calvo. El monaguillo Jorge Carmona, recibido como herencia de su antecesor, dice sobre este religioso lo siguiente:

"Por el ojo de la llave, yo observaba al párroco Valdivia cuando venían a visitarle las damas más ricachonas y guapas de Culiacán, era de verse con la finura y gracejo con que él las recibía, departiendo con la estirada mamá en voz queda y bien modulada o tirando de las encarnadas orejitas a la linda polla, soltando un chiste que les hacía reír o una frase elocuente y eclesiástica que las hacía ponerse serias".

El muchacho se amoldaba a la vida cómoda de la iglesia.

Mas un día, a instancias de su amigo don José Retes, vecino pudiente de la Villa de Mocorito, el cura Valdivia se dispuso a dirigirse a aquel lugar con el fin de bendecir una capilla privada que aquél había construido.

A temprana hora el cura ordenó a Jorge le ensillara la yegua que solía montar en sus constantes viajes. El animal era de color alazán y de poca alzada, pero mañosa, pajarera y asustadiza. Y todavía no se borraban del cielo los últimos luceros, cuando tomaron por la calle Real.

La estampa del cura a la jineta de la jaca, seguido por el monaguillo a horcajadas sobre el lomo de una acémila, parece la reproducción de un cuadro trazado por la pluma castiza de Lessage, en su *Gil Blas de Santillana.*

Se relata la peripecia, sin formalidad histórica, de la manera siguiente:

"El muchacho le acompañaba montado en una mula; por desgracia, en las orillas del Culiacán algunos perros salieron a ladrarles y la yegua del señor cura asustada, echó a correr por toda la calle empedrada tirando coces a los canes. El clérigo no era mal jinete; mas sucedió que la silla, flojamente cinchada, se deslizó por las ancas y arrastró en su caída al protector del niño. La caída le quebró el pescuezo al cura dejándole muerto en el mismo instante".

Al saberlo, la señora Buelna salió a la calle corriendo, despeinada, con su delantal floreado, su camisón mal prendido, sus toscas chanclas de gamuza y sin cuidar su recato enseñaba a cada paso sus piernas desnudas, deformadas y varicosas. Cuando vio muerto al religioso sus agudos alaridos y lloriqueos despertaron asustados a los vecinos.

La vieja inconsolable acusa al espantado monaguillo de la muerte del párroco.

—Este muchacho no cinchó bien la yegua, sin duda, por maldad.

Jorge es conducido, entre alguaciles, ante la severa justicia que allí manda sobre los hombres. El alcalde, hombre maduro, ceremonioso, inexpresivo, le preguntó:

—¿Quién mató al señor cura?

—La yegua, su señoría. Este maldito y pajarero animal tiene la maña de inflar la barriga para que no le apriete la cincha y ese fue el motivo de la caída del padrecito que Dios tenga en su santa gloria.

Mil apuros pasó para probar su inocencia. Las más altas autoridades judiciales le llamaron a declarar. Se recurrió a la confesión y al temor a Dios para que se declarara culpable, pero el muchacho siempre firme decía la verdad. Y hasta el Obispo intervino y se convenció que había sido un lamentable accidente.

Desde luego, se le dejó libre, después de haber sufrido prisión en la cárcel nacional y privaciones sin fin. Quedó convencido, el muchacho, que la justicia no tiene nada de protección y de bondad para los hombres, sino que es despiadada y cruel para los humildes.

Se designa sucesor en el curato a don René Gaxiola, considerado por un panfletista, como un sonorense joven, alto, gallardo de apostura, camorrista, mujeriego y hombre de pelo en pecho. De su valor y hercúlea fuerza se contaban multitud de anécdotas.

Jorge continúa, con el nuevo cura de almas, en sus menesteres de acólito. Luce ufano el albo sobrepelliz sobre la hopa escarlata y gusta de su indumentaria con mangas de encaje, regalo de doña Leonardita Izábal, rica dama de Culiacán. Nadie como él para abrillantar el cáliz, los platillos petitorios, las vinajeras de cristal, los candeleros, sonar la campanita de plata, cambiar de atril los misales, ceñir al sacerdote los cíngulos, arreglar las albas, guardapolvos, corporales, manotejos y demás utensilios de ritual.

Contra lo que cuentan los Suetonios de Jorge Carmona,

este religioso llamado don René Gaxiola pone empeño en enseñarle las primeras letras. El novato monaguillo demuestra inteligencia y facilidades para aprender los latines, las reglas gramaticales de Nebrija, el Epítome de la Sagrada Escritura y los rituales.

A temprana edad principian a despertar sus fantasías eróticas. En las apócrifas ***Memorias,*** que citamos sin hacernos solidarios de su veracidad, se disculpa de sus bisoños apetitos sexuales, diciendo:

"—He notado—más tarde me explicó un especialista de París—que los hijos de carniceros, que desde la niñez absorben los átomos de la materia animal, son precozmente sensuales".

El monaguillo, educado en la hipócrita disciplina seminarista, aprende a no levantar los ojos; pero de reojo lo ve todo: las pantorrillas de una beata hincada o tras la mantilla los brazos y el pecho níveo de alguna mozuela piadosa.

Perplejo contempla Jorge la hermosura de la imagen colocada en un retablo de la Iglesia Parroquial, de nuestra señora de la Purísima Concepción, donada por su señoría ilustrísima doctor don Lázaro de la Garza y Ballesteros y debida al famoso escultor Terrazas. Alelado mira la hermosa imagen que tiene bajo sus plantas el mundo sobre el cual está enroscada la serpiente del pecado original, repitiendo, al parecer, la tentadora provocación: ***Si comiéreis de este fruto seréis como los dioses.***

Y Jorge, capense del Seminario Nacional y Tridentino de Sonora que funcionaba en Culiacán, deja por la paz las obras clásicas que forman la biblioteca: Cicerón, Ovidio, Virgilio, Horacio y Plinio el Joven, y se entrega a la lectura de las ***Fábulas,*** de Fedro; ***El Asno de Oro,*** de Apuleyo; ***El cantar de los cantares;*** y ***La Grandeza Mexicana,*** de don Bernardo de Balbuena, Abad Mayor de Jamaica y Obispo de Puerto Rico.

Un día Carmona atisbó que no todo es la plácida vida de

la sacristía; escuchó cómo el coronel Vega, que juega a la malilla con el señor cura, decíale:

—En política no hay más de dos opiniones: la del que está abajo y grita contra el que está arriba y la del que está arriba y aplasta al de abajo.

—Pues sí—replicó el cura colérico—para mí tan pícaro es don Antonio López de Santa Anna como don Mariano Paredes y Arrillaga.

—No puede ser igual; Santa Anna protege la religión—argumentó el coronel Vega.

—La religión católica ha descubierto que es la más poética y teatral de las religiones y los ministros de ella tenemos que ser excelentes actores.

—No vaya a oírle a usted el vice-rector, don Pedro Loza y Pardavé—, dijo el robusto militar.

—No temo —contestó el cura—; es evidente que su dogma fue revelado y sus ritos son los más hermosos; mas esa misma belleza plástica que tiene su culto, contribuye a paganizar a sus sacerdotes.

Y después materialista el eclesiástico preguntó: —Qué es lo que admira la multitud en nuestras suntuosas catedrales? Los altares cuajados de luces y resplandecientes imágenes —terminó el cura como si estuviera en el púlpito—, la voz sonora del órgano, las casullas cintilando en dorados florones y el aroma del incienso.

—Sí, tiene razón, señor cura, pero considere que también hay fe y creencias.

—Suprimid el aparato, y el culto y la creencia se desplomarán como castillos de naipes. El vulgo es como monsieur Joudan, que pedía la bata de noche para oír mejor la música.

Discusiones semejantes eran frecuentes. El acólito

experimenta gran asombro al descubrir que todo era una comedia. Por otra parte, el canónigo es el mejor instructor de Carmona en sus habilidades sobre las cartas de Birján.

Poco tiempo después (diciembre de 1845) el cura Gaxiola gana al coronel Vega,[3] en el juego de brisca, cerca de ocho mil pesos que al día siguiente distribuye entre personas necesitadas.

Jorge llega a la pubertad acicateado por los morbosos consejos de don Paulino, el zorro y viejo sacristán, admirado por las beatas que infestan la parroquia y mimado por las cocineras del curato. Glotón, saborea cotidianamente el espumoso chocolate y los sabrosos molletes. Hurta de cuando en cuando los turrones, las puchas y mermeladas que calman la gula del señor cura.

Cierta noche, sigilosamente penetró el acólito al dormitorio de las domésticas. Una mujerona serrana, velluda y blanca, lo inició en los deleites de la carne. Y como se le advirtiera que aquello es un grave pecado, contrito se disculpa con fuertes y repetidos golpes de pecho y penitencias para después reincidir, más fogoso que antes, en los brazos de la pícara figonera.

Por este tiempo es Carmona de estatura mediana, cara llena, tez relumbrosa, ligero bozo sobre el labio superior,

[3] Refiérese al después Gral. Francisco Vega, Gobernador varias veces del Estado de Sinaloa, descendiente de una antigua y honorable familia de Culiacán, que fue despojado del poder por el coronel Pedro Valdés, un sátrapa militar que declaró a Mazatlán segregado de Sinaloa en territorio, organizando una expedición militar contra las fuerzas legalistas al mando de Vega, que después de una acción en el rancho de Balácachi, Fuerte, el 17 de marzo de 1853, es derrotado el gobernador Vega y fusilado por orden del jefe de la División, Gral. Antonio Grosso, que lo perseguía, quien informa ampliamente a Valdés, sin negar que el inquieto político sinaloense murió dando pruebas de gran valor. (Periódico *La Atalaya del Sur*, 1853).

cabello negro y rizado. Viste una blusa, pantalones de trabuco con bolsas de orejas de perro, zapatos de cuero de becerro y un sombrero de fieltro negro, mitad eclesiástico y mitad seglar por su alta copa y anchas alas.

El mozalbete jacarandoso es asiduo concurrente a las pastorelas famosas, organizadas por la familia Urrea, donde ríe de la flojera de Bato, admira las ingenuidades de Gila y acompaña en el coro a los pastores. Entre risas alegres, come buñuelos, enamora a las muchachas quinceañeras y bulliciosas, de senos incipientes, de piel tersa, tirante y lustrosa, que mitad libres por el escote y mitad oprimidos, se filtran por las tenues gasas de las indumentarias costeñas.

En ocasiones gusta Jorge, seminarista capense, con amables compañías femeninas, de la virulenta sátira de ***La Pasionaria,*** del célebre don Leopoldo Cano y Mazas, en las farándulas improvisadas.

"La ciudad de Culiacán— añora un viajero de la época— se encontraba, en materia de teatro, a la altura de la coronada villa de Madrid en el siglo de oro de las letras castellanas. En el corral de El Príncipe y en el corral de la Cruz pusiéronse en escena las más notables obras dramáticas de la literatura española y hasta el mismo Rey Felipe IV, que hacía coplas y comedias, le llevaron los frutos de su ingenio al endeble tablado de aquellos teatros elementales y rudimentarios".

Y continúa la reminiscencia, amables lectores, en la forma siguiente:

"Las funciones son de tarde. El escenario no tiene bastidores ni bambalinas, con lo que dicho queda que las decoraciones están reducidas a la más mínima expresión. Un árbol significa un jardín, una tumba, un cementerio, y cuando se necesitan más detalles se suplen con un letrero colocado en un telón blanco: Sevilla. Una calle. Es de noche. Por eso los poetas de este tiempo cambian con tanta facilidad de decoración, ya que sólo cambian de letrero".

El nacimiento del teatro tuvo ese ambiente pastoril, pagano y religioso. Es orgullo de nuestros abuelos hablar de estos teatros antiguos de Culiacán o del patio de la Casa de Gobierno, donde tal vez escucharon la voz de algún cantante italiano o vieron alarmados las piernas de Concha Méndez, con sus medias de seda negra.

"Se acercan las fiestas de Navidad —he aquí una escena con aquel ambiente— y en el curato, por esos días, todo es bullicio y animación. El cura Gaxiola, para atraerse concurrencia femenina, puso altarcitos de Nochebuena, verdaderas obras maestras de pastoril miniatura. Después del Rosario, que recita el Padre don Simón Ortiz, se sirven en el comedor refrescos y pastelillos, vinos generosos y chocolates. De esas posadas de Culiacán tendría Jorge los más gratos recuerdos, si no fuera porque ellas dieron origen a una tragedia; no parece sino que su existencia, como la de Medea, está íntimamente asociada con los elementos trágicos".

Entre las damas culiacanenses —recoge la tradición oral— solía admirar los retablos de aquellas posadas la bellísima señora doña Beatriz Almada de Zazueta, señora bien nacida de legítimo matrimonio, encastada con las más antiguas y nobles familias del lugar.

El retrato de doña Beatriz nos la muestra bella: mujer opulenta de formas modeladas como las de una estatua griega, su pelo sedoso café obscuro con bruñidos color de miel, boca grande y sensual, ojos zarcos y rasgados, y tal la blancura de su piel que parecía que nevó sobre su cuerpo como en la leyenda de Santa Eulalia.

Alcanza doña Beatriz apenas los veinte años de edad, y ya ha perdido, desde la primera vez que estuvo encinta, los dones de la fecundidad.

La familia de esta dama pecadora conserva aún la fama de sus bellas mujeres como una afirmación de aquel juicio: son las hijas de españoles nacidas en esta villa, comúnmente hermosas. Su árbol genealógico dio frutos de santidad y buenos; pero también de discordia y malos

como la manzana de nuestro padre Adán.

Jorge, monaguillo astuto, una tarde descubre que su patrón se bebe los vientos por doña Beatriz. Indiscreto y morboso escucha el susurro de una confesión, escondido tras de una imagen:

—Sí, encanto; te espero en el curato al anochecer.

—No subas tanto la voz, te van a oír—decía la mujer con la cara cubierta por un tápalo.

—Dime que sí vas—insistía el cura.

—Estoy temblando de miedo... tengo miedo a mi marido... a...

Hábilmente se ingenia para sorprender los fugaces coloquios y los secretos de aquel romance ajeno.

Terminadas las fiestas de Navidad, y antes de los primeros días del año 51, una tarde el señor Gaxiola le dio a Jorge una carta para la señora Zazueta, ordenándole que la entregara a ella en propia mano.

—Cuidado con una torpeza, ¿entiendes?

Fuése el muchacho en derechura a la residencia de la dama, cuyo marido gozaba fama de ser un Fierabrás. Llamó tímidamente a la puerta, salió a abrirla casi al momento una criadita de no malos bigotes. Condújole al anchuroso patio, en el centro del cual había una fuente con un grifo de mármol que arrojaba chorros de cristalina agua. Mas no bien la sirvienta se hubo alejado, cuando se presentó delante de él un hombrazo, de faz carnosa y barbuda, preguntándole con voz altanera:

—¿Qué es lo que tú quieres?

El muchacho se desconcertó ante ese encuentro inesperado. Su lengua que lo había salvado en más de una crisis análoga, esta vez la sintió hecha de plomo y sus piernas comenzaron a temblar. Por fin, viendo que

no había escapatoria y deseoso de salir cuanto antes del atolladero, entregó la misiva disponiéndose a huir. Pero el bruto lo había cogido de la mano y arrastrándolo, se encerró con él en un cuarto donde estaban las sillas de montar. Allí leyó la carta muy despacio, la volvió a leer y a medida que la leía, manchas lívidas aparecían en la siniestra fisonomía.

Luego, cogiendo un chicote de esos que llaman uña de gato, le dio una azotaina furibunda y ya no sentía el monaguillo tanto lo recio cuanto lo tupido, hasta que sus gritos dieron tregua a los azotes. Salió de la inhospitalaria casa como alma que lleva el diablo y no paró hasta llegar al curato, donde refirió la historia de su desventura, corregida y aumentada, al amartelado don René.

Mientras escuchaba la narración, el presbítero ni siquiera pestañeó, mas cuando hubo concluido, asió al mozalbete fieramente de los hombros y empujándolo hasta la puerta, le gritó que no volviera más.

Jorge se amarga el alma con la injusticia humana. Vaga de un lugar para otro por las casas de algunos vecinos pudientes en busca de protección y asilo; pero en todas partes le negaron ayuda acusándolo de haber calumniado al señor cura. Las beatas se santiguaban al verlo, llamándole:"El ingrato y malvado hijo de ***Caramocha***".

Doña Josefa Dávila, ama del cura, quien hacía las veces de madre para el huérfano, le dio un consejo y ***como el que da el consejo da el dinero***, también le dio quince pesos con el fin de que comprara un cajón de mercillero y saliera, por primera vez, a correr el mundo.

Sobre este hecho, un libelista anónimo cuenta, haciéndose eco de las murmuraciones, que la causa principal que determinó la salida de nuestro héroe, fue una aventura amorosa por la cual tuvo que dejar la capital del estado huyendo del forzado matrimonio. Tal aseveración carece de fundamento.

Lo que sucedió, de todas veras, es que Jorge Carmona,

partió empujado por el drama de un adulterio ajeno, al nacer el nuevo año del Señor (1851), llamado también ***el año del cólera.***

Con nostalgia deja en las distancias la postal de su pueblo. Sobre sus hombros lleva la tienda portátil de una buhonería y su cantimplora repleta de agua cristalina. En la ***víbora,*** cinturón de baqueta, oculta algunos reales, cuartillas y medios, y en la faltriquera un puñal para defenderse de los salteadores que infestan los caminos.

Emocionado abandona los solares del terruño nativo. Recuerda que él era bueno y que la vida lo ha hecho malo. Ya tiene valor para defender la vida con cualquiera en las soledades campiranas por donde lo lleva su destino.

Iba hacia la Sonora a buscar la paz individual. Un buhonero más que corre tierras y espera fortuna. Y todavía resonaban en sus oídos algunas frases de las pláticas enardecidas del cura don René Gaxiola y se las iba repitiendo:

"El estado de guerra perpetua es el estado natural de la especie humana".

"El hombre pelea desde que nace hasta que muere y en toda naturaleza hay un fondo latente de monomanía homicida".

"Yo soy un apóstol de paz, mas como San Pedro, mi espada siempre cae de filo".

Estos preceptos le fortalecían el espíritu y le daban ánimos para luchar. Ese día que señalaba su nuevo destino, escribió en su diario:

"Mi caja de buhonero, que cargaba en la espalda con el aire marcial con que un soldado lleva la mochila, iba surtida con todas esas baratijas que son el encanto de las mozuelas lugareñas. Un viento de invierno soplaba de las montañas, el camino polvoso y escueto, se prolongaba a mi vista en azulados horizontes".

Buhonero en Sonora

Tipo pintoresco y de importancia era el mercero, en la escasa comunicación de las aldeas. Trasiega por ferias rumbosas y frenéticas como música ***de viento***. Peregrino por romerías dedicadas a vírgenes milagrosas o santos patronos. Caminante por los ***placeres*** donde los gambusinos, dementes por el oro, se juegan la vida en la tardanza de una sota, en el relámpago de la navaja de un gallo giro o en las caricias de una barragana.

Los buhoneros, mercaderes ambulantes, forjan su carácter entre una población heterogénea, gente feroz y audaz, buscadores de una fácil fortuna, o entre hombres de trabajo, campiranos ingenuos y rudos con un concepto más humano y simple de la vida.

A Jorge Carmona la vida lo convierte en buhonero. Su objetivo principal es San Miguel de los Ures, en el Estado de Sonora. Allí radica un hermano de la señora Dávila y espera obtener de él alguna ayuda por una especial recomendación.

El itinerario de su primera jornada: Coyotes, Las

Cacaraguas, Limón, La Posta, Paredón Blanco, Aguapepe, La Morita y Capirato. En todos estos lugares vende sus baratijas, verdadero encantamiento para las mozas lugareñas de amplias caderas y risas jubilosas.

"Hasta entonces sospeché —detallan las memorias—, además, el partido que podía sacar de mi gallarda presencia. Las rancheritas y labriegas se ruborizan cuando les dirigía la palabra y no topé con ninguna que dejara de comprarme dedales, madejas de seda, espejos, peines o listones, al extremo de que al llegar a la frontera de Sonora, mi ancheta barillesca había desaparecido".

En Capirato, en el viejo mesón que se levanta frente a la parroquia, trabó amistad con don Gaspar Iturríos, mayordomo de mulas que con su atajo iba camino a Culiacán. Pusiéronse a jugar albures y para las diez de la noche Carmona hábilmente le había ganado doscientos pesos, que el perdidoso pagó dándole un macho de freno con la montura respectiva.

Al siguiente día, con el alba, jinete en el pardo mulo, prosigue su caminata por Comanito, Bacamacari, el Aguajito, Palmar y Mocorito, lugarejo de gran fama por sus muchachas bonitas. Allí se hace de nuevo de mercaderías y recursos y continúa su viaje, dos días después, hacia la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa. Incansable vuelve a internarse en las rancherías: Ocoroni, la Tasajera y el bellísimo Cañón del Gallo que corta la sierra áspera, hasta Ojitos, después Vega, Montoya y llega al antiguo Fuerte de Montes Claros fundado por el virrey don Juan de Mendoza y Luna.

El Fuerte —antigua ciudadela española—, feudo de los Vega y Orrantia, en aquella época era el centro de las intrigas políticas que escandalizaban al estado. En la población cultiva Carmona amistades, que más tarde le sirven en su futura carrera militar.

Tres días después de la acción librada entre los indios y los blancos sonorenses, en un lugar del distrito de Moctezuma, cruza a Sonora por el Real de la Purísima

Concepción de los Álamos y llega hasta la ciudad de Arizpe.

Gobierna Sonora el abogado don José Aguilar. Los apaches (el 7 de enero de 1851) hacen irrupción encabezados por el indio ***Mangas Coloradas.*** Don Ignacio Pesqueira con valor temerario detiene las hordas de apaches en un punto llamado Pozo Hediondo y triunfante se retira, por la noche, rumbo al pueblo de Cumpas.

Por fin llegan los heroicos combatientes a Arizpe, engalanado para recibir a los voluntarios sonorenses. La ciudad donde Carmona llegó, por la tarde, presenta un aspecto de fiesta; casi a la misma hora entran en ella Pesqueira y un puñado de valientes. Una gupa arizpeña, creyendo que Jorge es uno de éstos, le arroja flores al pasar; más adelante una familia entera intercepta su paso y las muchachas, quieras que no, lo coronan de rosas.

"Mas no supongan ustedes que paró allí la equivocación —anota en su diario—; al ir calle arriba, la esposa de un rico comerciante y sus hijos se rodearon a mi mulo, obligándome a que entrara a la casa y la honrara con mi hospedaje. Bien pronto ésta se llenó de vecinos, ansiosos de saber los pormenores del combate y quién sabe lo que tuve que inventar para quitármelos de encima.

"Un muchacho me puso en aprietos. Al estar sentado a la mesa, me hizo preguntas indiscretas como éstas:

"—¿Por qué no tiene usted sangre en la camisa como los demás?

"—Oh! —respondí con desparpajo—, es que la corriente de un río me arrastró lavándome las manchas.

"—¿Y cómo es que usted no está mojado?

"—Es que el sol me secó la ropa.

"—Pero si hoy estuvo nublado.

"Para no responderle, me puse a beber un vaso de leche. Y fue la causa de que yo saliera más que de prisa de Arizpe".

Después nuestro héroe salió para Ures, antigua capital y ciudad de importancia. Se hospeda en un mesón llamado *El Águila de Oro*. Pronto intima con el posadero, un sujeto de nombre Félix Monteverde, aventurero de la peor calaña.

Por la noche, frente a la luz de cobre de una *cachimba* o candil, el ventero, un norteño alto, obeso, de negra y sucia barba, beodo que vive consuetudinariamente en las tinieblas del licor, y un holgazán que pasa todo el tiempo contemplando el trajín de las recuas y de los arrieros. Este popular posadero, haciéndose simpático y confianzudo, invita al trashumante barillero a jugar a la baraja sobre la mesa de madera a la que está sentado.

Carmona rápido acepta creyendo fácil la empresa; pero en unas cuantas prestidigitaciones el ventero le gana el mulo y cien pesos que Carmona había logrado reunir, no sin antes haberle enseñado su hábil conocimiento de jugador tramposo, entre frases de algazara y abundantes en blasfemias.

Desesperado el mercillero va a entrevistar al señor Dávila, hermano de doña Josefita su protectora de Culiacán; pero regresa todo compungido a la posada y el borracho de Monteverde al verlo le grita:

—Ya sé, te recibió con los brazos abiertos y los bolsillos cerrados.

Y alharaquiento el mesonero suelta las más sonoras y alegres carcajadas.

Carmona, ante su pobreza, decide presentarse a Pesqueira para que lo acepte en calidad de voluntario. La necesidad le hace empuñar su fusil sin preocuparse de lo que va a defender.

Pesqueira, admirado y bien conocido por haber nacido

en Arizpe, es un hombre de cultura, educado en Madrid y París. Se hizo soldado en las filas liberales en contra del centralismo. Goza, por estos días, de gran fama como vencedor de los apaches. Celoso y honrado cuando gobernó Sonora. Furibundo luchador por el partido juarista. Quien ha visto el bronce de Pesqueira puede imaginárselo como hombre de apostura gallarda, ojos de mirada firme y aperillada piocha en el óvalo de su rostro austero de paladín reformista. Intuitivo y pronto para conocer a los hombres.

Pesqueira recibe amigablemente a Jorge Carmona, que tiene la suerte de todo pícaro, y su persona despierta simpatía. El ilustre militar ordena a su ayudante:

—Instale usted al señor Carmona, aquí mismo, en el Cuartel General.

Desde esa noche Jorge duerme bajo techo. Al cabo de una semana, por medios que no es del caso referir, Carmona consigue trasladarse a Nácori como mayordomo de una hacienda del señor Gándara.

Por este tiempo (junio de 1852) había anclado en la bahía de Guaymas el pequeño barco ***Archibald Gracie,*** que conducía la expedición filibustera de Gastón de Rausset, Conde de Boulbón.

Iba Gastón —declarado por el gobierno de Sonora rebelde y pirata— de tránsito para Hermosillo, cuando acamparon en el rancho del señor Gándara, en donde el conquistador galo escribe a don Manuel María Gándara, comandante de las fuerzas locales, y trata inútilmente de hacerlo aliado a su causa, aclarándole: He combatido contra el General Blanco (don Miguel), no contra Sonora.

Anochece cuando la expedición filibustera llega a la hacienda. El mayordomo Carmona entabla una rápida amistad con el romántico conde y al calor amable de una hoguera que agranda las sombras de un círculo de oyentes, el conquistador de Sonora, cuenta:

—Nací en Aviñón, vengo a hacer la independencia (?) de Sonora y a administrar los intereses mineros de ***La Restauradora***. Soy conde, en mis venas corre la sangre de las más nobles y antiguas familias de Provenza.

—¿Qué quiere decir conde?—preguntó ingenuo el mayordomo.

—Conde es un título de nobleza que heredé de mi padre, quien escapó de la guillotina ***el año terrible***, el 93 en Francia; poseía grandes porciones de terreno cultivado, el Castillo de Boulbon, criados, perros de caza, caballos, carrozas y mil cosas más.

—¡Quién fuera conde y tuviera un título!—suspiró Carmona.

—Con eso se nace; se trae en las venas—dijo altivo el conde.

A la mañana siguiente Gastón vio en las caballerizas un hermoso caballo de gran alzada, de larga cola y crin espléndida, alazán tostado ***hecho de fuego en el color y el brío***, y es tan de su agrado, que el mayordomo en un arranque de admiración y como una prueba de su sincera estimación se lo regaló al noble francés.

Días después, el señor Gándara despidió a Carmona del empleo por regalar lo que no le pertenecía.

Carmona, por el año 53, vuelve a su ancheta de barillero, a llevar nuevamente una vida nómada. Anda por los pueblos de San Miguel de Horcasitas, Opodepe, San José, San Juan, Meresichi, Pueblo Viejo, Tuape, Nácori y Mátape, en el Distrito de Ures; Cucurpe, en el de Magdalena, y Suaqui, Baviácora, La Estancia, Aconchi, Banámichi, Sinoquipe, Bacoahi, en el de Arizpe.

En su peregrinar conoce bien la obediencia de los opatas. Asimila las costumbres de los mayos. Admira el valor guerrero de los yaquis. Estudia el sentimiento espiritual e inspirado de los pápagos. Escucha las consejas sobre

actos vengativos de los indios apaches. Deambula por las Pimerías, alta y baja, a donde van todos los caminos de Sonora.

Al siguiente año continúa su peregrinar Carmona, cuando se informa que el conde Gastón Rousset de Boulbón, en su segundo intento de conquistar Sonora, pagó su audacia con la vida, debido a que es pasado por las armas (el 14 de agosto de 1854) en el puerto de Guaymas.

El barillero Carmona retorna a Ures (1855), capital entonces del Departamento. Es Comandante Militar de Sonora el general don Pedro Espejo. Al amparo de éste y asociado con un hermano del mílite llamado don Braulio, abre un garito o casa de juego; pero desgraciadamente en abril del mismo año, acaece el asesinato de su consocio, en una reyerta que sostuvo con un rico comerciante de Hermosillo. Y la casa es cerrada por órdenes del gobierno.

Cuenta el trágico episodio en la forma siguiente:

"La muerte de mi amigo ocurrió de esta manera. Espejo hacía trampas en el juego, pero nadie había podido descubrir en qué consistían, ni la forma en que las ejecutaba. Yo con sagacidad había dado en su modo de operar. Consistía éste en un enorme diamante, de tal suerte cortado y montado, que las cartas al extender la mano, se reflejaban en sus facetas. Una noche entró a jugar don Teófilo Izábal, acaudalado comerciante de Hermosillo, apuntó a los albures de cincuenta a cien pesos y cerca de las once había perdido más de cuatro mil. Sonriéndose y sin dejar el asiento, exclamó dirigiéndose al banquero:

"—Hermoso diamante ese, don Braulio, permítame verlo.

"Don Braulio vaciló un instante. En seguida quitóse el anillo, pasándoselo a Izábal con un movimiento de disgusto e impaciencia.

"Éste se lo puso, extendió la palma de la mano, tornóla de derecha a izquierda, luego se paró y arrojando el anillo en

la mesa amartilló la pistola y disparó a quemarropa sobre el infortunado de don Braulio, quien cayó muerto en los brazos de un oficial de apellido Aragón".

Su protector, el general Espejo, tiene una permanencia transitoria en el poder; a los pocos días de su recepción es derrocado por un grupo de liberales de la ciudad de Ures, que aceptan el Plan de Ayutla, en los precisos días en que don Antonio López de Santa Anna, incapaz de sostenerse en el poder, abandona furtivamente el país.

Los jefes de la revolución nombran gobernador y comandante militar del estado a don Manuel María Gándara. Este político es un déspota de la vieja escuela clásica. Sin cesar conspira por imponer en su estado la supremacía de las ideas conservadoras.

La oposición al nuevo gobierno está dirigida por el letrado Aguilar y por el general Pesqueira, que luchan por cimentar los principios liberales.

Carmona, ante su destino, se ve precisado a tomar partido. Al examinar su conciencia descubre que sus simpatías están por Gándara, aun cuando lo haya corrido de su rancho.

Después Gándara se vio obligado a entregar el gobierno al licenciado don José Aguilar. Con este motivo, sus partidarios acusaron al nuevo gobernador de haber usurpado la Comandancia General, pretexto que sirvió de base al levantamiento de los capitanes Borunda y González, que estaban de guarnición en Hermosillo y a quienes se unieron los correligionarios de Gándara.

Carmona, por recomendación de doña Encarnación Gándara, *Doña Chona*, pariente de don Manuel, entra nuevamente al servicio de éste como agente secreto. Su primera misión es la de llevar pliegos cerrados al comandante González instalado en Hermosillo. Desempeña con celo y diligencia esta comisión y está a punto de ser ahorcado por los pesqueiristas en Cruz de

Piedra, lugar cercano a San José de Guaymas.

Él mismo relata la peripecia en la forma siguiente:

"En cierta ocasión, a tres leguas de Guaymas, estuve a punto de ser ahorcado por unos guerrilleros de las fuerzas de Pesqueira, que me detuvieron en el camino registrando mi caja de barillero, en busca de los despachos que yo conducía. A cada insolente amenaza de los soldados yo replicaba:

"—¡Peines, dedales, alfileres, espejos!

"Por fin, ellos se fueron echando injurias y seguí inocentemente mi camino. Si se les hubiera puesto en la cabeza registrar el papel de alfileres, que les metía por las narices gritándoles:

"—¡Alfileres, a real el papel de alfileres!

"Bien me decía el cura Gaxiola:

"—Jorge, cuando quieras ocultar bien alguna cosa, ponla a la vista, que lo que salta a los ojos suele ser lo más escondido".

Gándara y Carmona no pueden entenderse, a pesar de que entre los dos existen singulares afinidades de carácter. Gándara es tacaño, voluntarioso, arbitrario y porfiado. El primer defecto, sobre todo, es imperdonable en un conspirador, está demostrado que el oro es el mejor elemento de corrupción. Por consiguiente Carmona declina ulteriores comisiones de espionaje y esperando oportunidades más bonancibles se dirige sosegadamente a Nácori.

Camino a Nácori, distante cinco leguas de Ures, se topa con Tito Rosas, juglar errante, payaso de una ***troupe*** de saltimbanquis y acróbatas, fullero y truhán, viejo conocido suyo desde la feria de Sahuaripa.

A la vera del camino real, los cómicos de la legua acampan a la sombra de sus carretas. Después de la comida,

a la hora de la siesta, se ponen a jugar cartas y beber *bacanora* —bebida de la región—mientras bajo el toldo del carromato la mujer del cirquero cuida a su crío.

Al atardecer Carmona había perdido todo lo que ganara en la romería y en las misiones de espionaje gandarista.

Las fogatas rompen las tenues y dilatadas penumbras que van borrando las llanuras. Un bochorno se queda en el resol vespertino, avivando la lujuria con su calor. El paisaje es árido, en la lejanía apenas se distingue la serranía del Bacatete.

En el campamento de los funámbulos que corren la legua, se escucha el rasguear de las guitarras, saltan las coplas picarescas describiendo las más galantes intenciones. El bufón Tito Rosas se duerme ebrio y sueña en sus pueriles payasadas. En la bóveda celeste brillan los luceros. La mujer del titiritero es alta, morena, delgada, ojos claros, joven y briosa como una gacela. Entre las trenzas de su pelo quebrado y negro usa unas cadenas de listones rojos. Lleva sueltos los senos redondos y flácidos por el primer parto, bajo una blusa de colorines.

Jorge cantó para la amante del payaso esas canciones románticas de doble sentido y esos romances populares tan mexicanos y melosos.

Ella, zalamera, con la alegría florecida en el fuego de su boca, insinuante; con el falso pudor de cubrir las desnudeces que deja su vestido mal prendido; confidente en la narración de su vida bohemia, contempla el espacio al tiempo que una bola de fuego raya el cielo y parece caer cerca, sobre la llanura.

Ella, poniendo en el tono de su voz la más suave picardía, dijo:

—Cuando un bólido cruza el espacio se cumple el pensamiento.

—¿Será cierto?—replicó el galán.

—Sí. ¿En qué pensabas, Jorge?

—En ti, que me gustas…—respondió viril.

—¿Sí?… ¿Te atreves…? ¿Eres hombre…?—susurra la muchacha entre risas provocativas.

Y cimbrándose acerca a la boca jadeante del célibe su hombro desnudo color de azucena. El crujir de la enagua se apaga con el viento. Las miradas de aquellos ocasionales amantes son relámpagos en la sombra que da a la carreta el pabellón de cuero crudo.

El paisaje fiel, según la sensibilidad del andariego mercader, era así:

"La noche había cerrado estrellada y silenciosa. A un lado y otro del camino se extendía una de esas terribles nopaleras de Sonora, de un verde ceniciento, bajo cuya espesura se deslizan cautelosas las víboras de cascabel, el crótalo, la tarántula y el vinagrillo. En esas desoladas campiñas la brisa raras veces sopla, no parece sino que la atmósfera se halla impregnada de átomos impalpables y sofocantes próximos a deterinar una espontánea combustión".

Carmona sigue a los cómicos durante algunos días. Les enseña a ser ágiles en las triquiñuelas de la baraja. Les ayuda, cuando llegan a las aldeas a levantar el escenario, la carpa con sus mascarones descoloridos y su iluminación con ***cachimbones*** de tres picos.

El payaso, jinete a pelo de flaco rocín, encabeza el convite anunciando la función o la pantomima, solicitando el consenso con el estribillo:

—¿Es verdad muchachos?

—¡Sí!— a coro responde una turba de rapaces.

Y mientras Tito Rosas, con una carcajada de carmín sobre su enharinada faz, divierte a los ingenuos campiranos, su mujer entrega a otro el fruto verde, tempranero, de su

primera y adúltera pasión.

La amante deja en Jorge gratos recuerdos y el juego algunas monedas de plata, y Carmona torna de nuevo a los caminos como buhonero popular en aquellas comarcas, sigue la ruta que lo lleva hacia Hermosillo, la vieja ciudad provincial.

La mujer es como el hierro

Hermosillo, a fines del año 1858, está convertida en el centro de las exaltaciones políticas. El nombre de Gándara suena en todas las intrigas y, el de Pesqueira, como vencedor, en todas las hosannas. Ciudad provincial, antiguo Pitic, trazada a la usanza española, conservadora de tradiciones y leyendas yaquis, vive en una quietud sorprendente en esta época de motines y cuartelazos.

El buhonero, Jorge Carmona, se hospeda en el Mesón del Turco. Después, vagabundo por las calles rectas y planas de la población, frecuenta la fonda de La Paloma, situada en la plaza principal.

Es la fondera, doña Tomasa Aguayo, una mujer cuarentona, frondosa, que enseña todavía en su ajamonamiento los vestigios de su belleza criolla. Goza de buena fama entre la parroquia, por la fritura de pollos y labores culinarias, tan escasas y primitivas en la región.

Esta franca y sencilla figonera interviene en un episodio que cambia por completo la vida de Jorge Carmona. El

suceso, relatado en el panfleto, describe así la escena:

"Doña Tomasa de pie tras el mostrador, con monumental peineta remata su peinado, preside con un ojo las labores de cocina y con el otro domina el comedor y a los comensales con mirada de águila.

"Junto al mostrador se instalaba, invariablemente, el subprefecto político de la población. Yo acudí —relata Jorge—antes de que éste llegara; cuando se hubo sentado, me levanté negligente y acercándome a doña Tomasa, con respeto, cuidando de levantar la voz, le dije:

"—Señora: permita usted que un forastero la congratule por su espléndida comida. Créame que no hay en Sonora una fonda como La Paloma. ¡Qué puchero! ¡Qué frijoles blancos! ¡Qué pescado de Guaymas!

"Ella se puso radiante y emocionada, se llevaba la carnosa mano al collar de cuentas de ámbar, de éste a los zarcillos de coral, los que semejaban gotas de sangre cayendo de las orejas de un elefante. Por último, ruborizada y sonriente, replicó:

"—¿Es usted sinaloense, señor?

"—Sí, señora, de Culiacán. ¿Sabe usted lo que me trajo a Sonora?

"—No, señor.

"—Dos cosas: la primera, pelear contra los bárbaros, y la segunda, conocer a ese famoso matador de apaches *señor Monteverde*, de quien se refieren, en Sinaloa, actos de valor inaudito.

"Excuso decir que levanté la voz al pronunciar esas palabras, tuve buen cuidado de dar la espalda, como al descuido, al auditor que más me interesaba que oyese.

"El efecto fue instantáneo. La señora Aguayo se puso encendida, miró a hurtadillas al subprefecto, mientras que éste tosía y tosía, procurando hacer conocida su

presencia. Por último, el aludido, no pudo contenerse y acercándose al mostrador como si nada hubiera escuchado, a la fondera con fingida indiferencia preguntó:

"—¿De qué se trata, Tomasita?

"Ésta elevó los brazos y luego respondió:

"—Oh, señor Monteverde; imagínese usted que este joven ha venido desde Culiacán con el solo objeto de conocerle.

"El subprefecto dio un paso hacia adelante, hinchó las venas del cuello, esponjó el pecho, irguióse y exclamó:

"—Joven, joven, venir desde tan lejos para ver a un pobre viejo que no tiene más méritos que haber cumplido con su deber. Así es la juventud; cuando yo tenía veinticinco años anduve cuarenta leguas para ir a dar un beso a mi novia y a lancear de paso, por divertimiento, media docena de indios bárbaros. Mas perdone usted, ¿con quién tengo el honor de hablar?

"—Con Jorge Carmona, de Culiacán.

"Para abreviar la historia, diré que cuando salimos de La Paloma, el subprefecto y yo íbamos del brazo, él se empeñó en conducirme a su morada. Mostróme sus trofeos de guerra conquistados en sus campañas contra los apaches. En una sala, donde había un estante con libros, recuerdo que a lo largo de la pared pendían como veinte cabelleras de indios salvajes, cada una tenía al pie un nombre y una fecha.

"—Vea usted—me decía alumbrando con la bujía—, aquí está la cabellera del feroz Técori, a quien corté la cabeza de un solo tajo. Ahí la del capitán Tenochi, quien antes de morir me derribó dos caballos a flechazos. Allá, esa cabellera cerdosa, perteneció al aguerrido Maizi, que una vez entró a Altar al frente de doscientos bárbaros. Yo le maté de una lanzada.

"Terminada la lúgubre exhibición, se brindó con una copa de jerez y antes de despedirme, le dije:

"—General, quiero pedir a usted un favor.

"Al oír la frase su semblante se endureció, sin duda supuso que iba yo a pedirle dinero; así es que repuso, un tanto cuanto amoscado:

"—¿Y es?

"—Que me dé usted un abrazo.

"La nube se disipó de la faz y vino hacia mí con los brazos abiertos.

"En la puerta, insistió en que yo volviera a su casa al día siguiente para comer y presentarme con su familia.

"Me alejé riendo de la vanidad de aquel hombre. En el mesón donde me alojaba interrogué al mesonero con respecto a los lúgubres trofeos que acababa de ver.

"El posadero, que era un hombre chato y socarrón, se echó a reír y repuso:

"—Son puras patrañas; él compra las cabelleras a cinco pesos, y yo le he vendido algunas".

El señor Monteverde, subprefecto de Hermosillo, era un norteño fanfarrón, jactancioso; al impartir justicia su voluntad era ley, y su ley, la arbitrariedad; de estatura corpulenta, sanguíneo, vanidoso, perfecto y buen sonorense, terco, rudo; pero de *corazón de oro*.

Jorge halagando la vanidad del subprefecto, logra cultivar una estrecha amistad. Entabla relaciones con los familiares, gente abierta y amigable, especialmente con una de las hijas, Marta.

Estos pasajes, aunque son de una realidad exacta, parecen de novela. "En lo humano hay seres que tienen algo de divino en su naturaleza —exagera incógnito folletinista—, y ni el pincel puede retratarlos ni la pluma describirlos. El pintor refleja las facciones, los contornos, los suaves tonos de luz y de sombra; pero en su paleta no

cabe esa aureola de espiritualidad de las vírgenes de El Tiziano".

Personas que en aquella época conocieron a Marta esbozan de ella este retrato: alta, blanca, escultural, con senos de Juno; ojos grandes, negros y luminosos. Las sonrosadas carnes se traslucen al través de la tenue y alba gasa de sus vestidos de verano.

Jorge se enamora de la atractiva muchacha, y cuando se acerca a ella aspira emanaciones voluptuosas transmitidas en una corriente de magnetismo animal.

Algún biógrafo nos dice, al buscar la gala de la literatura de la época, que"a semejanza del pavo real que en el mes de mayo hace la rueda a la pava favorita, así Jorge despliega, en sus visitas, cuando se retiran a la sala, su vistoso y viril plumaje.

"En su existencia vagabunda y errante, el pintoresco protagonista aprende a pulsar la guitarra; tiene voz de barítono y canta con el gracejo de un gitano y más de una vez se ganó la cena en sus andurriales, cantando y tocando en los fonduchos y posadas del camino. Por desgracia su repertorio musical, coleccionado entre arrieros y titiriteros, se compone de coplas atrevidas y léperas, indignas de ser escuchadas en un estrado de señoras".

Carmona, inspirado por el amor de Marta, escribe sentidas endechas plagiando exaltadas estrofas que sabe de memoria y que el cura Espinosa de los Monteros dedicaba a sus vírgenes de belleza bizantina. El amor adolescente hace surgir en su alma nuevas emociones.

Cotidianamente se celebran las entrevistas furtivas a través de las rejas de las ventanas de la casona provinciana. El idilio se gesta entre juramentos, proyectos, cartas y serenatas.

Hay mujeres predestinadas a los grandes amores y basta con un solo beso para que dejen en el alma una huella

indeleble que no borran las más bellas y complacientes amantes. Marta despertó en Jorge un gran amor de aquellos que son recogidos en cantos inmortales.

Carmona, por este tiempo, es un mozo bronceado por el sol, de ojos luminosos, de cabellos negros y rizados, un bigotillo presuntuoso comienza a formar sus espirales y cuando una sonrisa desdibuja su boca, enseña los dientes blancos, firmes y cortantes. Viste una camisa de pechera encarrujada, una chaqueta de paño color verde botella, banda encarnada, calzonera de gamuza y sombrero jarano. Tal es su figura y por donde pasa deja una estela de agua florida de Murray y Lanman.

Por fin, sus amores con Marta son delatados por la chismografía lugareña. El subprefecto, enérgico cacique, tuvo información exagerada de que Jorge había sido espía de su eterno enemigo el general Gándara.

Cierta noche, Jorge sufre las consecuencias: dos rufianes, libertados bajo condición, le dieron una tremenda paliza y lo dejaron más molido y maltrecho que a don Quijote cuando desfacía entuertos por las ventas españolas.

Se relata la aventura de su primer amor, en las páginas de las *Memorias*, explicando el romanticismo de una cita tras de la ventana y el gran amor que logró despertar en la guapa muchacha. La escena realista y colorida es la que sigue:

"De súbito, Marta dio un grito, al mismo tiempo que dos individuos se echaban a palos sobre mí; pero si la agresión había sido abrupta, la escapatoria no lo fue menos. De un salto me planté a media calle. Cuando los asaltantes volvieron a la carga, llegaba yo jadeante bajo el techo hospitalario del mesón ***El Turco***, brincando sobre dos viejas que se encontraban sentadas a la puerta.

"*El Chato*, que jugaba a la malilla con unos arrieros, salió a recibirme, enterándose de mi cuita, una vez que estuvimos solos, se expresó de este modo:

"—Sí, Jorge, comprende; en estos pueblos el mandón es la piedra y nosotros los cántaros—le dice sentencioso.

"—Malo, malísimo negocio—prosiguió el mesonero despabilando la vela y mirándome de los pies a la cabeza—, lo peor del cuento es que yo me lo voy a echar de enemigo.

"—¿De enemigo?—le pregunté con inquietud al ver el sesgo que toma su razonamiento.

"—Es claro. ¿Dónde se alberga Carmona? En ***El*** *Turco*. ¿De quién es *El Turco?* ***Del Chato*** Rodríguez. Luego el *Chato*, por carambola, es enemigo del subprefecto.

"El posadero dejó la silla y sentándose en el ángulo de la mesa, comenzó a balancear las piernas. Así permaneció durante quince minutos fumando cigarro tras cigarro, pasa la vista de la techumbre al suelo y del suelo a las paredes, que se hallan cubiertas de sartas de cebollas, chorizos y ajos".

En seguida principia a discutir con rústico razonamiento la aventura en la que se había metido Jorge. El posadero, con lógica sanchopancesca, le dice:

"—La mujer es como el hierro y debe manejarse cuando está caliente; una vez enfriada, no la derriten todas las fraguas de Vulcano. Ahora es tiempo de machacar—añade insinuante".

Después, el posadero sugiere el rapto de Marta. Proyecta la escapatoria de los enamorados. Y ante el consejo del pícaro y truhán mesonero, Carmona ingenuo insiste:

"—Pero, ¿querrá ella fugarse?

"—Sopla; esa muchacha es una bola de fuego y quien la encendió tendrá que apagarla".

Jorge se queda pensativo ante las rústicas razones del ventero. Se despierta en su conciencia ese estado sensorial que precede a todo acto temerario. La idea no le

disgusta; tomar posesión de una mujer es emocionante. El robarse una mujer tiene deleites de dioses; tal vez por eso los romanos, durante el matrimonio, simulaban un rapto.

Carmona entrevista secretamente a Marta en el cementerio. Allí convienen y proyectan la fuga. Él está dispuesto a jugarse el todo por el todo. Ella le quiere y le seguirá hasta los cabos del mundo.

Bajo la inspiración del popular *Chato* Rodríguez se organiza la escapatoria. Antes de que la claridad mañanera iluminara el cerro de la Campana, en silenciosa cabalgata, salen por la garita sur de Hermosillo.

Un indio yaqui, a la vanguardia, corre al paso de las bestias. Marta monta una yegua negra y pasilarga. Carmona, un rocín braceador, y el *Chato*, un garañón retinto de los criaderos de Oputo.

El mismo día llegaron a San Javier. Un pueblo semejante a otros: polvoso, pequeño, vigilado por unos cuantos y gigantescos álamos blancos y un río límpido en el que las indias con las cabelleras al aire mojan sus torsos desnudos.

Buscan hospedaje en el *Mesón del Chino*, propiedad del *Tuerto* Aragón, consanguíneo cercano del mesonero que los acompaña. Después de la cena el indio y el *Chato* Rodríguez reciben la paga —con el dinero hurtado por la muchacha— en buena moneda fuerte y metálica, para que guarden mejor su silencio. El guía y el posadero tornan a desandar el camino hacia la capital del estado.

Marta y Jorge en aquel pueblo inician su romance. Miedosos creen escuchar, en el silencio de la noche, el rodar sobre el camino del carromato que los persigue. Mutuamente, casi con instinto animal, se huelen los cuerpos fatigados por la marcha y jadeantes por la espera. Jorge, con dulce tacto, le acaricia los cabellos trenzados. Contempla romántico la turgencia de las formas de Marta a la claridad lechosa del amanecer.

En San Javier radican algunos días. La posada, una casona ruinosa, tiene en cuadro una arquería de portales para guardar las mercancías y cargamentos. El viejo posadón es todo algarabía de viandantes. Enamorados como tórtolos esperan para esconder su amor las tinieblas de la noche.

A los pocos días toman de nuevo el camino, aprovechando la carreta tirada por bueyes, de una familia indígena. Mil aventuras peligrosas y picantes surgen en el trayecto de San Javier al Real de la Purísima Concepción de los Álamos. En San Martín están a punto de ser aflechados por una partida de indios bárbaros. En Jesús María pierde Jorge a los albures ochocientos pesos del cuño mexicano. En las posadas y en las postas pasan entre risas y palabras malsonantes de otros viajeros que van en busca de oro a California y que miran ávidos y envidiosos la belleza escultural de Marta.

Esperan, en la posta inmediata, el paso de la diligencia en camino al sur. En ella hacen la última etapa de su molesto viaje.

Cuando la diligencia, con su cuadriga de mulas sudorosas entra por la garita al Real de Minas de los Álamos, antiguamente llamado de los Frailes, está bien avanzado el día (17 de diciembre de 1858).

Álamos, una de las poblaciones más antiguas de Sonora, luce, bajo un sol de invierno, la arquitectura de su parroquia, bien cuidada por el afán cristiano de sus pudientes vecinos. Los arcos de sus portales, el estilo español de sus viejas casonas, la prosapia de sus blasones, las muy ilustres y religiosas familias que la componen, le marcan un sello de distinguida nobleza entre las demás poblaciones del occidente.

El Gral. Pesqueira se encuentra en la población, por lo cual ésta se observa más movida y alegre que de costumbre. Espera auxiliar con sus tropas a los liberales de Sinaloa.

Llega la pareja y se hospeda en casa de una familia

honorable de apellido Almada. Carmona se resiste a entrevistar al Gral. Pesqueira por haber sido un destacado gandarista. Mas informado de la estrecha amistad que éste mantenía con el padre de la muchacha, le dice:

—Martita, entrevista al Gral. Pesqueira y dile que por ti estoy dispuesto a servirle en el lugar que disponga.

Carmona, comprueba, a través de Marta, que para conducir negociaciones diplomáticas no hay como las mujeres. Retorna el general sonorense a mantener tratos con su antiguo voluntario en las guerrillas que lucharon contra los apaches.

La situación política no podía ser más caótica. Desde hacía un año se había pronunciado en Mazatlán, aunque con tardanza, el general don José María Yáñez, que combatió la misión filibustera del conde Raousset de Boulbón. Se había éste declarado jefe de las fuerzas del Occidente. Apoyaba, en unión del Comandante don Pedro Espejo, el Plan de Tacubaya o golpe de Estado de Comonfort. Después de un año de vicisitudes el gobierno de Sinaloa solicitó la ayuda militar de los constitucionalistas sonorenses.

El Gral. Pesqueira, al día siguiente (18 de diciembre), marchó sobre Mazatlán, que se encontraba ya sitiado por fuerzas a las órdenes de don Pablo Lagarma y del coronel don Remedios Meza.

En compañía de Marta principia Jorge Carmona su agitada vida militar. Se acatan instrucciones superiores del cuartel general y se le recluta en las tropas pesqueiristas como alferez.

El Real de Minas de los Álamos estaba bullicioso con los *chinacos* de blusa colorada. Los oficiales pesqueiristas se quedaban boquiabiertos ante la belleza esplendorosa de Marta, que caminaba por las calles garbosa al lado de Jorge, nuevo oficial, que llevaría el estandarte de las caballerías liberales a Sinaloa.

Chinaco de blusa colorada

Carmona se vistió la blusa colorada, distintivo de los soldados liberales. Incorporado a las tropas del general Pesqueira regresó a Sinaloa. Se ha convertido en un mocetón y es un *chinaco* intrépido con el fusil al hombro y el romance impregnándole la voz. Alegre, Carmona retorna a ver la estampa colonial de Mocorito, con su parroquia, la más antigua de la región, fundada por los ilustres varones de la Compañía de Jesús.

Al arribar a Culiacán, se entera, el juarista de nuevo cuño, del fin trágico que había tenido su mentor el cura don René Gaxiola. Saluda con afecto a doña Leonarda Izábal, y a su protectora doña Josefa Dávila. Sus viejas amistades le reciben con afecto y admiración.

Carmona, el apuesto liberal, sintió la emoción del que regresa al terruño nativo. Contempla aquellas huertas y recuerda que cuando rapaz, en ellas había hurtado las primicias de los frutos. La ciudad tiene sus mismas calles quietas por donde rodó el aro de sus ilusiones con la vara de su pensamiento. Los muchachos de su pandilla

han mudado de tono en la expresión. La mocedad de las jóvenes, frescas y alegres, las ha espigado convirtiéndolas en mujeres muy temprano.

La Villa de San Miguel de Culiacán que vive en su fiel recuerdo. La catedral en construcción, apenas se levanta algunas varas debido a los constantes trastornos públicos y a los nueve destierros del terco obispo don Pedro de la Loza y Pardavé. El edificio del Seminario donde había arruinado sus latines de monaguillo y que tenía el altar de piedra más bello del noroeste. El macizo caserón de la ***Moneda***, la Tercena o Estanco de Tabacos y el mesón de San Carlos. Los portales y sus plazas.

Recorría animoso la población, el apuesto oficial Jorge Carmona, por todos sus barrios: las casas típicas de las mujerzuelas alegres, en la calle de El Pescado, con los sones de sus murgas o sus guitarras con moños rojos entre las clavijas y su clientela de rancherones fornidos, que beben en la botella a tragos el vino de mezcal o *raspabuche*. Él conocía todos aquellos vericuetos: La mosca, El rey de los amores, La barranca, El oso blanco, La vaquita, y la última calle de don Antonio López de Santa Anna, con su fila de cabañas mal construidas en que estaban las locerías, industria heredada desde tiempos de la Colonia.

También Jorge se canjeaba bromas con los *cebaderos, aguadores* o boteros, los *arañeros* o cocheros, lecheros, olleros y *matanceros* o carniceros, entre los cuales encontró, en la calle de San Felipe, en una *ramada* a lo largo de la cual las reses eran degolladas, a Gabilondo, el anciano amigo de su padre. Jorge Carmona, recordó cuando era todavía un niño y tenía que dejar la cama a las tres de la mañana, entre las brumas que preceden a la alborada, para llevar la carne al mercado, en el carretón de dos ruedas tirado por un burro viejo, y alumbrado por una cachimba o candil. El mercado era un *tianguis* indígena a lo largo del callejón que llamaron de Los Carretoneros.

En esos días las cabalgatas juaristas alteraban el sosiego de la vida provinciana. El eco del golpe de estado de Comonfort, en Sinaloa, tuvo como consecuencia

el nombramiento del Gral. Arteaga por el gobierno reaccionario de México, con el carácter de gobernador y comandante militar del estado.

En los primeros días de aquel año (1859) la fragata de guerra inglesa ***Alarm*** captura en la bahía del puerto de Mazatlán al **pailebot** nacional ***Iturbide.***

Éste había sido armado por los constitucionalistas para hostilizar la plaza por mar y bloquear el puerto con auxilio de otras embarcaciones. Pretextando que el *pailebot* liberal había tirado sobre la ruta de la barca belga *Bravo,* que procedente de Piaxtla quería penetrar en el puerto enemigo contra la prevención del jefe de la escuadrilla bloqueadora, Carlos E. Norton, el marino, fue atraído insidiosamente a bordo del buque inglés, se le arrestó y el *Iturbide* fue apresado.

Coincidiendo con estos acontecimientos las avanzadas pesqueiristas llegaron a Urías, en los aledaños de Mazatlán. Aquella tarde todo está en calma sobre las soledades de las marismas. Un capitán selecciona a sus hombres, diciéndoles:

—Un paso al frente los que estén dispuestos a morir.

Desde la fila avanzan firmes cuarenta voluntarios. Jorge Carmona se cuenta entre ellos. Se les habilita y durante la noche cruzan los esteros hasta una isla donde se embarcan en canoas y se les comunican órdenes terminantes del cuartel general para rescatar el buque armado en guerra ***Iturbide.***

La misión tuvo éxito. Este episodio rigurosamente histórico es glosado por todas las monografías: Carmona fue uno de los cuarenta voluntarios que en canoas tomaron al enemigo el buque armado en guerra ***Iturbide.***

Pesqueira, como hemos dicho, llegó con su ejército (el 4 de enero del 59) frente al puerto de Mazatlán. A su llegada se le reconoce como jefe supremo de aquellos contingentes militares, que ascienden a más de dos mil hombres con

veinte cañones. Además, se le nombra gobernador provisional de Sinaloa, por parte del gobierno juarista. En previsión de un posible fracaso, ordena Pesqueira levantar el sitio y establecer su cuartel general en Cosalá.

El Gral. Manuel Arteaga dispone a su vez que una fuerza de mil hombres, a las órdenes del Gral. José Inguanzo, salga de Mazatlán para atacar a las fuerzas liberales. Tiene lugar la batalla de Los Mimbres en el distrito de Cosalá (15 de marzo). Quedan cuatrocientos *mochos* prisioneros. Fusilan al segundo en jefe de ellos, don Clímaco Rebolledo.

Esta acción bélica es la primera formal en la cual participó Jorge Carmona. Peleó con tanto ahínco que resultó herido.

El Gral. Esteban Coronado, con fuerzas que trajo de Chihuahua, se incorpora a la Brigada de Occidente y queda reconocido como segundo en jefe, y en aprecio al valor confiere sobre el mismo campo, el grado de teniente a Carmona, y lo coloca en su Estado Mayor.

Se establece nuevo sitio al puerto de Mazatlán, defendido por los generales Luis Pérez Gómez, José Inguanzo y Manuel María Gándara. El asalto definitivo a la plaza es el día 3 de abril. Hay fuego nutrido de más de tres horas. Se hacen numerosos prisioneros de tropa y cuarenta oficiales de distintas graduaciones. Este triunfo pone al estado en condiciones para el pronto restablecimiento del gobierno legítimo.

Durante esta importante acción de armas, Carmona cayó en un foso y se fracturó una rodilla. El general Coronado tiene un especial empeño en la atención médica de su valiente oficial.

El teniente Carmona, convaleciente, recorre el puerto de Mazatlán, voz primitiva que significa *País de los Ciervos.* El puerto tiene su historia; se fundó setenta años después del desembarco de don Nuño Beltrán de Guzmán en Chametla, como presidio, bajo la vigilancia de una compañía de mulatos, servidores fieles del rey de España.

Cuando el puerto cayó en poder de las tropas liberales, conservaba el llamado Puerto Viejo o de San Félix y su calle principal trepa al cerro de La Cruz. El teniente juarista Jorge Carmona supo que primero se llamó la Villa de las Costillas y después Puerto Ortigoza. Y además, por los vecinos más viejos, que cuando la fragata *Danubio* descargó un valioso contrabando, los agentes fiscales, al pretender impedir el alijo fueron acuchillados y rechazados por la tripulación y gente del país que había sido cohechada.

En compañía de Marta vaga el teniente por la península, las playas de la ensenada Olas Altas y los esteros del Infiernillo y Astillero. La pareja hace excursiones por los cerros del Alto Crestón, del Vigía, de La Cruz, en el cual existe una pequeña fortificación construida en 1845 por el Gral. Miguel Blanco y conocida con el nombre de Fortín de la Paz. Saborean —Marta y Jorge— su luna de miel de nuevo por las calles irregulares y de empedrado desigual.

Marta ha principiado a embarnecer. Su blancura nacarada ha adquirido un mate cobrizo. Sus caderas recias, bruñidas de mar y sol, se insinúan al soplo del viento a través de la gasa floreada de la enagua. Se ha vuelto más apasionada por el calor sofocante del trópico, que enerva con su temperatura húmeda y cálida. Lleva suelto el pelo bruno, su andar lento, garboso, causa admiración a los chinacos marinos que ambulan por el malecón. De todas las mujeres, con las que comparte su vida Jorge Carmona, Marta indudablemente es la que deja en su espíritu huellas indelebles, y serena sus pasiones.

Por este tiempo, en Mazatlán, Carmona hace amistad con el gobernador don Plácido Vega. Este militar descendía de una rancia familia de El Fuerte. Ocupó varias veces la primera magistratura del estado. Renegando de sus principios liberales, desconoce al Presidente Juárez y se une a Manuel Lozada, amo de las sierras de Alica. Su vida fue tumultuosa y su gran influencia ayudó en mucho al teniente Jorge Carmona.

Don Plácido Vega es hombre robusto, de larga y espesa barba, ojos grandes y expresivos, de fuerza hercúlea,

excéntrico tanto en sus hábitos privados como en su conducta política, precavido, misterioso, gusta mucho de toda clase de intrigas, minucioso y metódico en el manejo de sus papeles, honrado, hombre de muchos proyectos y empresas. Personaje de una vida novelesca que armoniza con esta época turbulenta de la historia nacional. (Murió en Acapulco, Guerrero, el 4 de enero de 1879).

Anotaremos, al pasar, que todavía hoy, corridos los años, en Sinaloa se recuerdan sus hazañas de guerrillero y sus viajes de audaz aventurero. El bronce de don Plácido no se levantó en la avenida Reforma porque, según dicen, la esposa del presidente Gral. Díaz se opuso, diciéndole:

"—No, Porfirio, no quiero, cuando salga a paseo en mi carretela, pasar bajo un Vega".

Tal es la pintura exacta del nuevo protector de Carmona.

En la primera decena de junio del mismo año, el gobernador Vega ordena el envío, por la vía de San Blas, de tropas que vayan a reforzar la vanguardia de la Brigada de Occidente; Jorge Carmona formaba parte de estos doscientos artilleros, que salían a las órdenes de don Manuel Márquez de León y don Ignacio Martínez Valenzuela a realizar la campaña de Tepic.

"Entre mis compañeros de armas —relata Jorge— venía un alférez de mi mismo temple, llamado Nicanor Emparan, originario de Noria de Valles, a quien hablé de mis deseos por un cambio de aires, que serían convenientes a mi salud y bolsillo.

"—Carmona—replicó Emparan torciendo un cigarrillo—, pájaros de una misma pluma vuelan juntos.

"—Entonces, vamos a incorporarnos con el Gral. Coronado.

"—Creo que sería lo mejor. Cántaro que no baja al pozo no saca agua.

"Emparan y yo feriamos nuestros caballos por mulas de

gran alzada y cascos seguros. Habiendo dejado instalada a mi Marta, en una casa de Mazatlán, nos preparamos a la jornada. Temprano ensillaba mi mula, cuando de pronto se presentó a mi vista un cura limpio de cara y con negra sotana, de abierta sonrisa y ojos quisquillosos. Al verme no pudo menos de quedar sorprendido, e iba a besarle la mano, cuando de súbito soltó la carcajada, diciendo:

"—Alabado sea Dios. ¿No me conoces?

"Era nada menos que mi amigo Emparan dispuesto para la marcha.

"—¿Pero qué significa esto?—le pregunto asombrado.

"—Poca cosa; desde este instante soy el señor cura Emparan y tú mi mozo.

"Y dicho esto metió pie en el estribo y le seguí más y más admirado. Cuando los rayos del sol iluminaban las crestas del Nayarit, habíamos dejado atrás las palmeras que circundan a Mazatlán, siguiendo el polvoroso camino real.

"Emparan caminaba por delante, jinete en una mula baya cabos negros, su silueta eclesiástica, al perfilarse en el claro del paisaje, me recordaba al cura Gaxiola y por primera vez sentí la nostalgia de mi pueblo.

"De trecho en trecho encontrábamos arrieros, los que al percibir a mi compañero, quitábanse apresurados los sombreros, algunos echaban pie a tierra y solicitaban su bendición, la que Emparan les concedía de buena voluntad, despidiéndolos con una ademán y un latinajo.

"Seguimos para Acaponeta, faldeando la sierra en dirección de Tepic, pero sin alejarnos de la costa. Ya cerca de Acaponeta, comenzamos a ver pasar por el camino cuadrillas de indios armados de aspecto fascineroso, hasta entonces comprendí, estimulándola en todo su valor, la sabiduría de mi compañero en disfrazarse de clérigo.

"—Son lozadeños—me dijo Emparan.

"Un grupo se preparaba a tendernos una emboscada.

"—Volvámonos—le respondí— antes de que nos corten la retirada.

"Mi amigo sonrió. Continuaba andando tan tranquilo cual si se hallase en las calles de Ures. Las piernas me temblaban de miedo, las espuelas repicaban con el temblor; pero obediente a una seña de mi compañero, seguíle quieras que no. De repente, uno de los indios gritó:

"—¡Alto!

"Cuando volví la vista, más de cien mosquetes nos apuntaban a derecha e izquierda, ojos diabólicos centelleaban tras de los breñales.

"Emparan se detuvo, quitándose el sombrero, para que mejor se viera la tonsura, principió a prodigar bendiciones a un lado y otro, elevando los ojos al cielo, murmuró palabras en latín que estoy seguro ni él mismo entendía.

"El efecto fue mágico e instantáneo. Los lozadeños tiran las armas y salen atropellándose de la emboscada, besan los pies, las manos y los pantalones de Emparan. Imperturbable, el ficticio cura, prosiguió su reparto de bendiciones; hasta tuvo la audacia de improvisar un sermón al aire libre, que los indígenas escuchan de rodillas.

"Al seguir el camino, uno de los caciques de la gavilla, con una veintena de guerreros, se empeñó en escoltarnos hasta el pueblo vecino. Nos recibieron con una murga, cohetes y una especie de tamalada.

"De aquí para adelante, puede decirse que caminamos en una procesión no interrumpida. Emparan colmado de besos, de regalos, tratados a cuerpo de rey, en comelitonas con pechugas de gallina y lomillos de ternera.

"Así llegamos hasta Acaponeta, donde nos pasó una

aventura que por poco nos cuesta el pellejo. Sucedió que la procesión de indios que nos servía de columna de honor, nos llevó a alojarnos al curato del pueblo. Allí vivía un cura verdadero, amigo de Lozada, el tal curilla no tardó en descubrir la superchería.

"Así es que, cuando después de la cena nos retiramos a la habitación que nos habían preparado, Emparan cerró la puerta y en secreto me dijo:

"—Ese zorro del cura me ha visto el cobre; juraría que en estos momentos se dirige a ver al Alcalde para que nos aprehendan y fusilen.

"Al oírlo sentí que las quijadas se me caían; pero tuve alientos para preguntarle:

"-Por Dios, ¿qué hacemos?

"—Chist, apaga la vela y vamos a la caballeriza, que al entrar vi pastando dos buenos caballos.

"—Pero, ¿dónde están las caballerizas? —le interrogué con ansiedad.

"—Hombre, tiene gracia la pregunta. Debes saber que en estos tiempos de revuelta lo primero que hay que hacer, al entrar en una casa, es echar un vistazo a las caballerizas. En nuestra profesión la mejor arma es un caballo. Sígueme.

"Hacía luna. En el corral vimos dos magníficos corceles y nuestras mulas, que se habían apoderado del pesebre a fuerza de cocear.

"Emparan lazó uno y yo otro, luego los ensillamos y rápidos montamos en sus poderosos lomos. En silencio salimos a la calle; aún no llegábamos a la esquina, cuando vimos venir al señor cura seguido de más de cincuenta indios armados hasta los dientes.

"Los indios nos vieron, el cura dio un grito, sonó una descarga cerrada y henos allí camino de Tepic en furiosa

carrera.

"—¿Qué te parece, Carmona?

"—Que tienes buenas narices para oler el peligro.

"—Moderemos el paso porque estoy seguro que estos son los únicos caballos que hay en Acaponeta. Que había, quise decir —concluyó entre carcajadas.

"A los ocho días llegan a las cercanías de Tepic, pero encuentran que el general Coronado ha evacuado la plaza y acampa a cinco leguas de distancia.

"Al anochecer, y guiados por las hogueras del vivac, avanzan resueltamente hacia el campamento.

"—¿Quién vive?—pregunta un centinela con voz somnolienta.

"—¡Patria y libertad! —responden Carmona y su compañero.

"En seguida un sargento y cuatro soldados nos conducen a presencia del general en jefe al que hallamos bajo una tienda hecha de mantas de arriería. Una raja de ocote arde fuera de la tienda y a su resplandor se pueden observar las facciones de Coronado. Representaba tener entonces alrededor de cuarenta años, alto, bien hecho y fornido, de ojos saltones, gran nariz y barba negra y poblada. Cerca de sí tiene dos pistolas dragonas y la empuñadura de la espada, colocada entre las piernas, le llega hasta medio pecho. Apenas si se movió cuando entramos, un ayudante se adelantó a recibirnos. Ese frío recibimiento me pareció de mal agüero. Pero mi amigo no se acortó, saluda al general con marcial ademán y le entrega las cartas de introducción que nos había dado el Gral. Pesqueira.

"El Gral. Coronado las leyó detenidamente; después, mirándonos con fijeza, se dirigió a mí sin reconocerme y pregunta:

"—¿Conque desean pelar a mi lado contra los lozadeños?

"—Hasta morir o vencer— se apresuró a replicar Emparan.

"Miróle a su turno el general y sonriéndose imperceptiblemente continuó:

"—Como soldados de caballería y arma blanca no hay como los sonorenses y para que ustedes se distingan, en esta guerra de Alica, voy a ordenar se les anote de alta en el escuadrón de Lanceros de Tamaulipas, que siempre pelea a la vanguardia.

"Guardó silencio por un momento. Volvió a mirarnos a hurtadillas, luego se puso a escribir con lápiz algunas líneas; al concluirlas dióle el papel al ayudante con estas palabras:

"—Mire, Echeverría, conduzca a estos jóvenes al campamento del coronel Linares y de paso dé orden para que se apaguen las hogueras.

"Y tornándose de un lado y arropándose, en un gran capote militar, se dispuso a dormir".

Llegaba a lo más arduo la guerra llamada de tres años. Se pelea mucho y los pocos ocios del campamento los entretiene Carmona jugando a los naipes con la oficialidad. De allí nació el concepto que repetía el oficial:

"—La guerra tiene su lado negro y su lado blanco; su lado negro es el de la pólvora, su lado blanco el de la plata".

Dos días después sucumbía el coronel Linares, acribillado a balazos en la acción de Barranca Honda. Era un liberal buen mozo, trigueño y bastante joven y valiente.

También en este combate pereció el simpático de Emparan. Carmona narra el trágico episodio conmovido:

"Tendido sobre unos sudaderos de montar, en el repecho de un peñasco, hallábase mi amigo Emparan, herido y desencajado. Un joven corneta le humedecía la cara con una hilacha empapada en aguardiente. Al verme hizo un esfuerzo para sonreír, mas sólo consiguió hacer dolorosa

mueca. Pidió que nos dejaran a solas; cuando nadie nos escuchaba, con voz entrecortada por los estertores de la agonía, me dijo:

"—Carmona, me quedan algunos instantes de vida. Desabrocha mi cinturón; hay en él setecientos pesos. Dame agua, por Dios, agua fría...

"Media hora más tarde el infortunado Emparan fallecía. Me cabe el consuelo de haberle dado cristiana sepultura, mientras brillaba la luna en los riscos de Nayarit".

Contra el Tigre de Alica

El escuadrón Lanceros de Tamaulipas pelea siempre a la vanguardia. Carmona se alista la víspera de la derrota de San Leonel.

Ocurrió este hecho de armas (26 de septiembre de 1859) a nueve leguas al sur de Tepic, cuando las fuerzas de Manuel Lozada (a) El Tigre de Alica, sorprendieron a los liberales y fusilaron a su jefe, al coronel Martínez Valenzuela, y a otros oficiales.

En este combate encarnizado resultó herido el intrépido oficial Jorge Carmona. En esta vez recibe Carmona, como premio a su arrojo y valentía, su ascenso a capitán, dictado sobre el terreno, por el malogrado general Coronado. Este acontecimiento es rigurosamente histórico y existen documentos o despachos militares que lo acreditan.

Carmona, ante este desastre, se ve precisado a regresar a Sinaloa y se presenta nuevamente al gobernador don Plácido Vega. Con las heridas todavía frescas el oficial Jorge Carmona se incorpora al Batallón Ligero de Sinaloa.

Poco tiempo después se le nombra ayudante de campo del gobernador Vega, quien personalmente dirige la campaña. Esta distinción lo pone en condiciones de ver con más frecuencia a Marta, a quien había dejado instalada en el puerto de Mazatlán. Tranquilamente, en comisiones del servicio, pasa los primeros meses del año 1860.

La casita, refugio de sus amores, domina el mar. A lo lejos se ven las velas de las barcas pescadoras. La bruma afanosa pretende borrar el sol de aquella mañana.

Jorge, cariñoso, despierta de sus sueños a su bella mujercita. Marta, despeinada, tendida sobre el lecho, desnudos los hombros y brazos, cubre sus encantos con un vaporoso traje de dormir.

—Bien, Jorgillo... —contesta Marta todavía somnolienta.

Afuera, encuadrado en la ventana, se contempla un acantilado sobre el cual revolotean las gaviotas.

Después de frugal almuerzo, ella se adereza en el tocador. Alegres se encaminan a tomar un baño de mar por Puerto Viejo. La muchacha está bonita toda vestida de blanco, calzado negro, con las pantorrillas sin medias y una gaya pañoleta sobre sus cabellos.

Salen, camino hacia el otro lado del puerto, hasta la playa arenosa. El viento loco ciñe las ropas sobre el cuerpo esbelto de la criolla. Caminan sobre la arena dorada en busca de conchas de nácar y caracoles. Después, en la soledad, nadan sobre las olas espumosas de un mar matizado de verde por el ambiente matinal.

Hacen una larga caminata y buscan descanso y soledad en una barca varada a la orilla del mar.

—¿Eres feliz, mi vida...?—pregunta el capitán, mientras le besa las rodillas redondas y nacaradas a Marta, quien recostada negligentemente sobre el fondo de la barquilla, tiene la mirada perdida en el espacio azul.

—Sí y todavía lo sería más si tú... —dijo ella reticente haciendo un gracioso mohín. Sobre su cara el sol hace brillar unas pecas como pepitas de oro.

-—Yo... ¿Si fuera más constante contigo? —pregunta el capitán.

—Eso es. Y que quisieras escucharme.

—Dime.

—Ayer recibí una carta de mi padre.

—¿Qué te dice?

—Que por qué no nos hemos casado, que he mancillado sus canas y que...

—Basta; ¿qué le importan al viejo nuestros asuntos?

—Pero, Jorge, es que los vecinos empiezan a murmurar. Saben que no soy más que tu querida y todas las familias que antes me visitaban, hoy me han cerrado sus puertas. Jorge, cásate conmigo. ¿Acaso no me quieres ya?

Y se representa una escena de lágrimas, lamentaciones y reproches. Las ondas del mar se estrellan sobre la parte hundida de la barca. La mañana está avanzada, el sol dora a fuego los rojos tejados y aviva el verde abanico de las palmas y cocoteros en el lejano caserío del puerto.

Jorge y Marta regresan silenciosos. Y el penoso incidente termina cuando Marta gime. Bien lo dijo el bardo español: ***Todo lo puede la mujer que llora.***

Después, con palabras de amor y caricias vuelven a amarse con más pasión. Los besos sobre ella son pegajosos, salobres, porque el mar ha lamido todo su cuerpo.

A los pocos días el idilio se interrumpió nuevamente, la campaña contra el Tigre de Alica continuó con mayor rigor.

El coronel Antonio Rosales, designado por el gobernador Vega, sale a impedir la invasión de Lozada a Sinaloa. Obra en combinación con el coronel Ramón Corona y organiza las defensas del sur del estado.

Las hordas lozadeñas lograron sitiar a Rosales, en Escuinapa; pero éste, valeroso, rompió el sitio con un arrojo temerario. Estos militares —Rosales y Corona— impidieron que Lozada, famoso forajido de las sierras de Alica, dominara en Sinaloa.

Rosales, originario de Juchipila, Zacatecas. Intelectual de fortuna en el medio cultural de Jalisco. Posteriormente traicionó a su protector el gobernador Vega y se unió a una de las facciones en que se dividió el Partido Liberal. Fue desterrado por conspirador. En las desventuras de Rosales, el Lic. Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, fue su defensor.

Era el coronel Rosales de estatura regular, ojos vivaces, flaco, huesudo, de piocha negra y en extremo bilioso. Y a pesar de su carácter cultivó una buena amistad con el capitán Jorge Carmona.

Sale de nuevo Carmona, acompañando las fuerzas que a las órdenes de don Plácido Vega, gobernador de Sinaloa, van a participar en el sitio de Guadalajara.

En su tránsito por el Cantón de Tepic estas tropas son atacadas en las lomas llamadas de Ixcuintla por fuerzas reaccionarias al mando del general Jerónimo Calatayud, reforzadas por contingentes de Lozada. Los liberales obtienen la victoria, Calatayud muere y se hacen numerosos prisioneros.

Esta expedición duró hasta el día 20 de agosto del mismo año (1860), en que regresó el general don Plácido Vega del interior del país con una parte de la fuerza que había llevado y se encargó nuevamente del gobierno.

Por esos días, el teniente coronel del Batallón Pánuco, Domingo Rubí *El Cojo*, es comisionado para hostilizar la

vanguardia de las tropas del jefe reaccionario durangueño Domingo Cajén.

"Rubí —escribe don Eustaquio Buelna— era de escasa inteligencia y siempre dirigido, en un principio, por Corona y el círculo tepiqueño; después, por su secretario Martínez". Lo acusa de ser dócil a las influencias más perjudiciales al estado y lo califica de irresponsable.

Otro escritor, don Ireneo Paz[4], fulmina a Rubí con los anatemas más cáusticos. No obstante, es innegable su gran valor personal, su firmeza a los principios liberales, y que se anotó una campaña gloriosa como la de El Espinal, en que derrotó al general Cajén. Fue factor de mucha valía en la Guerra de Tres Años.

En lo físico, el retrato de Domingo Rubí, dibujado por el mismo Paz, casi tomado al natural, era así:

"Un hombre como de cuarenta y cinco años: bajo de cuerpo, ancho de espaldas y cojo de una pierna. Su cabeza es una bola perfecta con escaso pelo. Su color es amarillento y manchado, sus ojos grises y encapotados por unos párpados llenos de carnosidad, su frente abultada tiene la propensión a hincharse más cuando él se irrita, su boca es grande, sus labios extremadamente gruesos, sus dientes negros a fuerza de estar mal cuidados y de una enfermedad que padece en las encías, el bigote es espeso, formado de pelos gruesos y ásperos y su voz es

[4] Se ha llegado a asegurar que el odio del periodista don Ireneo Paz contra el gobernador, general don Domingo Rubí, se engendró debido a que el citado escritor, siendo secretario particular del referido gobernante, pretendió sorprenderlo para que firmara una carta nombrándolo Diputado Federal por Sinaloa. Si no fue esta la causa, los episodios turbulentos en que participó el señor Paz contra el general Rubí, influyeron en forma directa a fomentar su enemistad. Era Paz un hombre de odios africanos y violentas pasiones, originario de Guadalajara, Jalisco, donde nació el 3 de julio de 1836; después de una vida larga y agitada falleció en Mixcoac, Distrito Federal, el día 4 de noviembre de 1924.

también demasiado brusca".

Mas, volviendo al campo de la acción. Con un ataque intrépido logra Rubí dispersar al enemigo. Después se retira al puerto del Habal y se reincorpora a la *Brigada de Sinaloa*. El gobernador Vega sale el mismo día a encontrar al enemigo. Tiene lugar la batalla de El Espinal (27 de octubre).

"En los momentos en que el ataque era más impetuoso —he copiado de un parte militar— el segundo en jefe de la Brigada, coronel Manuel Márquez de León, dudando, quizá, del éxito de la batalla, retrocede con su Estado Mayor para tomar la reserva. Al observar este movimiento el general don Plácido Vega ordenó a su ayudante Jorge Carmona que fuera a preguntar a Márquez lo que había pasado, y éste respondió que le faltaba parque a Rosales y que si no se lo llevaba inmediatamente, sería arrollado por los conservadores.

"Don Plácido Vega dispuso que Carmona cargara una mula con parque del calibre de la fusilería del 2º de Sinaloa, y que personalmente lo llevara al jefe de dicho batallón. El ayudante del Gral. Vega cumplió con la comisión, y al llegar con la mula cargada dijo a Rosales:

"—Aquí está el parque que usted necesita, mi coronel.

"—Ca... es lo que necesito—dijo Rosales.

"—¡Arriba, muchachos! ¡A la bayoneta, mis amigos!

"Y cargó de una manera tan impetuosa sobre el enemigo, que momentos después la victoria se decidía por las armas de la Reforma".

La batalla de El Espinal es considerada como una derrota completa de las tropas de Cajén por las Guardias Nacionales.

Toda aquella región del país, en consecuencia, queda controlada por el gobierno juarista. En el mes de enero (1861) se puede marcar el límite de la etapa histórica

denominada Guerra de Reforma.

Lozada, ***el*** *Tigre de Alica*, es un guerrillero originario de San Luis Gonzaga, pueblecillo del antiguo Cantón de Jalisco, después territorio de Tepic.

Es este dictador enclenque, tuerto, con una venda cubre la cavidad del ojo derecho, y además es un personaje harto vengativo. Sobre la figura de este indómito cora corre la fama de feroz y sanguinario. Su aspecto horroriza y su voz es huraña. Vive entre las serranías con un séquito de mujeres que reputa como legítimas. En pocas ocasiones sabe ser buen amigo y juez justiciero. Es un indio enemigo declarado del robo. Tiene dotes de mando y sobre todo de administración. En política es taimado y seco. Con un odio africano combate a don Benito Juárez, a la sazón Presidente de la República, quien por enérgico decreto lo pone fuera de la ley.

Posteriormente se firmaron unos convenios entre Lozada y el gobierno, que son más tarde desconocidos, y el célebre Tigre de Alica se adhirió a la causa del Imperio. Maximiliano, el fugaz emperador, le regaló una espada con una empuñadura de oro.[5]

Este indio cora alimentó la ilusión, unido a don Plácido Vega, de establecer la Confederación Libre y Soberana de Occidente. Se asegura que manifestó su antijuarismo, a la muerte de don Benito, y ordenó que el infausto día fuese celebrado echando a vuelo las campanas de los templos como en los días de fiesta grande.

Lozada logra reorganizarse y ataca de nuevo la ciudad de Tepic (2 de noviembre). Fueron los primeros días del invierno de 1860 y los últimos de la fulgurante carrera militar del Gral. Esteban Coronado.

[5] Con relación a la espada que se dice que el Emperador Maximiliano obsequió a Manuel Lozada, ***El Tigre de Alica***, existen noticias que una familia que radica en la ciudad de Tepic, Nayarit, la conserva como una reliquia inapreciable.

Oigamos cómo los refiere el escritor Francisco Xavier Gaxiola, en una de sus extensas monografías históricas:

"Al avistarse —las fuerzas reaccionarias y las liberales—, simultáneamente hicieron fuego seis piezas de artillería, que estaban situadas por la entrada de Guadalajara y en La Cruz. Los reaccionarios atacaron con ímpetu y el fuego se generalizó toda la noche.

"Al amanecer del día 2 se retiraron los agresores situándose en la loma de La Cruz, en el camino de Puga y delante de la Alameda. El tiroteo continuó todo el día y los siguientes hasta el cinco.

"Desgraciadamente para los liberales, el Gral. Coronado fue herido en una pierna, después de que con su Estado Mayor se batió durante doce horas, perdió dos caballos y recibió durante la refriega algunos balazos en el sombrero y en la ropa.

"Inmediatamente se procedió a reconocer la herida del ilustre general y los médicos le dijeron que conservando la pierna podría quedar hábil para dirigir la campaña después de una curación de seis meses; pero que amputándola (?) bastaba un mes de atenciones para que pudiera seguir al mando de su división.

"El general, después de reflexionar un momento, dijo:

"-Mi pierna le hará falta al Gral. Coronado; pero mi tiempo le hace falta a la patria.

"Y apenas había pronunciado estas nobles palabras cuando ordenó que se procediera a la amputación. Desgraciadamente la operación no tuvo éxito; víctima de ella sucumbió el ilustre soldado de la Reforma, siendo sepultado su cadáver en la capilla de los Dolores".

Agrega su biógrafo, don Francisco Sosa, al exhibir por entero tan egregia figura, lo siguiente:

"Con su muerte reinó la confusión y el desorden en las filas liberales. El día 6 de noviembre capitularon, perdiéndose

así una brillante división. Tan amargos son los contrastes de que está sembrada la existencia del hombre. El caudillo afortunado murió precisamente cuando se dibujaba en el horizonte el laurel que debía ornar la frente de los héroes de la Reforma, después de la victoria de Calpulalpan, que dio término a la guerra el día 22 de diciembre de 1860".

Dos pueblos se disputan la cuna de Coronado: Valle de Tacupeto, ex distrito de Sahuaripa, Sonora, y el mineral de Jesús María (hoy Ciudad Ocampo), en la Sierra Madre de Chihuahua. Estudió Coronado, filosofía en el Instituto Científico del Estado. En la ciudad de México recibió la toga de licenciado en derecho. Fue expulsado de Chihuahua por un candente discurso cívico. Se enroló en las filas del gobernador, general don Ángel Trías, como teniente de Estado Mayor, contra la invasión norteamericana[6].

Coronado prestó servicios eminentes al Partido Liberal. Anduvo por Jalisco en las tropas de don Santos Degollado. Y el mismo escritor Sosa resume su actividad militar en la siguiente forma:

"En Tololotlán derrotó a don Leonardo Márquez, y brilló por su comportamiento en el combate de Juanacatlán. En Atequiza luchó heroicamente, contando con sólo seiscientos hombres, contra el brillante ejército de Miramón; tomó en seguida a Irapuato; expedicionó con gran éxito por Zacatecas; internóse de nuevo a Durango; bajó por la Sierra Madre a Sinaloa; salió vencedor en Los Mimbres y tomó parte principal en el asalto a Mazatlán".

Sucede en el mando al Gral. Coronado, como jefe más antiguo, el coronel Fernando Cordero. Este militar es un hombre impreparado, falto de energía y de espíritu militar.

[6] El historiador sonorense, Lic. Horacio Sobarzo, ha escrito una biografía del Gral. Don Esteban Coronado, aclarando en ella que este destacado liberal fue originario del pueblo Valle de Tacupeto, en el Estado de Sonora. ("Crónicas Biográficas", 1949).

El sacrificio del general Coronado fue un acto heroico, y a su lado recibió Carmona una nueva herida que lo expuso al grave peligro de caer en manos de los feroces lozadeños.

Cordero fue fusilado por sus mismos compañeros de armas a tres leguas de Escuinapa, por la responsabilidad en que incurrió con su torpe conducta militar en la defensa de Tepic.

La paz no fue completa, periódicamente Sinaloa sufría la invasión de las chusmas lozadeñas. Manuel Lozada, El Tigre de Alica, dio guerra sin cuartel a todos los gobiernos constituidos. Inquietó este guerrero la sierra de Nayarit, hasta que fue capturado, en el cerro de los Arrayanes, por Andrés Rosales, uno de sus antiguos subordinados, sometido ya al gobierno.

Es discutida con ardor la figura de este indómito cora, y en el criterio de unos, es un precursor y para otros, un bandolero. Bien merece que anotemos su sintética biografía.

Manuel Lozada, El Tigre de Alica, era caudillo de los indígenas tepiqueños al servicio de intereses capitalistas. En estas páginas ha desfilado combatiendo a los liberales. Siempre alimentó un odio africano para el patricio Juárez. Después, fue un aliado al Imperio de Maximiliano y esto dio ocasión a la brillante campaña del Gral. Ramón Corona. Entonces Lozada entra en compromisos con don Plácido Vega, ya que los dos alentaban la ilusión de establecer la Confederación Libre y Soberana de Occidente.

Relata la ejecución de este afamado bandolero, el escritor costumbrista, Mariano Azuela, de una manera vívida, diciendo:

"19 de junio de 1873. Ha clareado la mañana. A tambor batiente y con estridencia de clarines, el 17 de infantería y el 14 de caballería, conducen a Manuel Lozada a la loma de Los Metates. Formado el cuadro y el pelotón al frente, el cora hace seña a los jefes de que quiere hablar. Reposado, sereno, se despide de la tropa. Un instante su mirada se

detiene a lo lejos sobre su santa madre, la azulosa sierra de Alica. Sin presuntuosidad, sin alteración en la voz ni en las líneas de su rostro, dice:

"—Juro que nunca quise sino el bien de mis hermanos.

"Detiene la mano del oficial que pretende vendarlo, se arrodilla y levantando la frente hace señal de que tiren.

"Así acabó este forajido famoso, que tantos males causó al estado, que logró por tantos años imponerse a todos los gobiernos del país, para mengua del decoro nacional".

La campaña descrita contra el Tigre de Alica, ofreció a Jorge Carmona oportunidad para ganar brillantemente sus graduaciones militares. Retornó a su centro de operaciones, disperso y derrotado.

Aquel día, jinete en un caballo negro, el bizarro oficial Carmona, contaba ufano a sus compañeros de armas haber estado al lado del infortunado general Coronado, cuando la bala de un fusil lozadeño lo hirió de muerte. Caminaba por el sendero que asciende sobre el filo de la sierra, cabizbajo, meditabundo:

—Hemos sufrido un desastre, mi capitán—le dijo un sargento que al trote le daba alcance.

—Sí, nos faltó la estrategia de mi Gral. Coronado.

En esos momentos vieron a la orilla de la vereda a un soldado de infantería, también disperso, que herido andaba con dificultad. Jorge Carmona echó pie a tierra y lo subió sobre su caballo, no obstante que el *guacho* se resistía, diciendo:

—No, gracias, mi capitán, gracias.

Carmona con tono imperioso le ordenó montar sobre la silla y después él subió a las ancas del animal.

Al poco tiempo, la noche había cerrado oscura y lluviosa. A medida que trepaban la montaña arreciaba la tormenta,

los rayos desgajaban los pinos y los truenos ampliaban el eco por las cañadas de profundas hondonadas y los altos relices de aquella agreste serranía.

Era días muy duros de campaña. Casi con la alborada llegaron a Guamuchilito, en los límites de Durango y Sinaloa. Caminaban por lo más abrupto para evitar un encuentro con las guerrillas lozadeñas. Iban a Santa Lucía para de allí bajar a San Ignacio y tomar hacia Mazatlán.

Nos hemos detenido en glosar este detalle de la vida militar de Jorge Carmona, porque enfoca su fisonomía espiritual. No son pocos los biógrafos que le niegan injustamente todos sus actos de hombre bondadoso.

A fines del mes de noviembre regresa Carmona a Mazatlán. Marta, radiante, lo recibe con sus mimos y su cautivadora simpatía. Esta muchacha siempre amó a Jorge contra todo viento y marea, en la condición en que lo tuviera su destino. Mujer de temple, dejó su buena posición social y las comodidades del hogar paterno por seguir al aventurero. Trabajaba como modista y dama de compañía de una anciana acomodada, doña Avelina, pariente del tepiquense don Francisco Sepúlveda, visitador de aduanas marítimas.

La muchacha es bien plantada, garbosa. Recogía sus trenzas brunas sobre la cabeza, dejando despejada una maravillosa nuca en cuya blancura caían los cabellos cortos que no habían alcanzado a entrelazarse en el trenzado. Vestía una faldilla negra y chaqueta con adornos verdes.

La pareja retornó a sus paseos favoritos por Olas Altas. En Jorge había despertado, la muchacha norteña, una verdadera pasión; pero también era afecto a las aventuras y a su agitada vida de militar. Una tarde que paseaban por el mar, Marta le preguntó:

—¿Te quedas definitivamente conmigo?

—Quizá; pero eso va a ser imposible, mi vida.

—¿Por qué?

—Por mis deberes en el ejército.

—No, Jorge; es que te gusta la vida errante, huyes de la tranquilidad de nuestra casita, eres como aquellos ánades que vuelan sobre el estero—dijo apuntando con la mano—, emigraron tal vez de Alaska, de Canadá, qué sé yo de dónde.

—Es verdad, lo confieso; cuando miro el horizonte me imagino que el mundo es muy grande y me entran deseos de andar y conocer tierras extrañas.

—El mundo es igual en todas partes—replica Marta.

—Sí, es igual; pero contigo lo veo distinto.

Los dos se rieron de buena gana. A lo lejos se oía la tonada de la canción ***El Corneta,*** entonces en boga en Mazatlán. El crepúsculo con una luz viva iluminaba el rostro de la muchacha. Marta y Jorge estaban sentados sobre los arrecifes, el mar rompía sus olas en las rocas deshaciéndolas en espuma. Al bajar Marta iba a caerse y Jorge la cogió del talle y al mismo tiempo la besaba; ella alocada, alegre, reía de contento y tenía los ojos húmedos.

Anochecía. Se divisaban las luces que se encendían en el puerto y la rotación del faro, que con una lanceta de luz exploraba las brumas.

Así pasaron los meses de diciembre, enero y parte de febrero.

El capitán Jorge Carmona, el día 10 recibió órdenes de acompañar por tierra al gobernador don Plácido Vega, que salía a Guadalajara.

Cuando partió la diligencia, la bella muchacha agitaba nerviosa un pañuelo y retenía las lágrimas contenidas hasta que las nubes de polvo cubrieron el carromato en camino al sur.

México adentro

Con licencia concedida por el Congreso local (12 de febrero del 61), salió el Gral.Vega de su estado a tratar con el gobernador de Jalisco, el Gral. Pedro Ogazón, asuntos del servicio político relativos a la organización de la campaña de Tepic.

Acompaña al gobernador Vega, en calidad de ayudante, el capitán Jorge Carmona.

Por la garita de Zapopan entran a la ciudad tapatía. Guadalajara, con su esbelta catedral y sus templos de San Agustín, Santa María de Gracia, San Miguel de Belén, San Francisco y Aránzazu es una algarabía de campanas. Las casas de puertas abiertas con enflorados patios andaluces. Las calles apacibles y empedradas. Los jardines sombreados por los flamboyanes florecidos. Los portales, herencia española, de arcos estrechos bajo los cuales pasean las mujeres con andar lento, rítmico, vibrando sus turgencias, a la claridad del ambiente.

Desde el camino de las diligencias, habían visto los viajeros un panorama de cúpulas, minaretes y torres, como de

una pintura morisca. Tal es Guadalajara, capital de las tierras que se llamaron del Reino de la Nueva Galicia.

En abril regresa a su tierra natal el Gral. Vega.

Carmona considera pacificada aquella provincia y resuelve quedarse e ingresar a las filas del Gral. José López Uraga, famoso guerrillero que no se plegó a los dictados de Santa Anna, ni a los caprichos de Arista durante aquellos desastrosos episodios nacionales. El capitán Carmona recoge de Uraga una mala impresión desde su primera entrevista.

"Uraga era uno de esos hombres que no juegan, ni beben, ni enamoran; sin corazón y sin cerebro, y que siguen la carrera militar porque no tienen aptitudes para abrazar otra cualquiera. Tieso en las maneras, escrupuloso en el vestir, insípido en la conversación y puntilloso en la disciplina, de hábitos sedentarios y glotones además, era evidente que no podíamos avenirnos, ni mucho menos congeniar".

El Gral. Uraga, estimando los antecedentes del capitán Carmona en las filas de Pesqueira y Coronado, ordenó se le diera de alta en su Estado Mayor. Poco tiempo permaneció en Jalisco, al cabo de un mes obtuvo permiso de Uraga para pasar a Michoacán. Aquel ejército heroico estaba en la miseria más absoluta.

"Había tenientes —explica Carmona— que andaban con los dedos de los pies al aire libre, y coroneles que se sentaban en el cuarto de banderas a remendar los pantalones".

Al mes escaso, el capitán Carmona obtiene el permiso de Uraga para alistarse en las guerrillas del Gral. Epitacio Huerta.

Sigue el capitán Carmona la ruta por Ocotlán y La Barca, costea la laguna de Chapala hasta entrar en Pénjamo, y de allí, en pequeñas jornadas de seis leguas, a Pátzcuaro, donde está establecido el Cuartel General del liberal

Huerta.

Epitacio Huerta era originario de Coeneo, Michoacán. Fue de los primeros en adherirse al Plan de Ayutla contra la dictadura de Santa Anna. Defendió las ideas liberales en los campos de batalla, y se convirtió en el glorioso mutilado de Cocula. En dos ocasiones ocupó el gobierno del estado de Michoacán. Era este hombre íntegro de firmeza y audaz.

Leyendo uno de los libros de don Francisco Bulnes, encontramos un pasaje que nos describe el carácter de Huerta.

"El Gral. Miguel Blanco, propuso en Morelia al gobernador de Michoacán, Gral. Epitacio Huerta, que pusiese a su disposición las alhajas, vasos y todo lo que fuera de plata u oro existente en la suntuosa catedral de Morelia. Huerta aceptó el proyecto del jefe fronterizo, dictó la orden a su jefe de policía, coronel don Porfirio García de León, hombre resuelto y tan iconoclasta como los fronterizos de Blanco".

"Huerta solicitó un préstamo —detalla otra monografía— al clero de Morelia por noventa mil pesos, para atender el sostenimiento de la Brigada de Nuevo León que acababa de llegar a aquella capital, al mando del Gral. Miguel Blanco, pues las condiciones de la hacienda pública eran precarias y los gastos de la guerra muy crecidos. El clero se negó a satisfacer los deseos del gobernador; pero Huerta insistió en sus propósitos, amenazándolo con incautar la crujía de plata de la catedral, a fin de acuñar moneda y allegarse los recursos que necesitaba. El Cabildo no dio crédito a semejantes alardes, creyendo que el liberal de Coeneo no se atrevería a cometer ese "atentado", o que, cuando menos, el pueblo no lo permitiría. Así las cosas, las fuerzas reformadoras rodearon la catedral y emplazaron cañones en las bocacalles para sofocar cualquier intento de motín, mientras dentro del "recinto sagrado" los plateros morelianos desclavaban la crujía y valuaban las piezas, custodiados por el coronel García de León".

Tal era el historial del nuevo jefe del capitán Jorge Carmona. En Pátzcuaro, a orillas del lago, hablaban el viejo caudillo de Coeneo y el oficial norteño. Copio de una hoja del diario de sus aventuras, lo que sigue:

"—¿Conque viene de la Sierra de Alica, capitán Carmona?

"—Desde más lejos; vengo de Sonora. Estuve en la toma de Mazatlán, en la acción de Barrancas con Coronado, en...

"—Mi general—entró un ayudante interrumpiendo—, los *mochos* están en las goteras de la población.

"Huerta —era él con quien hablaba— en vez de alarmarse, se calzó tranquilamente las espuelas y sonriéndose, me preguntó:

"—¿Sus pistolas tienen balas y su machete filo?

"Adivinando lo que había en la pregunta, le contesté que todo estaba en orden; pero que mi caballo no podía dar un paso de cansado.

"—Venga, que le ensillen uno de mis caballos, al que mis muchachos llaman *El Toro*".

La victoria fue completa para los liberales. Huerta, en la orden del día, hizo mención honorífica del capitán Jorge Carmona, el bravo soldado norteño.

Y pasó los días alegres, en sus correrías militares por Morelia, Zamora, Quiroga, Maravatío, la costa... hasta que un buen día, amigable se despidió del famoso Gral. Epitacio Huerta.

"Bandos de salteadores y guerrilleros infestaban los despoblados. No se recorría el espacio de media legua, sin ver racimos de horca colgados de la arboleda. Mi caballo, de suyo brioso, espantadizo, enderezaba las orejas, con los belfos espumosos relinchaba y retrocedía, cuando un ahorcado pendía demasiado bajo de las ramas; mas los ajusticiados eran tantos, que el animal hubo de

familiarizarse con esos péndulos siniestros".

Poco tiempo permaneció el capitán entre las famosas guerrillas michoacanas, pues decide pasarse al estado de Guerrero y combatir al lado del general don Juan Álvarez. De Guerrero toma rumbo a la capital hasta llegar a Cuernavaca.

Dejemos que la pluma de un desconocido escritor, sin hacernos solidarios del grado de veracidad que contiene, nos describa una de sus numerosas aventuras:

"En esta población de Cuernavaca, conoce Carmona al conde de la Cortina y Castro, quien entonces vivía retirado en una de sus haciendas. Alguien le dijo que gustaba el bondadoso noble del juego de brisca, y con el pretexto de comprarle un caballo fue a verlo".

Se advierte al capitán que al conde, un conversador de tomo y lomo, la vista de un ***chinaco*** le causa arrebatos de legítima indignación.

Carmona halló al conde reclinado en una hamaca y fumando un cigarro envuelto en hoja de maíz. Este le recibe con altivez, mas al cabo de diez minutos de animada plática, el señor Cortina le ofrece casa y hogaza. Con temblores de rabia le cuenta los latrocinios que los liberales han hecho en sus propiedades, dando a entender, que si Carmona tenía opiniones conservadoras, podía recomendarlo a Márquez (general Leonardo) u otro jefe conservador de importancia.

—¿Qué quiere esta gentuza? ¿Constitución? — grita colérico el conde, y agrega—: Pero, amigo, ¿cómo quiere usted gobernar indios con principios constitucionales?

El conde al hablar de política se ponía iracundo aunque era hombre excelente, pulcro y castizo hablista, literato de tertulias, fustigador de los malos versificadores en su célebre periódico ***El Zurriago***, que por lema tenía: *El peine que más raspa, es el mejor para quitar la caspa*.

Según lo presentan sus contemporáneos, era el conde delgado y de elevada estatura y correcto en el vestir; su fisonomía presentaba caracteres bien determinados: nariz aguileña, ojos de vivaz mirada, boca regular sombreada por un tupido y recortado bigote, frente despejada y el pelo terminado en pequeños rizos y traído hacia la frente.

Así lo vio, al recibir su estímulo, don Antonio García Cubas.

Después de la cena, Carmona y el conde se ponen a jugar brisca, y a las once de la noche, Jorge tenía ganados dos mil pesos. Pero en vez de dinero le promete De la Cortina y Castro pagar al día siguiente, con cincuenta mulas de aparejo, y le extiende un documento al efecto. Y de regreso hacia el mesón, Carmona se hacía castillos en el aire al pensar que aquellas mulas, vendidas en México, doblarían la suma.

Durmió con sueños color de rosa, y antes de que se levantara el mesonero entra de rondón al cuarto diciendo:

"—Váyase, señor, váyase, porque dentro de media hora los *mochos* entrarán a Cuernavaca. He visto dos exploradores.

"—Pero yo soy hombre pacífico.

"—Ca... si esta madrugada se fue un oficial que le conoció en Alica y él ha dicho que es usted un general *chinaco*. Ya todo el pueblo lo sabe, ándele, váyase.

"En un santiamén ensilla Carmona su caballo, monta de un brinco y se aleja al trote hacia el norte, mientras por el sur, y en tropel, desemboca un batallón de infantería".

Toma el camino de Tres Marías y después va a Lerma. Tropieza en sus andanzas con la inhospitalidad de los montaraces habitantes de estas regiones.

El partido conservador estaba perdido por la entrada de Juárez en la ciudad de México, que establece de nuevo en ella su gobierno. Quedan sólo numerosas y pequeñas partidas que recorren el país al grito de ***Religión y Fueros.***

En las inmediaciones de Lerma, un comandante de guerrillas, llamado ***Chucho*** Lalanne, se apodera del caballo alazán de Jorge Carmona en nombre del gobierno liberal y le da otro flaco y derrengado para que prosiguiera su jornada. Al correr del tiempo, este incidente no fue obstáculo para que fueran buenos amigos.

Al llegar a Toluca se encuentra con la noticia de que allí está el patriota liberal, Gral. Santos Degollado, hospedado en el hotel León de Oro.

Entrevista el capitán Carmona al valiente Degollado y observa su figura:

"Don Santos es hombre como de cuarenta años, mofletudo y regordete, de mirada penetrante velada con lentes con marco de oro.

"¿Será éste —se pregunta Carmona— el renombrado caudillo liberal cuyo nombre tanto ha sonado en Sonora y Sinaloa?

"Porque más hay en su apariencia de letrado o médico, que de soldado o adalid. Acostumbrado el capitán Carmona a ver en la frontera tipos de espléndida virilidad y generosas proporciones físicas, el exterior de don Santos le impresiona desagradablemente, con sus ojos fijos y escudriñadores como los de un inquisidor".

En Toluca se aloja nuestro personaje en la fonda ***La Bola de Nieve,*** propiedad de una señora Pliego. Allí conoce a algunos de los jóvenes que después figuraron en la época de Juárez y de Lerdo: a Pradillo, uno de los Adonis de la reunión; a Nacho Alatorre, en esa época el bello Brummel de las toluqueñas; a Corella, de cabeza rapada y orejas de lobo; a Loera, en aquel entonces capitán, y a otros muchos.

"Si mal no me acuerdo —cuenta el capitán Carmona—, la señora Pliego, de no malos bigotes, era una de esas mujeres, que como ciertas gallinas, no se cuecen al primer hervor. Es decir, cincuenta inviernos habían pasado sobre su cabeza, sin dejar en los cabellos huellas de escarcha.

Pesaba diez arrobas y no sé cuántas libras, pero cayó rendida de amores en mis brazos, y por cada beso que yo le daba, ella me freía media docena de chorizos toluqueños".

Después de quince días, pródigos en gratos recuerdos, entre juegos de azar con los jefes constitucionalistas y el *Cojo* Tello, pagador militar, buen bebedor y apasionado jugador de naipes, salió Carmona para la ciudad de México, a donde llegó desconocido y pobre: "con los pies en el lodo y los ojos en las estrellas".[7]

Pocos días tenía de llegado a México, cuando el Gral. Santos Degollado solicitó permiso para salir a combatir al guerrillero español Lindoro Cajigas, y vengar el artero asesinato de don Melchor Ocampo, acaecido en Tepeji del Río.

Carmona, acostumbrado al trajín de la vida militar, se enrola en las fuerzas puestas al mando de Degollado, que fueron derrotadas por el coronel Buitrón (16 de junio) en el Monte de las Cruces. En esta acción de armas es hecho prisionero el mismo Degollado y apresuradamente se le

---

[7] El culto bibliógrafo mexicano, profesor don Juan B. Iguínez, director de la Biblioteca Nacional, tuvo la gentileza de proporcionarnos importantes datos sobre el señor Carmona, que tomó del ***Librito de apuntamientos de Agustín Rivera para su uso privado.*** Lagos, años de 1880 y siguientes, pp. 56 y 121, que se encuentran en el Archivo de Manuscritos de la Biblioteca mencionada.

Entre las efemérides anotadas por el Padre Rivera, está la siguiente: "Noviembre 9 (1882). Hoy me ha dicho mi compadre Marmolejo (creemos que el eclesiástico Rivera se refiere al historiador) que don Jorge Carmona cuando fue de Sinaloa a México, vivió en la casa del Lic. Antonio García como escribiente. En julio próximo pasado me dijo el Lic. Apolonio Angulo que en Mazatlán, Carmona había sido Cabo del cuerpo de que él era capitán".

Es muy probable que Carmona se empleara en el oficio de escribiente, como lo asegura el señor Marmolejo, debido a que "tenía muy buena letra", requisito indispensable para los recomendados de la época.

pasa por las armas.

Todas estas actuaciones de Jorge Carmona están debidamente comprobadas, en su hoja de servicios militares, como propias de un leal soldado liberal.

Después de la trágica derrota de Degollado, Carmona regresa a México donde se enlista en las tropas del Gral. Santiago Tapia. Participa con su valor innegable en la batalla de Pachuca y Real del Monte, en donde son aniquiladas las huestes conservadoras de los generales Leonardo Márquez y Félix Zuloaga, con lo que se considera terminada la campaña.

Triunfador vuelve Carmona a la capital de la República. Por esta época existía en la ciudad, en la calle del Coliseo, un café llamado ***El Infiernito***. Su parroquia está integrada por veteranos de las guerras santanistas, burócratas, damiselas de escaparate y vagos empedernidos. Carmona frecuenta este café, donde acostumbra tomar un ***fosforito*** —taza de café negro con aguardiente catalán— entre la cordialidad de los contertulios.

"Un buen día conoce a un tipo parlanchín llamado Patricio Dueñas, prieto, bien vestido, de bigote negro y recortado, corbata negra y ancha de esas que se llaman ***polkas***. Era éste un corredor de profesión, locuaz, dicharachero y en cordiales relaciones con los hombres públicos. De lengua mordaz, tenía en la punta de ella la crónica escandalosa del día, y los generalísimos de uno y otro partido se descubrían ante ese Juvenal lírico y callejero. Además, mantenía estrecho compadrazgo con don Manuel Payno, famoso literato".

Don Patricio, interesado por la suerte de su amigo ocasional, el capitán Carmona, lo condujo una noche a la casa del señor Payno, personaje todopoderoso antes y después del golpe de estado de Comonfort.

El señor Payno, hombrecillo como de cuarenta y cinco años, de aspecto bilioso, medido y reposado de palabra, encogido en el ademán y flexible en asuntos de política,

lleva a Carmona a ver al Gral. Comonfort.

El Gral. Ignacio Comonfort era poblano. Educado en el antiguo Colegio Carolino. Soldado en las tropas del Gral. Santa Anna. Prefecto y Comandante Militar de Tlapa. Diputado por dos veces al Congreso de la Unión. Patriota luchador contra la invasión del 47. Defensor del Plan de Ayutla. Substituto del Gral. Juan Álvarez en la Presidencia de la República. La guerra extranjera, dice alguna semblanza, le ofrece una honrosa vindicación a sus errores en materia política.

Comonfort (en 1863) había regresado al país, salió después con el ejército del Centro para incorporarse al de Oriente y se situó en San Martín Texmelucan para auxiliar a Puebla. El 8 de mayo dio la desgraciada batalla de San Lorenzo. Al abandonar el gobierno constitucional la capital de la república (31 de mayo de 1863), Comonfort siguió defendiendo la honra nacional.

Por ese tiempo, en que el Gral. Comonfort había sido nombrado Jefe del Ejército del Centro, dispone llamar a Jorge Carmona a su Estado Mayor por influencias de Payno.

Al lado de este distinguido militar hizo Carmona varias campañas, comprobadas con los documentos oficiales, en las cuales se distinguió y alcanzó el nombramiento de comandante de batallón.

De todos sus jefes, al que en más alta estima tiene Carmona, es al Gral.Ignacio Comonfort. Llega a ser uno de sus ayudantes preferidos y de sus más fieles amigos hasta los últimos instantes del general.

Años después, relataremos en su oportunidad, como un recuerdo de gratitud y cariño, el futuro marqués pone el nombre de ***Comonfort*** a un hotel que tenía en la calle del Arquillo, llamada en la actualidad del Cinco de Mayo, y también puso igual nombre a la mejor avenida de su finca La Soledad.

Meses después, al regresar de sus campañas, se presenta

en su cuarto del mesón *Los Cinco Señores* donde reside Carmona —cuarto y comida pagados por Payno— su compañero el ayudante del Gral. Comonfort, Francisco Otálora Arce, y le entrega un pliego cerrado suscrito por el general en jefe y en el cual le dan instrucciones para marchar inmediatamente a Mazatlán en secreta comisión de servicio.

"Salió de México para Sinaloa —relatan las ***Memorias—,*** en la diligencia del interior, acto de temeridad en aquella época de recelos y turbulencias, en la cual los viajeros eran robados en la primera jornada, desnudados en la segunda, despellejados en la tercera y fusilados en la cuarta. Un señor Rubio, de Querétaro, había hecho testamento antes de comprar su boleto de pasaje, y los demás viajeros iban más muertos que vivos.

"Yo traía sangre en el cuerpo y risa en los labios; pero era porque en el bolsillo llevaba un salvoconducto de Comonfort y otro de Márquez, conseguido por Payno por no sé qué misterioso sortilegio.

"El terror se pintaba en el semblante de una señora González Obregón, de Guanajuato, la que a cada sacudimiento de la diligencia o cambio de mulas, comenzaba a rezar la letanía a voz en cuello. Pero el enojo de ella y de los demás pasajeros se desbordó, en amargos reproches, cuando al descender por Cuesta China abrí la portezuela y me puse a cantar a dos pulmones una canción en boga.

"—Qué vergüenza, señor capitán, ¿quiere atraer con su maldito canto un enjambre de salteadores?—exclamó encolerizado el señor Rubio.

"—Tal vez es uno de ellos—observó la señora fulminándome con una mirada.

"Pero mi valor les infundió ánimo. Al ponerse el sol, mis compañeros de viaje, con excepción de la señora, habían echado el miedo por los cuatro vientos; bien es verdad que había contribuido a operar esa transformación mi

botella de coñac, que pasaba y repasaba de boca en boca.

"A los pocos momentos el señor Rubio[8] me propuso un juego de brisca, que se generalizó y al desembocar la diligencia en las primeras calles de Querétaro, había yo ganado cuatrocientos pesos.

"—Peor que si nos hubieran salido los ladrones—gruñó, al dejar el asiento y entrar al hotel, un viejo queretano, comerciante en abarrotes".

El viaje era largo. Volvió a contemplar Guadalajara con las torres de agujas de su catedral, rematadas con una cruz de reluciente bronce. Y, después, el Ceboruco y Nayarit, donde los paisajes le eran familiares: los perros salían de las chozas para ladrar, el ganado rumiaba paciente en los rediles, peñascos y árboles, cielo y sierra, todo le era conocido.

Tepic, Acaponeta, Rosamorada quedaron atrás en los vericuetos del camino. Al frente, en el horizonte, tenía las gándaras dilatadas de la costa. El polvo arenisco que se levantaba en remolinos, envolvía la diligencia pesada y vetusta, mientras las mulas sudorosas trotaban azuzadas por el *sota*.

[8] Refiérese a don Cayetano Rubio, aristócrata de la ciudad de Querétaro, educado en Inglaterra y que conservó estrecha amistad con Jorge Carmona.

Desterrado a San Francisco

Durante la invasión extranjera, en el año 63, Sinaloa permanece en completa paz. El gobernador, don Plácido Vega, se había hecho a la vela con los dos mil hombres con que contribuye su estado a la defensa nacional.

Al llegar a Sinaloa el comandante de batallón Jorge Carmona (julio de 1863), gobierna el estado, por ausencia del Gral. Vega, el coronel don Jesús García Morales, ***El Cachora,*** valiente militar sonorense, gobernante modesto, honrado, de carrera ejemplar, pero sumamente apasionado y terco.

García Morales era un hombre de treinta y nueve años de edad. Nació en Arizpe, Sonora. Imberbe combatió en las tropas del coronel Campuzano contra la invasión norteamericana. Fue condecorado por sus servicios en la Guerra de Tres Años. Con firmeza de carácter peleó contra la intervención francesa.

Era don Jesús de cuerpo robusto, erguido, de espesa y luenga barba, frente amplia con entradas pronunciadas,

cejas pobladas, ojos pequeños escondidos tras unos lentes con marco de oro, nariz grande y amplia, boca regular y voz fuerte.

Se le había nombrado gobernador y comandante militar de Sinaloa. En este puesto, el ***Cachora*** es víctima de las intrigas de Corona y la indiferencia de Juárez. Sus atribulaciones como político no menguan su limpia ejecutoria de republicano. El mejor retrato del coronel Jesús García Morales es trazado por la pluma que esboza su intachable honradez. Su bronce es un símbolo de héroe auténtico. En estas páginas, en su oportunidad, glosaremos su obra de gobernante.

Desde un año antes, había anclado en aguas mexicanas del Golfo de México, la armada de la Convención Tripartita: las naves inglesas mandadas por el comodoro Dunlop; las francesas a las órdenes del contraalmirante Jurien de la Graviere, y las españolas al mando militar y diplomático del Gral. Juan Prim, *conde de Reus y marqués de los Castillejos*, que enviaron un *ultimátum* en el que pedían al presidente Benito Juárez una satisfacción de agravios sobre pretextos fútiles.

Juárez autoriza los convenios de ***Soledad;*** pero se declara rota la alianza al descubrirse las pretensiones de Napoleón III. El gobierno francés, faltando a su honor, se niega a hacer que sus tropas al mando del conde Lorencez contramarchen, y así principia la guerra de intervención del cuerpo expedicionario francés.

Jorge, después de dos años y meses de ausencia, torna a ver a Marta. La muchacha abnegada se había ganado la vida sirviendo de modista a las presuntuosas familias porteñas. Ella lo recibe con los brazos abiertos y lágrimas de gozo.

Marta es toda una mujer. Con una fidelidad sorprendente, pues su belleza causa admiración y codicia en los hombres, se conserva digna, apasionada y reserva sus encantos a su Jorge. Inician de nuevo su romance y retornan a hacer

sus paseos favoritos por la bahía.

Carmona era desconocido en Mazatlán. De ahí que su presencia en el puerto pasara desapercibida, circunstancia que en parte favorece sus planes.

Sobre la comisión secreta de Carmona a Mazatlán existen dos versiones. No se aclara ninguna debido a que el análisis se queda en la reserva del viejo refrán: ***quien divulga secreto ajeno, mal puede guardar el suyo propio.***

La primera versión afirma que el asunto era arreglar el reconocimiento oficial de los bonos Jecker —reclamación francesa— referentes al contrato usurario y leonino, según observan todas las monografías sobre la Intervención, hecho por Miguel Miramón con el banquero suizo Jecker, que repentinamente apareció como súbdito francés, tras de haber traspasado una parte de su crédito al duque de Morny, Primer Ministro de Napoleón III, quien en espera de hacer una especulación colosal, pone a la diplomacia francesa al servicio del banquero.

Morny fue quien nombró plenipotenciario de Francia en México al funesto Dubois de Saligny y lo sostuvo, esperando de acuerdo con Napoleón, adjudicarse en pago de aquel crédito, una parte de Sonora, donde proyectaba establecer una colonia francesa.

Carmona, para tratar este asunto, frecuenta el casino y otros sitios donde se congrega la sociedad porteña. Una noche entrevista a un rico comerciante, el señor Careaga, con cuya esposa las lenguas viperinas de Mazatlán enlazan su nombre al arco reluciente de Cupido.

Es este buen hombre un verdadero mercader por sus ambiciones de lucro; colabora públicamente con García Morales y secretamente protege al caudillo cora Manuel Lozada.

El objeto de la visita de Carmona fue para proponerle que trabajara para que el gobierno de Sinaloa dejara de oponerse a las reclamaciones de Jecker. Bien pronto

queda aceptado el negocio, ya que este tipo acostumbra embarcarse en todas las grandes empresas.

Este acontecimiento cierto, histórico, adquiere en la memoria de los viejos un tono novelado, a través de un relato en el que con algún misterio se murmuran cosas íntimas.

La esposa del comerciante es una mujer con ojos fulgurantes de lascivia. Laura es su nombre, de regular estatura, frágil y delgada. Con el pelo negro y rizado como el de una mulata. Tiene su piel el color moreno del oro blanco. Sus ojos chiquitos y negros, almendrados, casi los cierra al sonreír. La nariz recta y respingada con las fosas dilatadas. Su boca grande de labios delgados, sobre el superior la sombra de un bozo como la pelusa del melocotón. Ha conservado las formas lisas y los pechos erectos porque es joven y estéril como Raquel, la esposa de Jacob. No es bonita, mas posee grandes dotes de simpatía y fogosidad.

La vida de esta ardiente mazatleca ocupa todas las murmuraciones de los vecinos del puerto. Con justa razón se dice que la discreta maledicencia es la sal que da gusto a la conversación más insípida.

Es el chismorreo picante, el complaciente y cornudo marido, de seguro ignora los castigos impuestos a los alcahuetes por el rey don Alfonso el Sabio y por Felipe II.

Tanto se exageran y discuten los amores adúlteros que se dice mantiene Carmona con la mujer del comerciante, que alguno llega a afirmar que el criollo fenicio imita la plácida confianza de Carlos IV, cuando la reina María Luisa le confía su casi total correspondencia con el favorito, a quien escribe todos los días cuando está separada de él, y con la libertad que atestigua el párrafo que sigue:

"Termino, porque el rey, que me aguanta la vela, se está cayendo de sueño y temo que se duerma y queme las cortinas de la cama".

El comandante Carmona tiene relaciones con Laura. Aun cuando no existe una comprobación absoluta al respecto, en el folletín atribuido a Carrillo, se recoge el episodio que sigue:

"A las diez de la mañana del siguiente día, recibe Carmona una esquelita de la señora Laura, en la que le suplica con urgencia que vaya a verla. Se vieron en la parroquia, lugar de cita y allí le dijo que su marido, en liga con Verdugo, famoso abogado, lo había denunciado ante el coronel García Morales (en aquel entonces enemigo del pacto Jecker), y que la policía tenía orden de aprehenderlo. Concluye por suplicar que se embarcara cuanto antes, que ella proporcionaría los fondos necesarios. Se separan prometiéndole que la volvería a ver al oscurecer. Mas no bien se aleja dos cuadras, cuando es detenido y bajo segura custodia, conducido a presencia del coronel García Morales.

"El gobernador García Morales me sometió a un interrogatorio que eludí con diplomática sutileza. Él me acusaba, yo negaba; él daba palos de ciego, yo sabía el terreno que pisaba. Así es que con cierta arrogancia, le dije:

"—Los documentos que me comprometen están escondidos en mi casa; de no permitírseme ir personalmente a buscarlos, nadie dará con ellos.

"—Va usted a ver cómo mis policías hallan esos papeles, así tengan que arrasar la casa, y una vez encontrados lo fusilo.

"En medio de una escolta fui conducido a la prisión. Al cerrarse la puerta y salir los soldados, lo primero que hice fue quitarme el chaleco y abriendo sus costuras, extraje los documentos, les prendí fuego uno por uno convirtiéndolos en cenizas".

La detención del comandante de batallón Jorge Carmona obedece, según la segunda versión, a otras causas. Un contemporáneo del aventurero militar, Ireneo Paz, la

explica con menos ficción en la siguiente forma:

"Después lo designa (el Gral. Comonfort) para que desempeñe una comisión de servicio en Mazatlán. El coronel García Morales creyó o fingió creer que estaba conspirando contra su gobierno y lo manda juzgar un consejo de guerra en el que fueron asesor y promotor, respectivamente, los abogados jaliscienses Atilano Sánchez y Enrique Pozos, e hizo su defensa el licenciado Ignacio Ramírez, ***El Nigromante.***

"Sale absuelto Carmona; pero no obstante, el gobernador García Morales ordena a poco, bajo un pretexto cualquiera, al prefecto y comandante militar, Ignacio Escudero (después Subsecretario de la Guerra) que lo embarcara a bordo de un buque que se hacía a la mar para San Francisco".

Esta versión es la correcta y la que debemos aceptar, ya que se reafirma su veracidad si leemos la compilación de Francisco Xavier Gaxiola, que dice:

"El día 3 de agosto (1863) son reducidos a prisión en la playa de Mazatlán, los comandantes Jorge Carmona y Juan de Dios Rojas y los capitanes Pedro Betancourt y Antonio Hernández, como principales autores del proyecto concebido desde el mes anterior, para pronunciarse contra García Morales y colocar en su lugar al Lic. Jesús María Gaxiola, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia.

"A todos estos oficiales, consignados a la fiscalía militar, se les forma un proceso; pero salen absueltos en consejo de guerra, lo cual causa hondo disgusto a García Morales, y muy especialmente por lo que se relaciona con el comandante Carmona, a quien se había acumulado otro proceso por haberle escupido en la cara, en una diligencia judicial, al teniente coronel José Valle.

"Absuelto Carmona, el gobernador García Morales, usando de facultades discrecionales, lo destierra por un año del estado, por acuerdo tomado el 7 de septiembre.

Carmona pasa a San Francisco, California, en donde publica un folleto, escrito por su defensor don Ignacio Ramírez, ***El Nigromante***, en el cual protesta contra la arbitraria disposición del comandante militar de Sinaloa".

Esta versión es la menos romántica, pero la más verosímil. La afirmación de Paz, ampliada con los datos históricos de Gaxiola, revela con claridad el móvil que hizo comer a Carmona el amargo pan del destierro.

Sobre el asunto fabuloso de Jecker, han afirmado algunos historiadores que Napoléon III, al conocer el hecho se indignó, censuró oficialmente al gobierno imperialista y además, dictó disposiciones para que no se pagase un centavo más en París de la referida deuda. En consecuencia, el emperador de México, rehusó también el pago del saldo de diez millones de francos.

"En el caso improbable —escribe Francisco Bulnes— de que no haya tenido que dar dinero Jecker por las gestiones infructuosas anteriores, perdió el dinero, su reputación y al fin su vida, pues fue fusilado en París en 1871 por ***los comunalistas*** y como castigo de su inmoral conducta. De Morny murió el 10 de marzo de 1865, sin haber recibido el primer centavo del negocio infame que patrocinó".

Escudero y Carmona se hacen muy buenos amigos y esa mañana —a que se refieren los hechos— almuerzan juntos a bordo; le parece al comandante que su custodio es un buen muchacho, con más candor que talento, y afligido con una buena fe extraordinaria. El desterrado se despide con esta profética frase:

"—Bienaventurados los pequeños, porque de ellos será el reino de los cielos".

Y Jorge Carmona se embarca. Marta lo despide con sus lágrimas, como si vivieran el epílogo de una novela por entregas de Michel Zévaco.

—Otra vez te vas, mi vida—dijo Marta.

—Sí, chatita—respondió el exiliado.

—¡Adiós!— Y se abrazaba cariñosa a su cuello.

El Curacao, vapor de la vieja y real marina inglesa, leva anclas. Casi al finalizar el mes de septiembre llega a la bahía de San Francisco. La ciudad le gusta al proscrito, aunque se sorprende al observar que allá los hombres trabajan como bestias y las mujeres gastan el dinero como reinas.

Carmona escribe a sus amigos de México y ni siquiera recibe contestación a sus cartas. La única que fiel no lo olvida es Marta, quien constante y periódicamente le envía misivas amorosas que consuelan un poco su amarga situación de exiliado.

"En San Francisco, apremiado por la necesidad, tuve que servir de cochero a un dentista nombrado Jackson, quien me dio el empleo prendado de mi blanca dentadura, que le servía de ***réclame*** por donde quiera que íbamos. Muerto Mr. Jackson a efectos de una borrachera, conseguí colocarme de camarista en el hotel La Estrella de Occidente, situado entonces en la avenida Montgomery. El hotel se incendió a fines del año y volví a la calle, dormía por las noches bajo el maderamen de los muelles y vagaba al acaso durante el día".

En un día de penuria andaba Carmona por las calles de un barrio típico de San Francisco, la puerta de la emigración de Oriente, cuando escuchó una voz amiga, que le decía:

—Capitán Carmona, capitán.

Volvió la cara y se encontró con la arrogante figura del Gral. Plácido Vega. Se dieron un cordial abrazo. Después, a invitación del viejo caudillo de Sinaloa, entraron a almorzar a un restorán. El establecimiento era sórdido, con privados destartalados de madera y atendido por un mongol más amarillo que la cera, y con los ojos casi cerrados, oblicuos. Se podía asegurar que el centro no era de buena reputación, sino más bien un refugio de viciosos

y vagabundos.

Afuera, por el cristal opaco del ventanal, se veía la calle. También se presentía la cercanía del mar. La bruma borraba el fondo como si fuera un decorado con bastante uso de algún teatro de baja categoría. Hacía un poco de frío.

—Mi general, ¿qué lo trajo a San Francisco?

—Una comisión del señor presidente Juárez, capitán Carmona.

Y corrió la plática sobre los sucesos importantes de la patria lejana. Conoció Carmona que el Gral. Vega vivía como un potentado, huésped de centros nocturnos y casas de juego, comprendió que a su amparo podía mitigar en mucho su precaria situación económica. Don Plácido, como siempre, bondadoso y despilfarrador, dio una ayuda efectiva a su amigo y compañero de armas.

En ese año de 1863, el presidente Juárez comisionó al Gral. Plácido Vega para que con una gruesa cantidad de dinero que se le dio en Mazatlán y otra que se le autorizó a que girara contra la aduana marítima de aquel puerto, comprara armas en San Francisco, California.

Algunos escritores hacen el cargo al Gral. Vega, que dos años después no se había presentado en México con las armas que debía haber comprado. La verdad histórica es que regresó al país con el armamento, que desembarcó en Agiabampo; pero le fue decomisado por el coronel Correa, de orden del Gral. Ramón Corona. El ex gobernador de Sinaloa, Gral. Vega, no rehuyó su responsabilidad y fue a Chihuahua a dar cuenta a don Benito Juárez; se le condujo preso a Durango y de allí se fugó.

Así comenzó su vida de aventuras. Se adhirió a Manuel Lozada, El Tigre de Alica. Anduvo por Chihuahua y Texas. Al triunfo de Tuxtepec llegó a México y fue a morir, pobre y tuberculoso, a Acapulco, Guerrero.

Por otra parte, volviendo a Jorge Carmona, parecía que

su buena estrella declinaba en el horizonte de su vida. La situación precaria emponzoña su carácter e ideas de venganza cruzan por su mente a todas horas. En tierra extraña se hace agrio, ceñudo, y nace en su conciencia un profundo resentimiento. Llega a odiar a todos los caudillos, principalmente a García Morales, que en su país defienden la república.

Es San Francisco, en aquella época, centro de aventureros, piratas, hombres que buscan oro, prestos a integrar las tripulaciones de los barcos que ponen sus proas hacia paraísos y tierras de promisión.

Aun se recuerda en California la expedición y ambiciosas proclamas del filibustero Guillermo Walker. Del seno de su bahía, también habían salido las naves piratas —***el Archibald Gracie y la Belle***— del conde Gastón de Rousset de Boulbón. Después siguieron la misma estela del aventurero del mar, Henry A. Grabb, y el comandante de la fragata de guerra ***Sir Mari's,*** Mr. Porter.

San Francisco, por esos días, guarda en su bahía embarcaciones holandesas, rusas, escandinavas, alemanas, niponas, en cuyos mástiles desnudos flotan las banderas de todos los rincones de la tierra.

Al finalizar el año recibió Carmona una carta de Marta, en cuyos renglones leyó lo siguiente:

"Con bastante pena te doy la noticia de la muerte de tu gran amigo, el Gral. Ignacio Comonfort. Sucedió (en noviembre de 1863) por una fatalidad, que nunca podrá ser bien lamentada; cuando se dirigía de San Luis Potosí a Guanajuato, siendo Ministro de la Guerra, fue sorprendido en el Molino de Soria, entre Chamacuero y Celaya, y asesinado vilmente".

—El único amigo verdadero que tenía en México— exclamó el comandante con los ojos nublados por las lágrimas.

Este suceso lo decide a contraer nuevos compromisos

políticos. Carmona es un hombre distinto, ya no bulle dentro de su pecho aquel ardor patriótico de cuando empuñó la carabina juarista en la Guerra de Tres Años. Está resuelto, antes de que lo venza el destino, a lograr, aunque para ello tenga que exponer la vida, una mejor situación personal. Será un soldado sin escrúpulos, un pequeño émulo de su Alteza Serenísima, don Antonio López de Santa Anna.

La llegada de los franceses y la declaración de crear un imperio en México, pusieron el colmo a su dicha, y obrando a impulsos del más legítimo resentimiento, acude a ver al cónsul de Francia en San Francisco, a quien, enseñándole sus despachos militares, le ofrece engancharse con el grado de capitán en las tropas francesas que se disponían a salir para Guaymas.

La expedición se organiza, después del informe de que había llegado al Golfo de México la fragata de guerra austríaca ***La Novara,*** que conduce al llamado Emperador de Austria y a su bella esposa la archiduquesa Carlota, hija del rey de Bélgica, y de que habían hecho su entrada solemne (11 de junio de 1864) en la ciudad de México.

Carmona pasa a prestar sus servicios en las filas imperiales. Adelantándose a la expedición, se hace a la vela, en la fragata de guerra francesa ***D'Assas,*** en los primeros días de mayo de 64, comandada por sir Lee Normand de Kergrist. Acompaña a don Pablo Tournier, súbdito francés, que con anterioridad había radicado en Sonora, comisionado por el régimen imperial para proponer al Gral. Ignacio Pesqueira el reconocimiento del Imperio.

El comisionado Tournier hace múltiples ofrecimientos al general republicano, pero sus tentadoras ofertas son rechazadas con dignidad.

El prefecto de Guaymas, don Tomás Robinsón, hombre valiente y patriota, no permite que bajen a tierra y les envía una nota oficial del gobernador Pesqueira, en la cual con toda energía este ilustre sonorense les indica lo siguiente:

"Tendré la gloria de combatir por la patria en oposición perpetua al figurado imperio establecido en la antigua capital de la república".

Ante el fracaso de las negociaciones, Tournier y Carmona regresan a San Francisco para informar del fracaso de su comisión, donde se había organizado una escuadra francesa. La fragata *D'Assas* se hizo a la mar la mañana del 12 de julio de aquel mismo año.

El capitán Carmona, con júbilo, recibe noticias al terminar el mes de octubre, de que el coronel García Morales, su más odiado enemigo, había sido depuesto por el pronunciamiento de Joaquín Sánchez Román, jefe del Batallón de Guardia Nacional Hidalgo; del Gral. Ramón Corona, jefe de la brigada de Tepic; del coronel Antonio Rosales y otros jefes de las brigadas unidas de Jalisco y Sinaloa.

El gobernador García Morales es hecho prisionero por los pronunciados y poco después, puesto en completa libertad, se embarca para Sonora, donde sobresale entre los defensores de la república.

Organizada la escuadra francesa en el Pacífico, se inicia la invasión. El 12 de diciembre del mismo año, el comandante de la división naval francesa, L. Kergrist, a bordo de la fragata de vapor *D'Assas*, notifica al gobierno republicano que desde el día siguiente queda establecido el bloqueo del puerto de Mazatlán.

Los imperialistas inician las hostilidades contra la plaza. El día 13 de diciembre, en la madrugada, el jefe republicano Rosales se ve obligado a evacuar la plaza sigilosamente, frente al enemigo.

Al fin, ese mismo día, se posesiona del puerto de Mazatlán el jefe francés Munier. El invasor nombra como autoridad a don Andrés Vasavilbaso, con el carácter de prefecto del Departamento de Sinaloa.

Tres días después, enviado por los invasores, el escribano

público don Rafael Carreón, sale con el fin de seducir con ofertas y ventajosas proposiciones al coronel Rosales; pero es hecho prisionero por las fuerzas del Gral. Corona, antes de cumplir con su misión; obtiene su libertad, días más tarde, mediante el pago de un fuerte rescate.

Carmona llega a Mazatlán y el destino vuelve a unir a los amantes. Marta, opulenta de formas, camina al lado del apuesto comandante, quien luce el vistoso uniforme de oficial imperial a las órdenes del jefe francés Munier.

La batalla de San Pedro

Munier, comandante de la Escuadra del Pacífico, dispone el 10 de diciembre despachar una expedición militar en el vapor de guerra francés ***El Lucifer,*** al mando de Gazielle, con el fin de tomar la ciudad de Culiacán; se integran los contingentes con unos quinientos hombres entre franceses e imperialistas, estos últimos mandados por el ex general y aventurero español José Domingo Cortés y el comandante Jorge Carmona.

El Lucifer arroja sus anclas en la bahía del puerto de Altata, el día 20 del mismo mes. Acatando disposiciones de la Comandancia Superior de Mazatlán, el batallón al que pertenece Carmona se completará de cuatrocientas plazas, según se manifiesta en el decreto de organización. Esta tropa, cuyo sueldo le aseguraran en Culiacán, por algunos días, tendrá que pagarse por la administración de rentas de dicha ciudad.

El comandante Carmona dirige una carta al coronel Rosales, gobernador provisional del estado, fechada en el puerto de Altata, el mismo día 20 de diciembre (1864).

La actitud de Carmona es discutida en junta de jefes republicanos: Francisco Tolentino, aguerrido jefe del Escuadrón Lanceros de Jalisco; el temerario comandante Jorge G. Granados; el malogrado capitán Fernando Ramírez; el mayor de la brigada, Francisco Miranda; el ardiente y joven soldado José María Bucheli; el jefe de estado mayor, Jorge Green; el bizarro capitán Lucas Mora; los artilleros Evaristo González y Jesús Vélez; los ameritados jefes Jorge Palacio, Ascención Correa y Pedro Betancourt; el sargento segundo Pedro Pérez y otros muchos patriotas.

El coronel Rosales, que preside la reunión, ordena:

—Lea usted, comandante Granados.

Y el apuesto oficial comenzó la lectura en alta voz, diciendo:

"Señor don Antonio Rosales. Culiacán.

"Muy querido amigo:

"Mi posición como militar y un sentimiento de verdadera amistad, me obligan a dirigirme a usted, siempre con la deferencia y sinceridad a que lo he juzgado acreedor. No me difundiré en explicaciones que alejen de entre nosotros el fin que me propongo, y me permito que usted interpretará mi franqueza sin agraviar a un amigo que tanto fraterniza con usted y que le desea prosperidad".

—Un traidor hablando de fraternidad— exclama colérico el bisoño oficial Bucheli.

"El orden de los sucesos —continúa leyendo Granados— me ha destinado para establecerme en esa plaza, y como usted debe suponerlo, vengo rodeado de elementos más que suficientes para abrirme paso; pero al saber que usted se encuentra colocado en el bando enemigo, he creído de mi deber permitirme hacerle algunas aclaraciones, deseoso de obtener las más felices consecuencias para nuestra amistad y para el estado".

—Qué importa que ese jactancioso diga que viene rodeado de elementos más que suficientes para abrirse paso, si nosotros contamos en verdad, con muy pocos, pero todos dispuestos a morir por la patria—comenta en alta voz Tolentino.

Prosigue la lectura el comandante Granados:

"Usted comprende, querido amigo, cuál es su posición con el presidente Juárez; usted jamás podrá aunarse con el Gral. Corona, único jefe militar que pudiera robustecer sus intentos, pero diametralmente opuestos a los rectos y puros procedimientos de usted, por su relajada, vandálica conducta; esta circunstancia ha dado de nuevo todo el realce debido a su acendrada virtud, y le ha dejado, para la nueva era que recibe nuestro país, un lugar distinto que anticipadamente aplauden sus amigos".

—Qué intrigante; desea dividirnos a nosotros los republicanos—aclara el capitán Ramírez.

"Por otra parte —prosigue la potente voz del lector— el señor comandante superior de Mazatlán y el señor comandante en jefe de esta expedición, han visto con indignación el decreto en que don Benito Juárez pone a usted fuera de la ley, y juzgan este hecho como atentatorio e injusto: ellos tienen el más vivo interés por ver a usted como aliado al nuevo orden de cosas, orden en que positivamente impera la equidad y la justicia. Yo, con el derecho de la amistad, le exhorto a usted a una adhesión inmediata. Si para resolver este negocio, cree usted apropiado anticipar una conferencia con el jefe de esta expedición, le ofrezco a usted que para ello gozará de garantías excepcionales, y de cualquier manera será para usted conveniente, porque el comandante se explica muy bien en castellano".

—Todo es un fárrago de calumnias—dice iracundo el mayor Miranda.

"No omitiré informar a usted —continúa la lectura— que nuestro amigo don Rafael Carreón fue comisionado y

enviado cerca de usted, por el comandante superior de Mazatlán, por el Gral. Domingo Cortés y por mí; pero desgraciadamente cayó en manos del señor Corona, quien como de costumbre perpetró en él un nuevo hecho de barbarie, manteniéndolo en su poder a condición de hacerlo rescatar por dos mil pesos, cuya suma fue conseguida por el señor Cortés para obtener su libertad. El señor Corona fue últimamente derrotado, cerca de Mazatlán, por una pequeña fuerza de caballería turca".

—Carreón es otro traidor—comenta el comandante Tolentino.

—Debió mi general Corona haberlo fusilado—agrega el oficial Palacio.

—Corona es magnánimo y no ejecuta a los vencidos— interviene el capitán Mora.

"Desearía —termina leyendo Granados— querido amigo, que usted no vacilara en resolver favorablemente, pues la fortuna sería siempre un hecho para nuestra amistad y para la pública pacificación del estado.

"Quedo como siempre su más adicto y atento amigo que lo aprecia.

"Jorge Carmona." (Rúbrica).

Acto seguido el coronel Rosales, en pie, arenga con firmeza a los republicanos integrantes de la junta militar. Con voz fuerte, pausadamente, expone la grave responsabilidad histórica y manifiesta está dispuesto al sacrificio antes que permitir que los invasores franceses ultrajen el territorio nacional, y su palabra candente de patriotismo termina ordenando al capitán Granados:

—Conteste usted al señor Carmona que no estoy dispuesto a someterme a la intervención francesa, y que remito su carta original al presidente Juárez, a Chihuahua.

Los soldados mexicanos prorrumpieron a gritos: ¡Viva la República!

Y al amanecer del siguiente día salen los contingentes al encuentro del enemigo. El coronel Rosales se encuentra con las avanzadas en el pueblo de Navolato y después de reconocer el terreno, ordenó que la caballería al mando de su jefe don Francisco Tolentino, se encargara de hostilizar al enemigo y con los demás elementos de guerra se replegó a San Pedro.

Los heroicos defensores de la República escriben una página brillante en la historia nacional. Don Eustaquio Buelna, investigador cuidadoso, nos legó un sobrio relato sobre este hecho de armas.

"1864. Diciembre 22. Batalla de San Pedro, cinco leguas al poniente de Culiacán, en que los franceses e imperialistas son completamente derrotados. Llegados éstos en la mañana del 22 a doscientos metros del pueblo, se encuentran con la fuerza republicana formada en batalla. El fuego de fusil y cañón se sostuvo por ambas partes por más de media hora; los franceses quisieron, en seguida, apoderarse de dos piezas de artillería de la izquierda republicana; pero el valiente comandante Jorge G. Granados cargó sobre ellos con tal ímpetu que los hizo retroceder, pero desgraciadamente fue herido en el vientre por un tiro a quemarropa.

"Rosales ordenó que toda la brigada avanzara simultáneamente, lo que hizo con tal denuedo y entusiasmo, que no siendo ya posible a unos y otros cargar las armas de fuego, se trabó un combate a la bayoneta y a tiros a quemarropa. En esa carga se portaron brillantemente el capitán Fernando Ramírez, quien murió en la lucha, el comandante Francisco Miranda y generalmente todos los jefes y oficiales, que sería largo enumerar.

"Conmovida la línea enemiga por tan vigoroso ataque, comenzó a perder terreno, sin dejar de hacer resistencia tenaz a los repetidos ataques que se le dieron por más de legua y media y duraron tres horas, hasta que abandonados de los imperialistas, casi del todo cortados unos de otros, y con grandes pérdidas, clavaron sus armas

en el suelo, en las arenas del Humaya, cruzando los brazos en actitud de no hacer más resistencia.

"Quedaron prisioneros Gazielle, comandante de *El Lucifer* y jefe de la expedición, seis oficiales franceses y noventa y ocho de tropa, entre franceses y argelinos, siendo muchos más los imperialistas, los cuales fueron incorporados al ejército republicano, y además se quitaron dos piezas de artillería rayada, parque, etc."

Entre los prisioneros, aparte del capitán de fragata, se anota a un teniente de Tiradores, Julien de Saint, a los subtenientes Marguiset y Bel Kassem Ben, al cirujano de *El Lucifer*, Mansolm, al aspirante de marina Licutard y al voluntario Moseler.

Los prisioneros franceses fueron alojados en la casa de moneda y en el seminario, tratados con toda clase de consideraciones por orden de Rosales. Existen documentos firmados por Gazielle, comandante de *El Lucifer*, expresando su gratitud por el comportamiento caballeroso de los liberales. Desgraciadamente esta acción no fue correspondida; el Gral. Castagny dio la comisión al coronel Cottret, del 62 de Línea, para incendiar y arrasar la provincia cuyos habitantes eran partidarios de Corona, como explicaremos en su oportunidad.

El boletín de los republicanos pregona el triunfo. A la hora de la retirada, explica la noticia, en lo más duro de la resistencia, comenzaron a huir los traidores y fueron los primeros fugitivos Carmona y Cortés.

En verdad, sin exaltación, el comportamiento de Carmona fue valeroso. Iba el oficial imperialista, dragón a la jineta de un soberbio garañón árabe, tordillo quemado, ligero y brioso, comprado a un oficial de la Legión Extranjera, luchando con denuedo y valentía. Confiesa el oficial haber presenciado escenas de valor de una y otra parte.

"Un oficial de la Legión Extranjera —se conserva el relato por tradición— pie a tierra y con la espada cubierta de sangre hasta la empuñadura, se batió cuerpo a cuerpo

con ocho guerrilleros de caballería que le embistieron en semicírculo y echó el lazo al bravo oficial arrastrándolo por entre tupida nopalera.

"No muy lejos Carmona distingue a un joven sargento, chiquitín, pero bravo como un león, que venía retirándose a pie, acosado por media docena de jinetes. Con el marrazo en la carabina y la carabina en las dos manos, paraba y daba estocadas, y desde que lo observaba el comandante había puesto fuera de combate a dos enemigos. De improviso el joven sargento, viéndose perdido, se tiró al suelo y agazapándose bajo el vientre de los caballos, saltó un vallado, y corrió en línea diagonal hacia donde estaba el comandante. Los dragones le siguieron a rienda suelta. Apiadado del francesillo Carmona le grita:

"—Por aquí, mi sargento, por aquí".

El fugitivo se detuvo, volvió la vista y de un salto, se colocó a la grupa del caballo que ondeando las crines al viento, con los belfos espumosos, corrió ligero hundiendo sus cascos por los campos de San Pedro hasta llegar a Altata.

Allí se reembarcan en el vaporcillo de guerra ***El Lucifer***. A bordo se cuenta la historia del sargento; se llama Pierre de Benoissat, vizconde de la nobleza de Turena, que traía los bolsillos llenos de napoleones de oro.

El comportamiento de Carmona en la batalla de San Pedro fue valeroso. Las autoridades imperiales reconocieron sus esfuerzos. A su regreso a Mazatlán dio una satisfactoria información sobre este hecho bélico, sin menospreciar a los liberales.

Al siguiente día de la batalla de San pedro se verifica la entrada triunfal del ejército mexicano en Culiacán. Los temerarios guerrilleros liberales habían derrotado a los invictos soldados de Napoleón. Aquellos soldados vencidos eran los mismos que habían acompañado a Carlos Fernando Latrille, conde Lorencez, en sus victoriosas campañas de Crimea, Italia y África.

En la ciudad de Culiacán, las familias de abolengo preparaban un entusiasta recibimiento a los imperialistas. Habían dispuesto un suculento banquete en los salones de La Lonja. Se levantaron arcos triunfales con inscripciones en loa al imperio. En los edificios públicos se izaron las banderas de los invasores. Las fachadas de las casas, de los vecinos pudientes, se iluminaron en sus cornisas con hileras de ***cachimbas*** o candiles de petróleo. El cabildo eclesiástico había preparado sus más ricas casullas para el ***Te Deum.*** Los nombres de Gazielle, Carmona y Cortés, eran pronunciados con respeto.

Mas sucedió lo inesperado, casi increíble. Rosales había derrotado a los franceses. Cuando llegó la noticia, dada por un lechero de Aguaruto, se procuró confirmarla. Entonces cambiaron las cosas, el banquete fue para los heroicos defensores de San Pedro. En los arcos a la entrada de la población se escribió: ***Viva Juárez.*** En los edificios ondeaba la bandera de la república. Hubo largos repiques de campanas y se suspendió el ***Te Deum.*** Los linajudos vecinos, con las genuflexiones y reverencias de la adulación más baja, ansiosos y precipitados, abrazaban a Rosales, Tolentino y demás liberales.

Con el triunfo de la batalla de San Pedro se impidió la dominación total del noroeste por el imperio. Los historiadores, con excepción de Buelna y Gaxiola, han dado poca importancia a este hecho de las armas nacionales.

Rosales gana la banda de general brigadier y se convierte en el héroe máximo de la Guerra de Intervención en Sinaloa. Se le perdonan a éste sus errores, quizá no nacidos de la mala fe. Se disculpa al inquieto y ambicioso coronel Rosales, gobernador provisional del estado, al que hubiese usurpado el poder y burlado las aspiraciones populares.

La disculpa sobre la conducta política de Rosales es más aceptable si se considera que el Presidente de la República, don Benito Juárez, había sancionado la rebelión del Gral. Ramón Corona contra el Gral. García

Morales, gobernador legítimo del estado de Sinaloa, a quien Corona arrojó indebidamente de su puesto para colocar a Rosales.

Hemos llegado, en la narración de estos sucesos, a la ocasión propicia para sintetizar la biografía del Gral. Ramón Corona.

El pueblo de Tuxcueca, al sur de Jalisco, fue la cuna de Corona. Hijo de humildes campesinos, en sus años mozos se dedicó al comercio. Militó a las órdenes del Gral. José López Uraga, que era general en jefe del Ejército del Centro, pero como este militar meditaba una traición, reconociendo al imperio, Corona con unos cuantos soldados lo abandonó y se refugió en Sinaloa.

Corona dirige las fuerzas, al mando del valiente coronel Eulogio Parra, las cuales derrotan a los franceses en la Coronilla, y ocupan Guadalajara defendida por el Gral. Ignacio Gutiérrez. Prestó servicios eminentes al gobierno de Juárez. Asistió al sitio de Querétaro: al Gral. Corona —aseguran— fue a quien rindió el archiduque Maximiliano su espada.

Gobernaba don Sebastián Lerdo de Tejada, cuando Plácido Vega y Manuel Lozada, *El* Tigre de Alica, pretendieron apoderarse de Guadalajara; pero fueron derrotados por Corona en La Mojonera.

Durante el porfiriato fue Ministro Plenipotenciario de México en España. Vistió la casaca de diplomático; pero como no había concurrido, por falta de invitación, a una fiesta real dada en Palacio, en honor de un príncipe alemán, porque su presencia desagradaba a la reina de España, quien por su origen austríaco no podía olvidar que el Gral. Corona tomó parte en el sitio de Querétaro, el señor Gral. Díaz le envió sus cartas de retiro.

Después de doce años de ausencia regresó al país y fue electo gobernador de Jalisco. Un loco llamado Primitivo Ron, en busca de celebridad, lo mató a puñaladas.

A Corona, Jalisco lo enaltece como a héroe y funde sus estatuas en bronce en honor a sus hazañas de la Coronilla y Mojonera; pero Sinaloa, en su dolorosa historia, escribe su nombre como el de un déspota; años más tarde, Rosales y Corona, por condescendencias de carácter político, representan al estado en la avenida de la Reforma.

Cuando se iba a realizar el proyecto de don Francisco Sosa sobre las estatuas de la Reforma, por el escultor Contreras, se solicitó del entonces gobernador de Sinaloa, Gral. Francisco Cañedo, designara a los personajes que merecieran este honor.

Se estudió la personalidad de Jorge G. Granados, pero se le desechó porque había seguido en sus aventuras políticas a Paz y Palacio. También se pensó en el Gral. Plácido Vega y llovieron las protestas acusándolo de sus desavenencias con Juárez y sus correrías con Manuel Lozada, El Tigre de Alica. Se analizó la carrera militar del Gral. Cleofas Salmón y se le puso el obstáculo de que en vida no podía rendírsele un homenaje de esa naturaleza y además, corría la fama, era muy enamorado y sus descendientes los contaba por centenas. No faltó tampoco quien pensara en el Gral. Domingo Rubí, pero estaban latentes las diatribas de Ireneo Paz en el periódico ***La Patria***, y se olvidan injustamente de que fue un gran soldado en las acciones guerreras de Palos Prietos, Callejones de Barrón, Veranos y Concordia.

Cañedo, con el objeto de evitar polémicas molestas, indica al señor Francisco Xavier Gaxiola, pensionado por el gobierno de aquel estado, que los representantes de Sinaloa en la Reforma serían: Rosales y Corona, el primero de Juchipila, Zacatecas, y el segundo de Tuxcueca, Jalisco. El más merecedor al homenaje, con algunas reticencias, era el Gral. Antonio Rosales por su triunfo en la célebre batalla de San Pedro, reseñada anteriormente, que convirtió a Sinaloa en el único estado de la república que su capital no llegó a ser pisada por el invasor.

Necio sería negar los perfiles espartanos de Rosales, que adereza su frente con los pámpanos de la gloria y a quien

el pueblo ha venerado como uno de sus escasos héroes. En el olvido ha quedado el episodio con sus antecedentes cuando por aquellas tierras del norte galopó frenético el caballo de Atila, ***el azote de Dios***.

Exacta visión, la del Lic. Ignacio Ramírez, ***El Nigromante***, cuando le escribe a don Guillermo Prieto, ***Fidel,*** desde Mazatlán y le dice:

—Estoy dispuesto a hacer de Rosales un héroe.

En la expedición de Castagny

En los primeros días del año 1865 llega de Durango la División que venía a Mazatlán a las órdenes del Gral. Castagny. Los invasores, al realizar la travesía, forzaron el paso montañoso ***El Espinazo del Diablo,*** defendido por los republicanos, causa por la cual sufren su primera derrota, en Veranos, los famosos cazadores de Vincennes y África.

En su marcha fueron hostilizados los invasores por las guerrillas republicanas. El contingente de Castagny era de dos mil quinientos hombres. En el pueblo de Veranos, el coronel Martínez, Rubí, Parra y otros defensores quitaron a la flamante división francesa más de seiscientas acémilas, una conducta de caudales, víveres y mercancías, que estaban al cuidado de ciento cincuenta cazadores de Vincennes y cincuenta arrieros armados. Castagny retrocedió en su auxilio; pero sólo encontró escombros, todos los franceses habían sido fusilados y los arrieros incorporados a las filas mexicanas.

"Al día siguiente, 11 de enero —escribe Buelna—, el coronel

Eulogio Parra ataca al llegar a Veranos una partida de cien cazadores de Vincennes, los derrota y al penetrar en la plaza del pueblo en su persecución, se encuentra con un gran cuerpo de fuerzas francesas de todas armas, quiere contramarchar por donde había llegado, pero le obstruyen el paso los cazadores de África. Se traba un reñido combate, casi al arma blanca y se dispersan los republicanos después de haber causado varios muertos a los franceses, entre ellos el conde Montholon, y quitándoles tres hermosos caballos árabes, uno de los cuales era de dicho noble."

Esto encendió en furor a Castagny. Ordenó una guerra sin cuartel, de barbarie y exterminio; se fusilaba a los niños y se mancillaba a las mujeres. Los patriotas luchaban por sistema de guerrillas.

Castagny, tipo cruel, incendiario, bárbaro y déspota, ordenó al jefe de una horda francesa llamado Billault, que prendiera fuego a Concordia, el Zopilote, Matatán y el Tamarindo, como venganza por los daños que habían causado en sus filas las guerrillas liberales.

Estos actos vandálicos son reconocidos por los testimonios del Gral. Thoumas y el historiador galo Niox. El 8 de febrero, el teniente coronel Cottret, del 62 del Línea, es enviado con nueve compañías, una sección de montaña y un pelotón de Cazadores de África para castigar el distrito de San Sebastián, que sostenía a Corona; varios pueblos y ciudades fueron saqueados e incendiados. Estos rigores no hicieron más que aumentar el odio de las poblaciones contra los franceses.

Sobre el incendio de Concordia, el periodista Fernando B. Híjar, escribió:

"De un montón de viejos papeles que, como herencia inestimable me dejó mi padre, y que él con su curiosidad de historiador coleccionó cuidadosamente, exhumé unos apuntes escritos por el Lic. Ignacio M. Gastélum, en los que aparece el relato de un testigo presencial del incendio y saqueo de Concordia, por los soldados franceses.

Dice así:

"Al atardecer llegaron a la población los franceses. No sé cuántos serían, pero eran muchos. No tocaban las cajas ni las cornetas, sino que venían como de embozada. Se acuartelaron en dos manzanas cercanas a la casa cural y a la del español don José Gama, ocupando, además, el local de la iglesia.

"Al entrar la noche aquella soldadesca se precipitó por toda la población, con hachones encendidos y cajas de pólvora. Dos horas después, todo Concordia se veía iluminado por las llamas, y el terror más grande se apoderó de las familias cuando al incendio se unió el robo, pues la soldadesca desenfrenada, lo que no pudo cargar consigo, lo arrojó a las llamas en medio de una inmensa algarabía.

"Pero lo más horroroso de aquella noche fue que en medio del fuego, que se propagó rápidamente por el viento, haciendo caer con estruendo los techos de las casas, los soldados franceses y lozadeños se dirigieron hacia las fincas en donde se hallaban las familias.

"Los franceses arrastraron a las mujeres a la única calle que no había sido alcanzada por el incendio, cubrieron con centinelas las esquinas y al siniestro resplandor de las grandes fogatas, violaron a las inermes mujeres sin respetar edades."

Castagny al llegar a Mazatlán establece la Corte Marcial. Nombra como prefecto del Departamento de Sinaloa a don Gregorio Almada. Reorganiza las operaciones de guerra imperialista en los estados de Sonora y Sinaloa. Castagny se queja, en su correspondencia oficial (enero 31) al mariscal Bazaine, de que "no he podido reunir para empleados el número de hombres honrados necesarios porque hay muy pocos en Mazatlán".

Esto de la falta de servidores al imperio, es una demostración del patriotismo de los habitantes en la región sur de Sinaloa. El prefecto político de Mazatlán,

don Gregorio Almada, comunicaba oficialmente al Lic. Ladislao Gaona, de parte de Castagny, por su excusa para desempeñar el juzgado segundo de primera instancia de ese puerto, se le concede indulgencia, por tres días de término, con el fin de que se presente a desempeñar sus servicios profesionales.

El comandante Carmona, después del desastre de San Pedro, dio cuenta de su conducta, y fue bien recibido por las autoridades imperiales. Nuestro personaje se encuentra en la célebre batalla de San Pedro, como hemos glosado, ganada por el heroico republicano Antonio Rosales, en la que Carmona fue uno de los pocos jefes que lograron retirarse en orden; pudo salvar, sobre el mismo terreno a un francés herido, que subió sobre su propio caballo, algunos marinos con que llegó a Altata para reembarcarse en el vapor de guerra ***El Lucifer***.

Carmona se enrola en la expedición de Castagny sobre Sonora. En el mes de marzo del 65, anclan en la bahía de San José de Guaymas, cuatro barcos de guerra franceses con numerosos contingentes militares.

El Gral. republicano Ignacio Pesqueira, carente de elementos, se vio en la necesidad de evacuar el puerto y Guaymas es ocupado por los invasores al mando de Castagny y, tiempo después, se nombra como jefe al coronel Garnier.

El jefe de los invasores y el comandante Carmona se hospedan en la residencia de don Fernando Cubillas, considerado como el hombre más rico de Guaymas. Carmona no es amigo ni enemigo de don Fernando, pero no era persona grata para él por ser compadre de García Morales, autor de sus pasadas tribulaciones.

Carmona recibe un día aviso de que don Matías Alzúa, opulento comerciante sonorense, vive retirado en el mineral Los Bronces, desde cuyo retiro protege pecuniariamente a García Morales, a Pesqueira y a los demás jefes republicanos.

Este señor Alzúa le había inferido a Carmona grave ofensa allá en sus mocedades de barillero, y ahora se apresura a vengarse de él. Induce a Castagny para que fueran a Los Bronces, exagerándole el valor de los caudales que Alzúa maneja. El comandante francés acepta de momento, y seguido por un escuadrón de Cazadores de África, se dirigió a Los Bronces.

"—¿Me conoce usted?— dijo Carmona a Alzúa golpeándose el pecho.

"El hacendado lo miró, luego sonrióse, y hablando en excelente francés a Castagny, repuso:

"—¡Dios mío, éste es el rapaz de Carmona, hijo de Manuel ***Caramocha,*** el pequeño ***Boucher*** de Culiacán!

"Pero Carmona había dicho a Castagny que su familia era una de las más aristocráticas de Culiacán. La pulla maliciosa de Alzúa, traída fuera de lugar, púsole de un humor detestable y juró para sus adentros que se la haría pagar cara. Y se lo cobró con usura.

"Castagny tenía la apariencia de un chile relleno y colorado, con un cerviguillo de toro y ojillos grises y bailadores; bebía como una esponja y sus vinos favoritos fueron el borgoña y el champaña. Por eso, antes de sentarse a la mesa, díjole Carmona que el señor Alzúa era uno de los más afamados catadores de Sonora y que su bodega contenía los vinos más añejos de Francia y España, y al decir lo anterior estaba en lo cierto.

"—¡En verdad, esto es increíble! —replicó el general abriendo la boca de oreja a oreja—. ¿En semejante agujero, vinos añejos?

"Y sin más ni más, ordenó al huésped que sirviera jerez, oporto, borgoña y champaña.

"—Lo siento infinito, señor general, pero en la casa no hay más de dos docenas de vino tinto y, con franqueza, no muy bueno.

"El rostro de Castagny ennegreció de enojo y golpeando la mesa con el puño cerrado gritó:

"—Traiga usted, vengan los vinos o prendo fuego a este nido de juaristas.

"Para evitar una tragedia, Carmona interpone sus buenos oficios y dijo al señor Alzúa:

"—Toda resistencia es inútil y más vale su vida que todos los viñedos del mundo.

"—No te perdono esta mala jugada, Carmona— le dijo en español.

"—Lo siento, señor Alzúa, mas yo prefiero que se derrame el vino y no la sangre. ¡El vino es ajeno y la sangre propia!

"—Siempre filósofo, Carmona.

"—Siempre".

Sus andanzas de guerrillero francomexicano son fecundas en situaciones y aventuras de este género.

Pesqueira, el valiente general republicano, habíase replegado hasta La Pasión, a seis leguas de Guaymas. El 22 de mayo fue sorprendido en su campamento por una pequeña fracción de caballería enemiga. Guiaba la columna el comandante Carmona al mando directo del coronel Garnier.

A raíz de este hecho, los enemigos del Gral. Pesqueira, para explicar el desastre de los republicanos, pretenden atribuirle connivencia con el enemigo. Este asunto, desde el punto de vista histórico, no ha sido aclarado. En las *Memorias* de Carmona —escritas con bastante fluidez y firme conocimiento— se dice que el Gral. Pesqueira le había hecho favores y él se decidió a salvarlo o, por lo menos, darle tiempo para que escapara. El aviso se lo envió Carmona, con toda oportunidad, con un vaquero llamado Macario Cruz, de la hacienda del señor Cubillas.

La derrota de Pesqueira en La Pasión, motiva en Sonora la desorganización de las huestes republicanas.

Los levantamientos a favor del Imperio se multiplican en aquel estado. En el distrito de Álamos, es cabecilla don José María Tranquilino Almada, ***El Chato.*** En Moctezuma, los capitanes se llaman Antonio Terán y Barrios y Salvador Vázquez. En Sahuaripa es jefe imperialista Concepción Alegría. En Altar combaten José Moreno y Bustamante y los ópatas y pimas al mando del indio Refugio Tánori. El Imperio, por fin, cobra auge en Sonora.

El Gral. Pesqueira se traslada a Tubac, Arizona, con una escasa escolta y huyendo a la invasión extranjera fija su residencia en aquel lugar.

El jefe imperialista don Emilio Lamberg, con el deseo de exterminar a los republicanos, suplica al coronel Garnier que la fuerza francesa persiga al Gral. Pesqueira hasta la frontera con Sonora, y el jefe francés le dice:

"—Tengo órdenes expresas de evitar conflictos con el ejército de los Estados Unidos".

En ausencia de Pesqueira y dominado el territorio, se establece el gobierno imperialista. Se designa a don Santiago Campillo prefecto político del Departamento de Sonora.

Carmona continúa la campaña a favor del Imperio bajo el mando del coronel Garnier, del que se había hecho inseparable amigo.

El retrato del viejo coronel Garnier tiene bastante colorido: el militar en apariencia es un Quijote traducido al francés, alto, flaco, de piel apergaminada y tostada por la intemperie, con ojos azules y corva nariz; cuando monta a caballo presenta el anguloso perfil de una de esas ilustraciones de Gustavo Doré que se ven en los libros del héroe manchego, y la campiña sonorense, con sus tonos de pizarra y gris perla, da al contraste mayor realismo.

Garnier es un borracho consuetudinario; pero también un soldado valiente y sincero. Cuando el Gral. Castagny ordena los incendios de algunos pueblos, Garnier, a quien se confiere tan infame comisión, se negó a ejecutarlos. Posee ideas un poco extrañas, critica frecuentemente que los primeros soldados del mundo estuvieran sosteniendo en el trono a un austríaco. Sus hombres de tropa le llaman *Chevalier la Mort.*

La rectitud y espíritu militar del coronel Garnier se ponen de relieve. La historia lo confirma, como lo hemos expresado, cuando el Gral. Castagny, su superior jerárquico, le ordenó el incendio de Concordia y demás poblaciones del sur de Sinaloa, contestó:

"—La Francia ha puesto en mis manos este bastón y una espada, insignias de la autoridad y del guerrero, que en manera alguna debo trocar por la tea del incendiario. Desobedezco, por tanto, una orden que al ser ejecutada por mí, echaría una mancha en mi carrera militar, deshonrando a la misma Francia".

Es la última decena del mes de septiembre del año 65. El Gral. Antonio Rosales, ilustre republicano, enemistado con Domingo Rubí, ***El Cojo,*** gobernador de Sinaloa, cambia el teatro de sus operaciones a Sonora, con el fin de evitar dificultades. Se posesiona de la ciudad de Álamos; posteriormente, el día 22, es atacado y derrotado por fuerzas del coronel imperialista José María Tranquilino Almada, ***El Chato,*** y queda muerto en las calles, en un combate cuerpo a cuerpo con un indio mayo.

El episodio, glosado por Herlindo Elenes Gaxiola, ***Churlindo,*** describe así la muerte del heroico general zacatecano:

"Rosales ocupaba la ciudad de Álamos con doscientos diez infantes y setenta dragones, cuando fue acometido por las numerosas fuerzas imperialistas mandadas por el señor José Tranquilino Almada, ***El Chato,*** el 23 de septiembre de 1865. Cercado por todos lados, e impotente ante la superioridad numérica, la derrota del héroe no se hizo esperar. El desastre fue horrible, y eran inútiles los

esfuerzos que hacía Rosales para evitarlo. Los que no habían muerto, huían por todas partes.

"¡El caudillo que inmortalizó los campos de San Pedro había sido herido villanamente desde una de las casas de la ciudad, y avanzaba, pistola en mano, por una calle!

"En esos terribles instantes se acerca un oficial republicano a Rosales, y le dice:

"—¡Mi general! ¡Todo está perdido! Lo único que nos resta es salvarnos. Monte usted en mi caballo y huyamos. ¡Todavía es tiempo de salvar la vida!

"—Oficial: agradezco vuestro interés, pero debo advertiros que cuando se combate por la patria, se vence o se muere. ¡Yo no podré vencer y mi destino es morir!— contestó el general, y fue siempre adelante.

"En seguida se encontró con un pelotón de indios imperialistas, disparó su pistola sobre ellos; pero, acribillado por las balas traidoras, el cuerpo del héroe rodó sobre el empedrado de la calle, y, como diera señales de vida, un indio forajido lo remató a golpes.

"¡Cruel destino del egregio patriota, magnánimo entre los magnánimos y valiente entre los valientes!"

Hay que añadir, que en unión de Rosales murieron el coronel y médico Antonio Molina, el teniente coronel González y más de ochenta hombres entre oficiales y soldados.

Garnier, al enterarse del fin trágico que ha tenido Rosales en Álamos, se pone fúnebremente serio y luego, con voz cavernosa y honda emoción, dice:

"—Por San Ives, de buena gana besaría la tierra que cubre la fosa de ese republicano".

Al conocer el fin de Rosales el Gral. Ramón Corona, jefe del Cuerpo de Ejército de Occidente, que opera en Sinaloa,

dispone que el Gral. Ángel Martínez marche con tropas al distrito de El Fuerte y se interne en Sonora. Se suceden las jornadas de los famosos batallones: Cazadores de Occidente y Defensores de Sonora.

Carmona continúa en campaña a las órdenes de Garnier. En Magdalena está a punto de perecer a manos del indio Refugio Tánori. Se cuenta el incidente en la siguiente forma:

"Por este tiempo había en Magdalena un restorán francés cuyo dueño, monsieur Fuller, había cobrado entrañable afecto a Carmona. Una noche el tabernero y el comandante se quedan a la mesa jugando alburillos por placer, cuando de repente entra Tánori seguido de dos satélites, bastante ebrio y vociferador. Pide dos copas de coñac, y el francés se levanta a servírselas. Después de haber bebido, Tánori se acerca a Carmona y con grosera altanería le dice:

"—¿Por qué no se para usted a saludar a su general?, capitancillo de...

"Iba Carmona a levantarse para darle explicaciones, cuando el rufián, sin más preámbulos, le dispara su pistola a boca de jarro. La bala le llevó un mechón de cabellos y se estrelló contra una piedra de esas que hay en Sonora para filtrar el agua. Por fortuna, el indio no tenía más armas de fuego y sus compañeros lograron calmarlo y sacarlo del restorán".

Carmona sale de Magdalena para Hermosillo y consigue del Gral. Emilio Lamberg, comandante militar del Departamento, permiso para ir a la ciudad de México y una carta para S.M. el Emperador y otra para don Miguel Hidalgo y Terán, chambelán del Imperio.

Carmona se encuentra en la ciudad de Hermosillo (2 de mayo de 1866) cuando es atacada la plaza por el Gral. Martínez. Por aquel tiempo Pesqueira había regresado de la frontera, y activa y organiza a los contingentes

republicanos.

El comandante Carmona, por necesidades del servicio, aplaza su viaje a México y acompaña en los azares de la campaña al Gral. Lamberg. La noche del 6 de junio los imperialistas que ocupan Hermosillo abandonan la plaza. Presentan el combate de Tecoripa y los republicanos principian a dominar los distritos de Sahuaripa, Moctezuma, Arizpe, Altar, Guaymas, Hermosillo, Magdalena y otros.

Las fuerzas de los generales Lamberg y Tánori son derrotadas en Guadalupe (4 de septiembre de 1866) por contingentes del Gral. Ángel Martínez. El Gral. Emilio Lamberg quedó muerto en el campo de batalla. En esta acción de armas, Carmona resultó herido de bayoneta durante el combate.

Tenía Jorge la herida en el pecho y estaba grave. Marta vino de Mazatlán a Guaymas para atenderlo. Frente a la bahía ocuparon un cuarto en una casa de huéspedes, donde pasó la convalecencia el comandante Carmona. La habitación tenía flores en la rinconera y siempre estaba aseada por Marta. Los días se tornaron dulces y apacibles para la pareja, no obstante que la lucha entre invasores y patriotas era continua y feroz.

Marta le dio a Carmona pésimos informes sobre la guerra en Sinaloa. Los generales Ángel Martínez y Ramón Corona habían derrotado a los franceses y mexicanos imperialistas. Los republicanos se preparaban a rescatar Sonora.

—Jorge, comprende, el imperio está perdido—decíale la muchacha.

—No; piensas así porque tu padre anda con García Morales.

—Es que sé, de buena fuente, que Pesqueira ya volvió de Arizona y que muchos de los traidores...

—Marta, esa palabra de traidor suena mal y sólo la emplean gentes vulgares y malnacidas. Hazme favor de no volverla a pronunciar, pues si te oyen…

—Perdóname, mi vida, no quise ofenderte.

En Hermosillo, Carmona recibe otra herida al defender al Gral. Manuel Gamboa, Comisario Imperial. Retirado Gamboa del servicio se nombra Comisario Imperial al Lic. José María Iribarren, quien comisiona a Carmona, con el grado inmediato, para formar un batallón en defensa de Mazatlán.

Al conocer los republicanos esta nueva comisión que tenía el imperialista Jorge Carmona, el Gral. Ramón Corona, por conducto privado, le envía una invitación para que se pase a las filas liberales. Carmona le dice al enviado:

"—Decidle a Corona que disponga de mi sangre; pero que me deje respetar mis compromisos".

El día 6 de septiembre amaneció —dice un parte militar del Gral. Martínez— para esta ciudad sin que le queden vestigios del Imperio.

El día 20 de septiembre los jefes imperialistas, ***El Chato*** Almada, Tánori, Dr. Pierson, Llaguno, Vélez Escalante y otros, se escapan a la vela para Baja California, cuando el coronel Próspero Salazar Bustamante los alcanza en el golfo. El capitán Lorenzo Avilés, en el momento de aprehenderlos mató con un certero tiro de pistola a José María Tranquilino Almada, ***El Chato***. El resto de los prisioneros fueron conducidos a Guaymas.

Callan para siempre los cañones del imperio en las vastas soledades de Sonora. Se ordena que al amanecer sean ejecutados los imperialistas. El indio Tánori, sereno y valeroso, casi estoico como todos los de su raza, antes de que le apaguen la voz los fusiles republicanos, grita:

—¡Viva mi Emperador!

Oficial en el regimiento de la emperatriz

Leva anclas la escuadra francesa en la bahía de Mazatlán (14 de noviembre de 1866). Entre la tropa se hacen a la vela multitud de empleados imperialistas que huyen temerosos a sufrir un castigo por su defección.

Jorge Carmona, después de cumplir con la comisión del llamado Comisario Imperial de Sonora, Lic. José María Iribarren, también se hace a la mar rumbo a México por la vía de Panamá. Así termina en Occidente el gobierno imperial.

Un sol de fuego reverbera en un mar medio dormido y de color plomizo. Cuando en alta mar el buque acelera su marcha y pone su proa hacia el sur, la costa del Pacífico se borra lentamente.

Carmona contempla con nostalgia el litoral y dice a Marta:

—¡Mi tierra! No sé por qué tengo el presentimiento de que nunca más volverán a verla mis ojos…

Marta, reclinada sobre la borda, llora en silencio. Su falda, movida por el viento, moldea sus muslos; su blusa de seda blanca ondula por la pujanza de los pechos firmes y su cabellera brilla al sol del trópico. Se apoya sobre el hombro de Jorge y aunque la emoción de partir oprime su garganta, goza, con la proximidad de su amante, deja que sus miradas busquen afanosas el horizonte.

El viaje es largo y tedioso. Una noche, navegan frente a Acapulco, en el cielo titila una que otra estrella, el ambiente es templado y los viajeros buscan fuera de los camarotes el aire del mar.

Marta, amorosa y confidente, dícele a Jorge un secreto al oído.

Él se sorprende y la mira fijamente; ella, con certeza, agrega con voz suave y radiante de felicidad:

—¡Será tu primer hijo...!

Los días de navegación tornan pintoresco el viaje. Una mañana contemplan Panamá con sus montañas rocallosas o de la Sierra Madre de México, en las que se destacan el cerro de Santiago y el volcán de Chiriquí. Aquellos territorios los había gobernado Balboa con el nombre de *Castilla del Oro*.

Después, la cabalgata a lomo de mulos por el istmo accidentado y salvaje. Llegan a Cruces, un poblado mestizo, y luego navegan sobre el río Chagres, embarcados en pangos impulsados por remeros indígenas desnudos, que apenas tapan sus vergüenzas con pampanillas de algodón. Desfilan las villas ribereñas como Cartagena, Santa Marta y Colón (fundada por don Bartolomé, hermano del descubridor genovés) frente al mar de las Antillas. Allí los viajeros esperan nuevo vapor para navegar hacia el Golfo de México. La misma ruta, años atrás, del conde Gastón Rousset de Boulbón, conquistador de Sonora.

Admira Jorge, en aquellos pueblos, mujeres encantadoras

que sin malicia pecaminosa enseñan las desnudeces espejeantes de sus carnes prietas, hombros redondos, cabellos negros y crespos, curvas soberbias y los pechos libres. En fugaces escapatorias nocturnas, Carmona conoce los secretos de Eros y los dones de Birján, que difícilmente se aúnan en el destino del hombre.

Al finalizar el año 66, Carmona entra, por segunda vez, en la ciudad de México. Llega como imperialista y con cinco mil francos en los bolsillos. Sin más credenciales que dos cartas de recomendación del Gral. Lamberg (ya difunto) una para S.M. el Emperador, y otra para don Miguel Hidalgo y Terán, figura prominente en la corte.

Aseguran escritores contemporáneos que es bien recibido por Maximiliano, quien lo hizo objeto de mil distinciones. Por ese tiempo el Emperador nombró Ministro de Justicia al Lic. Iribarren, y a Carmona, oficial de órdenes en el estado mayor del ministerio.

"Alcanza después el grado de oficial en el Regimiento de la Emperatriz. Ufano escolta el séquito imperial en sus frecuentes visitas a Cuernavaca, a la finca llamada Jardín de Borda o a un punto llamado Acapatzingo, vasto terreno donde el emperador mandó construir una casa de estilo pompeyano destinada a la emperatriz Carlota, y que llamó *El Olvido.*

"Carmona luce con donaire el marcial uniforme: brillantes al sol las caponas sobre la guerrera cruzada, los auríferos cordones y entorchados, el pantalón bombacho de rojo carmesí y las prusianas botas de negro charol".

Carmona, como oficial del Regimiento de Dragones de la Emperatriz, estuvo a las órdenes del discutido y dos veces traidor, primero a su patria y después al emperador, coronel Miguel López.

"En la corte del Imperio, Jorge Carmona supo relacionarse. Su porte desenvuelto —informa don Carlos Filio en *El Marqués de Caramocha*—, su desfachatez ilimitada, eran cosas que él había aprovechado para relacionarse bien

con la dorada juventud, por lo que no le eran extraños los tratos con los gentiles hombres de la corte ni el tránsito por los salones de más estiramiento. En los regios saraos, en las posadas de Palacio, en las tertulias de la mariscala Bazaine o en las de su alteza la princesa de Iturbide, él pasaba desenfadado y tan galante como su mismo amigo Alfredo de Lampiére, capitán del 99 de Línea y vizconde de Saint-Vivien".

Jorge Carmona, convertido en cortesano, más de alguna vez ríe sordamente de la nobleza y fealdad de doña Josefa Varela, dama de la emperatriz, que pretendía descender en línea recta del rey poeta Netzahualcóyotl. En otras ocasiones, alelado admira la belleza singular de la princesa Inés de Salm-Salm, y ceremonioso, casi versallesco, besa su mano delicada color de armiño.

Gusta el oficial del Regimiento de la Emperatriz escuchar las consejas picarescas del fiel criado Grill, cuando cuenta a *sotto voce:*

"—He visto mucho; la recámara del emperador ha sido visitada muchas veces por damas elegantísimas de la corte, que han entrado con todo misterio y han salido tan misteriosamente que sólo yo las vi sin saber muchas veces quiénes eran. ¡Cuántas de ellas, sin embargo, a quienes nadie hubiera creído capaces de un desliz, han accedido a los deseos de Su Majestad!".

Solía también Carmona oír, curioso, la plática de su amigo José Luis Blasio, guardasecretos del emperador, cuando murmuraba:

"—La frecuencia de los viajes a Cuernavaca, hizo que corriera el rumor de que Maximiliano mantenía relaciones ilícitas en esa ciudad con una joven de dieciséis años, hija de un empleado del gobierno. Aumentaron los rumores al ver con qué frecuencia iba también la Emperatriz a pasar semanas enteras en la citada localidad".

Algunas personas agregaban:

—Carlota está celosa.

—No, es que deseaba saber la verdad de los rumores que circulaban respecto a los amores de su esposo... —decían otras.

El Imperio mantiene todas las intrigas de una verdadera corte europea. Renace en sus salones el rococó de la época de Luis XV y el murmurio sobre el rubio Maximiliano y la romántica Carlota, cuyas intimidades son comentadas con disimulado solaz.

Carmona, con sus influyentes amistades, frecuenta al emperador, personaje de aspecto aristocrático pero insípido, de barba rubia y partida y ojos azules y melancólicos.

En una de sus tertulias con Blasio, expresa Carmona con la llaneza de los hombres del norte:

"—El exangüe semblante de Maximiliano y su rígida y ceremoniosa apostura, me dan la idea de uno de esos maniquíes de cera que yo he visto en una tienda alemana de Mazatlán."

Aunque Carmona no trató a la emperatriz Carlota, sabía por Blasio que era una mujer de extraordinaria belleza. Se cuenta que cuando Maximiliano recibió la nota de su ministro general Almonte sobre las negociaciones con Francia, tuvo un momento de lucidez y resolvió abdicar. Pero la emperatriz Carlota, a quien varios autores dan reputación de inteligente, detuvo la mano de su marido cuando iba a firmar la abdicación y se ofreció a ir a París con el objeto de vencer la resistencia de Napoleón.

La emperatriz Carlota abandonó el país a las seis de la tarde del día 13 de julio (1866) en el buque francés ***Emperatriz Eugenia;*** iba a Europa a arreglar la negativa de Napoleón III para que continuaran en México las tropas francesas, y los convenios relativos al sostenimiento del Imperio.

Bulnes reproduce del historiador Gaulot, sobre este asunto, los conceptos siguientes:

"La Emperatriz Carlota fue recibida por Napoleón III, el 11 de agosto de 1866; pero antes de que Maximiliano hubiera recibido la noticia del resultado de la entrevista de su consorte con el emperador francés, ya había resuelto no abdicar y echarse en brazos del partido conservador, empujado por el aventurero Agustín Fischer, todo poderoso en la corte mexicana".

Carmona, anteriormente, bajo la protección del Ministro Interior, Lic. Iribarren, desempeñó una comisión de confianza. Se le dio de alta en el cuerpo de policía militar y secreta, con el objeto de que pulsara el estado de la opinión pública y dar cuenta al superior de cuantas conversaciones políticas oyera; para llenar este fin, tuvo que mezclarse con todas las clases sociales. Y nuestro protagonista comienza a vestir de etiqueta sujeto a las artísticas tijeras de monsieur Janin, el sastre de moda en aquella época.

Cultiva múltiples amistades. Mantiene asuntos con el astuto y receloso mayor Mendizábal, jefe policiaco. Concurre a los bailes de la familia de don Jesús Cervantes. Descubre el candor del comerciante liberal don Pedro Sandoval. Y en su carnet escribe los nombres de sus nuevas relaciones sociales: el conde del Valle, el conde de Bombelles, el tesorero de la casa imperial, señor Kuhachevich y al doctor Bouslaveck.

Carmona es de los primeros en enterarse que el Imperio anda mal. Conoce la derrota del general reaccionario Miramón. La salida de las tropas del mariscal Francisco Aquiles Bazaine. Y haciéndose reflexiones serenas, analiza la situación. Con disimulado interés procura estar informado de los sucesos militares.

Asiduamente frecuenta nuestro héroe las antesalas del llamado Palacio Imperial. Comenta los asuntos de estado con Blasio, guarda los secretos del archiduque. Trata hábilmente de descubrir algunos indicios sobre el

futuro del Imperio en la erudita conversación del padre Billimeck, sabio naturalista, viejo monje exclaustrado, quien había dedicado toda su existencia a coleccionar insectos y reptiles para los museos y quien ha cobrado a Carmona gran afecto. Hace tertulias frecuentes con el conde de Thun, general de la legión austriaca, con el fin de vislumbrar algunas intenciones políticas.

El que más intima con Carmona es el clérigo Agustín Fischer, de origen alemán. Llegó como agregado a una partida de colonos en Texas. Fue gambusino de oro en los *placeres* de California. Abjuró a su fe de protestante, se ordenó sacerdote católico y se convirtió en secretario del obispo de Durango. Era de costumbres disolutas, ambicioso, intrigante en política. El mismo Maximiliano decía de él, en una carta al profesor Bilimeck, lo que sigue:

"-El padre Fischer con su concordato ha mentido y me ha engañado".

Llega a su mitad el primer mes de agosto (1867). Carmona presiente el desastre del Imperio. Ha buscado refugio a sus amores con Marta, por Coyoacán, en el barrio de Chimalistac, en una casita llena de tiestos con flores y jaulas de pájaros canoros.

Marta por ese tiempo es una muchacha fresca, bien plantada, original, orgullosa con su vientre deformado por el milagro de la fecundidad y dotada de una inteligencia vivaz. Habla con una entonación maravillosa comiéndose las sílabas de las palabras de su lenguaje pintoresco, cantarino, picante y rico en provincialismos. Su conversación, siempre a gritos, no puede disimular el entusiasmo, la cólera, la admiración o el amor. Es una muchacha norteña, sincera, sin malicia ni prejuicios.

Jorge, ante el fracaso de sus aspiraciones imperialistas, en medio de un amoroso idilio, promete a Marta, después de esta nueva experiencia, volver a Sonora:

—Sí, chatita, volveremos a aquella tierra y allá nos casaremos para vivir en paz y en gracia de Dios; tú

consagrada a nuestro hijo y yo a las labores de la agricultura.

—Volveremos, mi vida, a la casona y al huerto a regar mis naranjos que florecen por abril.

—Esos naranjos los plantó tu abuelo, me contaban, antes de irse con las tropas realistas de don Alejo García Conde.

—En verdad fue mi abuelo, que además tenía la pretensión erudita de saber que Bernal Díaz del Castillo los trajo a México, quien dice que él mismo sembró siete u ocho pepitas en Coatzacoalcos y que fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España.

—Recuerdo, en mis días de seminario, haber leído un libro que dice que se cree que es la manzana de oro del jardín de las Hespérides, tan célebre en la fábula.

—Otros creen—agrega ella—que fue fruto exquisito gustado por los mandarines chinos o los nativos de las Islas de la Sonda.

—Sí, existen muchas consejas sobre el origen de los naranjos.

—Es cierto. Por eso los quiero. Son árboles emblema de la dulzura y de la pureza; sus azahares ciñen las frentes de las novias y su aroma me evoca los días de mi niñez, en la huerta de Hermosillo, donde persisten las costumbres de la familia.

—Si quieres, regresa a Sonora; ya esperaré a que se resuelva la situación política y se serenen las pasiones...

—Después irás a conocer a nuestro hijo.

—Sí, mi mujercita.

Carmona se despoja de la librea cortesana y de la casaca de soldado imperialista. Resuelven que Marta por estar encinta salga camino de Toluca en la diligencia del

interior, para Sonora. Se ha logrado una reconciliación con sus padres, de los que ha obtenido el perdón.

La despedida es sentimental. Los ojos ávidos por verse hasta el último instante. La palabra es inútil, porque se ahogan los tonos de la voz. No se besan por temor a la curiosidad de los demás pasajeros.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?—por fin dijo Jorge.

—Cuando Dios quiera—contestó ella.

La muchacha está bellísima, arrogante. Su blusa de mangas amplias deja desnudos sus brazos blancos, que al moverse, enseñan las axilas apenas sombreadas de vello. Ella abraza a Jorge como presintiendo que esa caricia sería la última.

La diligencia partió por la calleja rumbo al camino del interior, las mulas al trote espantan a las gallinas y perros vagabundos del arroyo, mientras los vecinos con emoción y azoro despedían con amigables y estentóreas voces a los viajeros.

Pocos días después de la salida de Marta, abandona la capital (13 de febrero del 67) el Emperador. Acaudilla el cuerpo de ejército con que iba a continuar la guerra en el interior del país.

Jorge Carmona declina la honra de acompañar al Emperador a la campaña, y no por falta de valor, sino por sobra de prudencia. Desde esa fecha se eclipsa escondiéndose en una casa de la calle de Tacuba.

Después, en episodios rápidos termina la lucha de intervención. Escaramuzas con las guerrillas liberales en Cuautitlán. Jornada de Tepeji del Río, sin incidente alguno. El Emperador camina tranquilamente al paso de la tropa, sobre su famoso caballo ***El Anteburro.*** La acción en campos de San Miguel Calpulalpan. Y la ruta: Arroyozarco, La Soledad, San Juan del Río, Cuesta China y Querétaro.

Viene después el sitio de la ciudad por las fuerzas republicanas de los generales Ramón Corona y Mariano Escobedo. La espera inútil de la llegada de los contingentes del Gral. Márquez. La traición del coronel López, quien entrega el Convento de la Cruz. Los imperialistas se rinden a los liberales.

Un consejo de guerra sentencia a Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía a la pena de muerte. Este hecho dio origen a una de las grandes mentiras de la historia, que el señor don Sebastián Lerdo de Tejada, en sus ***Memorias*** rectifica de la manera siguiente:

"Un pintor mexicano de talento, que murió muy joven —Manuel Ocaranza—, trazó en un lienzo una bella fantasía que dio pábulo, en el vulgo, a un mito histórico. Representa el cuadro una entrevista de la princesa de Salm-Salm con don Benito Juárez; la hermosa princesa aparece de rodillas implorando por la vida de Maximiliano con ese dolor voluptuoso de Magdalena, al través de cuyas lágrimas se prometen besos. El señor Juárez, en pie, vacila como San Antonio ante aquella poderosa tentación; pero allá en el fondo, agitando nerviosamente la cortina roja y asomando la cabeza, aparezco yo (Lerdo de Tejada), mirando a la princesa como Mefistófeles a la cruz... El presidente, que parece va a sucumbir, me distingue, se repone y rechaza a aquel ángel... ¡Oh, poder de la imaginación! ¡Qué de mentiras se cometen en tu nombre!

"La Salm-Salm, que no tenía nada de romántica: americana por nacimiento y educación, de raza anglosajona, fría y positiva, no podía amar al pobre bardo de los ojos azules que murió en Querétaro. Dos veces estuvo en San Luis Potosí, a ver al señor Juárez; pero esas visitas inesperadas debiéronse a la amabilidad del Gral. Porfirio Díaz, quien queriéndose quitar de encima a la princesa, no encontró mejor medio que enviárnosla, asegurándole que Juárez perdonaría al archiduque".

Lo que sí es cierto, es que no conmovió a Juárez ni la belleza de la princesa de Salm-Salm, ni la humanitaria y

sentimental carta de Víctor Hugo. Juárez era un hombre de inquebrantable firmeza y gran patriotismo. Iba a caer el Imperio aquel amanecer del día 19 de junio de 1867.

Blasio, testigo de los sucesos, escribe en su diario:

"Ya en la llanura que se encuentra entre la ciudad y el cerro de las Campanas, se encontraban formadas todas las tropas que habían de asistir a la ejecución, haciendo brillar al sol de junio el limpio acero de sus armas.

"Un cielo azul y sin nube alguna cubría impasible aquel imponente espectáculo.

"Bajó Maximiliano del carruaje que lo conducía, y al abarcar con sus claras y serenas miradas, azules como el cielo, aquel firmamento tan sereno y tan tranquilo, exclamó:

"—¡En un día tan hermoso como éste quería morir!

"Después se enjugó el sudor de la frente, y entregando el pañuelo y el sombrero de fieltro blanco al criado Tudos, le dijo en húngaro:

"—Lleva esto a mi madre y dile que para ella fueron mis últimos pensamientos.

"Tudos se retiró llorando, el sacerdote que acompañaba al Emperador se alejó también, y sólo quedaron sobre la colina que iba a servirles de cadalso, las tres figuras: Maximiliano en el centro, Miramón a su derecha y Mejía a la izquierda.

"Frente a ellos, un joven oficial y un pelotón de soldados.

"El emperador pronunció algunas palabras, haciendo votos por la felicidad de México, también Miramón habló, y después de unos brevísimos instantes de silencio sepulcral se escuchó la voz:

"—¡Fuego!—dada por el oficial, y rasgó el aire una espantosa detonación".

Así termina la nota de José Luis Blasio, el fiel guardasecretos del emperador.

Con la bandera tricolor desplegada al aire, con un redoble de tambores y las notas marciales de los clarines, el Batallón de Supremos Poderes anuncia el triunfo definitivo de la República.

Este suceso histórico produce la catilinaria del fogoso antijuarista don Francisco Bulnes:

"Vencer sin vengarse no era triunfar, no le bastaba a Juárez obtener los laureles de vencedor; sentía la necesidad de castigar; no comprendía al héroe que acaricia con el perdón a sus vencidos; su ira sorda y volcánica le producía la ambición de ser el juez siempre inexorable que no tenía más que una pena en su código contra los que violaban el tabernáculo de su legalidad".

El amor todo lo vence

Se levantan ráfagas de malestar entre las mismas huestes triunfadoras. El gabinete republicano, hostilizado frecuentemente por los descontentos, se sentía intranquilo ante el desbordamiento de las pasiones. El triunfo de la República determina el licenciamiento de la mayor parte del ejército. La caída del Imperio y la entrada de don Benito Juárez en la ciudad de México, el 15 de junio de 1867, ponen en situación difícil a Jorge Carmona.

La capital, por esos días, dice un cronista, vióse invadida por una horda de jefes y oficiales recién dados de baja, que no sabían cómo ganarse el sustento, a resulta que muchos abandonados a sus propios recursos, que eran ningunos, vivían literalmente sobre el país. Noche tras noche había asaltos a mano armada en las calles más céntricas de la ciudad, abriéndose casas de juego en diversas localidades, riñas sangrientas tenían lugar en cantinas y burdeles, y después de las diez de la noche era arriesgado aventurarse de puertas afuera.

Carmona vivía entonces en la calle de don Toribio (hoy

2ª de José María Izazaga) en un modesto entresuelo; merced a la cautela con que ha manejado sus asuntos económicos, sus bienes ascendían a setecientos pesos del cuño mexicano.

Entonces Carmona, como otros muchos, fue perseguido por conspirador. Un rasgo de audacia vino a salvarlo en aquella situación. Sin conocer a don Sebastián Lerdo de Tejada, primer ministro, se le presenta pidiéndole que fuera él mismo fiador de su conducta. Tal franqueza encanta al jefe del gabinete, quien hace a Carmona desde ese día objeto de sus consideraciones.

Carmona envía trescientos pesos a Marta, y con el resto procede a abrir un garito privado en el callejón de La Pelota, asociado con un tal coronel Verduzco. En la primera noche, otro tal coronel Naranjo les tapa el monte y pistola en mano se lleva el dinero.

"La Navidad del 67 la pasa en la mayor pobreza. Temprano se levanta y va en busca del Montepío para empeñar su reloj, único objeto de valor que le queda. En Sonora y Sinaloa cuando uno no tiene qué comer, no falta amigo que lo invite a su mesa, mas en México el que no tiene un real, ya puede morderse un codo o chiflar *La Paloma* para entretener el hambre. Por su reloj, que valía cien pesos, el empeñero Quintín Gutiérrez le prestó veinte, con los cuales hace su presupuesto del mes, ya que si alguna virtud lo ha distinguido es la de la economía. Con cinco duros renta por un mes un cuartucho en una casa del callejón de Magueyitos, con diez se abona en una fonda de la calle Meleros y con otros cinco que suenan alegremente en los bolsillos, se echa a andar con dirección a la Alameda".

En el quiosco morisco de la Alameda toca una banda militar la polka "La fille de Mme. Angot", que habían dejado en boga los franceses, y "Adiós, mamá Carlota", la cáustica canción del general Riva Palacio. El ambiente de la época está en la descripción exacta que copio:

"La ciudad, a pesar de los sacudimientos de la última guerra,

presenta cierto aspecto de gala. Bajo la desnuda arboleda retozan los chicuelos y grupos de ex oficiales juaristas, sucios y harapientos, discuten en alta voz los últimos acontecimientos de la campaña, al hacer reminiscencias de sus respectivas proezas. También circulan, en grupos aparte, oficiales no menos desharrapados que habían servido en las huestes de Leonardo Márquez, extenuados por el ayuno, de ojos sombríos y coléricas miradas.

"—Así pagan los gobiernos—díjeme con furia reconcentrada— a aquellos que mil veces han expuesto la vida en los campos de batalla.

"En esto se me acercó un sujeto de aspecto cadavérico, que por los vestigios del uniforme, aún pendía en jirones de la espalda, conocí que había sido comandante, y saludándome se sentó junto a mí.

"—Si no me engaño es usted militar—me dijo. Le respondí que lo había sido; pero ya no lo era.

"—¿De qué arma?

"—Caballería.

"Fuese animando a medida que hablaba. Me contó que había asistido a numerosos combates, herido en el Cimatario, al llegar a la capital se había enfermado de tifo y acababa de salir del hospital. Al ir al ministerio de guerra, en solicitud de sus alcances, se le había entregado una comunicación dándosele de baja y desde ese día no había comido y dormía en las duras bancas de la Alameda.

"—¡Canallas! No hay dinero para nosotros y lo hay para esas sanguijuelas de empleados y agiotistas, quienes durante el Imperio vivían tras las enaguas y bajo la cama. Y de ello tienen la culpa algunos de nuestros generales como Escobedo, más que ninguno.

"—Pero ese general es el héroe del día—observé tímidamente.

"—No me hable usted de él, si no hubiera sido por Corona,

los imperialistas, después de la acción del Cimatario, nos hubieran hecho levantar el sitio.

"Aunque yo no participaba de la opinión del comandante —su nombre era el de Parada— con respecto a Escobedo, me abstuve de contradecirle, a poco se despidió de mí dándome un sablazo de una peseta".

Los días son de penuria. Con su imaginación urde infinidad de arbitrios y picardías para poder vivir en la urbe. Cinco largos años pasa errante por las calles de la gran ciudad, pobre y sin consuelo. Marta, que le había dado una hija, deja de escribirle bajo la influencia de sus familiares. Jorge se negó a volver a Sonora, en su correspondencia íntima campea el orgullo por no dejarse humillar por los triunfadores.

Carmona, decepcionado, una tarde vaga sin rumbo, cuando se encuentra a su viejo amigo don Patricio Dueñas, quien le ofrece una recomendación para trabajar como tallador en una casa de juego instalada en los bajos del hotel San Carlos.

"En aquella época, Carmona —testigo de este hecho fue el editor Ireneo Paz—se hallaba una vez en el hotel San Carlos en el momento en que el coronel Deveaux, ayudante de la Comandancia Militar, era atacado por un desconocido; generosamente se lanzó a defenderlo y recibió un balazo en una mano. Lerdo de Tejada, que supo esto, dio señaladas muestras de afecto a Carmona durante su enfermedad".

Otro suceso cambia el destino de Jorge Carmona: la muerte repentina de Juárez, el 18 de julio de 1872, lleva a la Presidencia de la República, por ministerio de la ley, al Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, que era Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Carmona se acoge a la protección del presidente Lerdo y por influencia de éste es nombrado inspector del Ferrocarril de Veracruz. Esta obra del gobierno lerdista, inaugurada el día 11 de enero (1873) con suntuosas fiestas,

se llamó Ferrocarril Mexicano y corre del puerto de Veracruz a la ciudad de México.

Un día del mes de marzo del 73, el inspector Carmona pasa frente al templo de la Profesa. El tañer de las campanas asustaba a los palomos que revoloteaban sobre las esculturas del pórtico. La mañana era luminosa y la elegante y noble sociedad mexicana se daba cita en aquella iglesia para escuchar fervorosa los ritos de la misa.

Carmona observa que un lujoso carruaje se detiene a la puerta y de él baja una dama de riguroso luto. Al recogerse con su blanca mano la falda de rica tela, la bella enlutada deja caer el devocionario. Galante y ceremonioso, Jorge lo recoge y entregándoselo dice:

—Señora... —mas no termina, se rompe la frase con el cumplido en la boca.

—Gracias—dice la dama y se introduce bajo las naves del templo.

Carmona se queda alelado, azorado, no alcanza a explicarse. Y recuerda que en sus días de oficial del Regimiento de la Emperatriz, en sus frecuentes paseos por el Zócalo y el Portal de Mercaderes, solía llegar a un puesto de refrescos y admirar la perfecta belleza criolla de una horchatera, ahora convertida en elegante y linajuda dama.

Sonríe al evocar a aquella moza agraciada, bonita, en su mejor retrato era así:

"Con negros ojos, aperlado el color y delicadas las facciones. Su estatura más bien baja que alta, el talle de avispa y los movimientos de sílfide. Un pañolón de colores, prendido del seno, dejaba entrever la blanca y bordada camisa. El negro cabello sujeto con una de esas peinetas que estilan las chinas poblanas, se desbordaba sobre la frente y estrechaba sus líneas".

Así, agradable y simpática, vendía sus refrescos y

horchatas, alfeñiques y mermeladas, entre risas abiertas y galanteos simulados.

En aquella época no lejana, Jorge le había hecho un requerimiento de amores. La bella y garbosa mujercita se llama Lolita Arriaga, según algunos cronistas consanguínea del famoso y legendario Jesús Arriaga, *Chucho el Roto.*

Apresurado, en un coche de sitio, va Carmona a la casa de don Patricio Dueñas, que vive por la calle de Cocheras y conoce bien a la muchacha.

Don Patricio le cuenta que la alegre y linda moza es hija de don Roque Arriaga y doña María Valdés, personas modestas y honradas, y que había casado con el viejo millonario don Isidro Béistegui, después de negarse a ser su amante, ya que ella solía decir a sus galanes:

"—Sólo por medio del casamiento pierdo la prenda más codiciada que tiene una mujer".

Aquel matrimonio: ella lozana con sus veinte años y él decrépito setentón, tal parecía una orquídea rara, fresca y hermosa, que vive a la sombra y entre el musgo de la poca savia de un tronco viejo.

El murió bien pronto dejándole un hijo, Emilio Béistegui Arriaga, y cinco millones de pesos. Con entusiasmo decíale don Patricio:

"—En verdad, amigo, la viudita es guapa como una onza de oro.

"—Bellísima—reafirmó Carmona.

"—Y muchos los pretendientes: Salvador Malo, Delfín Sánchez y tantos más, qué sé yo—añadió malicioso y con risas burlonas el viejo".

Pasado el luto, Carmona establece un asedio sobre la dama. Desde las majestuosas columnas del templo adivina la desnudez del cuello y pecho soberbio a través

de la mantilla y los chifones de la dama, mientras refulge en medio de sus senos el oro de un pectoral de brillantes.

"El galán —se imagina don Carlos Filio en comprimido boceto— siempre oportuno aparece en los paseos por Bucareli, en las estrechas sendas floridas de San Agustín de las Cuevas, o ya bajo las tardes rumorosas, cuando en las puertas del ***Café del Refugio*** o en las de ***El Cazador,*** se detenía a atisbar el paso de la deseada, y aun a veces, y por las noches, la veía en el Teatro Nacional, donde se oían por los palcos y plateas los nombres linajudos de los Martínez de la Torre, Subikurski, García Teruel, Llamedo, Osio, García Torres. El enamorado, tesonero, hace el oso a la manera de su tiempo; todo deshecho en suspiros y en melancolía resignada".

Con la descripción consagrada en las viejas novelas anotamos que la casa de la viuda de Béistegui, situada en la calle de Donceles, es una de esas señoriales residencias edificadas durante el período virreinal, pesada y solemne, de anchas escaleras y espacioso patio con bullidora fuente en el centro. La fachada, de aspecto feudal, tiene al frente un escudo tallado en granito y el zaguán de colosales dimensiones, más parece de fortaleza que de palacial mansión. El edificio se compone de dos pisos: en el de arriba habita la familia y en el de abajo, destinado a la servidumbre, está además la cochera, oficinas y caballerizas. Tiene balcones y ventanas con vidrieras, tras de cuyas discretas celosías la hermosa viuda puede ver, sin ser vista, el movimiento de la calle.

Carmona en sus galanteos procura contar con la complicidad de los criados. Entre éstos con el cochero Agustín Rosales, tipo indígena, de torva mirada, perverso, de instintos sanguinarios, perdulario, sujeto a quien más bien se domina por fuerza de voluntad que por la fuerza brutal. Con frecuencia se entrevista con Carmona en una pulquería del callejón del Manco o en un figón de la Alcaicería.

Se inicia el romance, cuatro meses después, en el Bosque de Chapultepec. Insertamos para lograr mejor la

estampa, la literatura decorativa de la época:

"Era a principios de septiembre. La naturaleza vestida de gala se estremece voluptuosa a las caricias de un sol radiante. En el bosque y bajo las sombras de los seculares ahuehuetes, los tonos de luz palidecen y se opacan al bañar el paisaje con tenues penumbras. Sentóse Carmona al pie de un tronco próximo a la avenida por donde pasan los carruajes, afectando la resignada melancolía de Pablo cuando en la floresta se ponía a esperar a Virginia, según años después, presenció el futuro marqués en la gran Ópera de París".

Todo el mes de septiembre y parte de octubre lo pasan en citas privadas bajo las naves acogedoras de la Profesa y en paseos campestres y románticos. Después empiezan a exhibirse un poco por los centros sociales. En el mes de enero (1874) de pronto y sin causa aparente, la viuda de Béistegui dio por terminadas sus relaciones, con una lacónica misiva. La tarjeta blanca y perfumada con diminuta y redonda letra de mujer, dice:

"Es inútil pensar en matrimonio mientras viva el licenciado... Procura olvidarme como yo trato de hacerlo. Adiós".

La viuda se refiere al abogado don Manuel Bolado y albacea de sus bienes, íntimo amigo de su difunto esposo. Es Bolado un hombre de talento y estimado en el foro mexicano. Sostiene el prestigio de sus grandes negocios y la fama de sus luces.

La noticia sobre la ruptura amorosa corrió por los cafés de *Minería*, de *Las Escalerillas*, *Nacional*, *Puente de San Francisco*, *Rejas de Balvanera* y llegó a las conversaciones versallescas del baile de la Lonja.

Cuando Carmona entra en esta reunión social alcanza a oír a un galán vestido de etiqueta que dice, en secreto, a su dama:

—El Lic. Bolado, dicen que tiene decisiva influencia con la

viuda y aun se cree que tiene interés personal en ella.

El mundano guardó silencio al observar la proximidad de Carmona. Entre otras cosas, también se llegó a asegurar que Bolado, por conducto de don Ramón Guzmán, ofreció a Carmona dinero para que se fuera a Europa por tres años, hecho no comprobado sino con el testimonio discutible de algunos caballeros de la época.

Era don Ramón Guzmán un poblano dedicado a las altas finanzas. Protegido por el señor Juárez y el Lic. Lerdo de Tejada, sobresalió en asuntos económicos, era todo un hombre de crédito y mérito. Gozó siempre de la estimación de todos los hombres que escalaban el poder.

Días después un suceso trágico vino a avivar más la hoguera de pasiones y diatribas con escándalo de la linajuda sociedad mexicana.

Fue la noche del lunes 23 de febrero de 1874. En una pulquería llamada ***El Gallo Colorado,*** situada por el callejón del Manco, dos rufianes urden un crimen. Uno es Agustín Rosales, cochero de la señora Béistegi y el otro su compinche Ramón Hernández.

Después los ebrios caminan por la calle de Donceles, desierta y mal alumbrada. La pluma anónima que redactó el folletín describe la estampa nocturna así:

"La calle de Donceles está a propósito para la ronda de galanes y ladrones noctívagos. Más allá, las luces de los faroles de Montealegre parpadean en las sombras, o algún coche de sitio rueda pesadamente, torciendo por las calles de Santo Domingo. Dos ***peladitos*** reñían en la esquina de Manrique y el Esclavo. Un ***sereno*** con voz pausada grita la hora y el tiempo..."

Caminaron por la calle de Manrique hasta llegar a la de San Agustín. Se sitúan en acecho frente a la residencia del Lic. Manuel Bolado. Después de cierto tiempo, el auriga Rosales exclamó:

—Es él, no tengo la menor duda.

—Pues asegúratelo bien.

—No le *jierro*...

Los dos rufianes simularon estar riñendo, al pasar el licenciado Bolado, Agustín Rosales sacó una pistola y apuntó a su cómplice Ramón Hernández, que se hizo a un lado, recibiendo el proyectil el confiado profesionista. La herida fue de gravedad, murió este juarista a las dos de la mañana del día 26 de febrero.

El asesino y su amigo fueron detenidos por un rondín de la gendarmería montada. Se hizo confesar a Ramón Hernández la verdad sobre el crimen. En el juzgado de lo criminal se abrió un minucioso proceso para conocer el verdadero móvil del asesinato del Lic. Manuel Bolado.

La opinión pública señala a Carmona como el director intelectual del asesinato.[9] Este cargo no llegó a

[9] No sólo se acusaba de director intelectual del asesinato a Jorge Carmona, sino que algunos nobles de la época, descendientes del mayorazgo de don Juan de Dios Cañedo, lo señalaban como culpable directo de la tragedia.

En sus efemérides (Ob. cit.), don Agustín Rivera registra sobre este punto, lo que copio:

"Enero 22 (de 1882). Hoy me ha referido el General D. Estanislao Cañedo lo siguiente: Muerto el rico Béistegui de México, se siguió pleito entre la familia legítima y la concubina, mujer morena que había (sido) su lavandera, a quien le había dejado un legado de mucha consideración, que la familia no quería reconocer, alegando que cuando Béistegui hizo su testamento estaba loco. Defendió a la concubina el Lic. Bolado y obtuvo sentencia favorable. Jorge Carmona, nativo de Sinaloa, se casó con la concubina; pero como a pesar de esto Bolado era el que continuaba dirigiendo los negocios de la concubina y tenía la principal influencia sobre ella, lo que perjudicaba mucho a Carmona, ***éste mató a Bolado en una calle*** (ya se han referido los

comprobarse nunca y quedó como una infame y vil calumnia que acibaró su existencia. Tampoco negó Carmona que hubo extraordinarias coincidencias en su contra que dieron pábulo a la maledicencia, pero una o muchas coincidencias no constituyen la culpabilidad. El protagonista no fue de aquellos que saltan sobre cadáveres para llegar a los millones, tanto más cuanto que tenía en sus manos la llave de Cupido para abrir la recámara íntima de la bella y rica viuda.

El asesinato causó un furor indescriptible. Durante dos meses no se habló en la ciudad de México de otra cosa. Así en los corrillos callejeros como en los salones de gente rica se menciona el nombre de Carmona desembozadamente, como uno de los protagonistas del drama. Esa criminal murmuración, ese continuado chascar de lenguas viperinas no preocupó a nuestro personaje. Solía Carmona contestar a los chismes en la forma siguiente:

"—Esas calumnias se deslizan en mi epidermis como las flechas emponzoñadas en el dorso de una ballena".

Carmona sale como de costumbre, pasea por las calles de Plateros, focos principales de infección calumniadora. Al acercarse, los ruines maldicientes, dejan de hablar y cuando se aleja vuelven a la carga con mayor encarnizamiento. Algunos que antes se decían sus amigos, se hacen de la vista gorda para no saludarlo, porque creen sin duda que una cárcel está próxima a tragarlo en sus sombríos recintos.

Carmona se defiende con cáusticas expresiones:

"—El verdadero héroe no es el que desafía las balas en el

---

hechos rigurosamente históricos sobre el mencionado asesinato), fingiendo que reñía con otro y que disparaba sobre él una pistola, cuando realmente la disparó sobre Bolado. Carmona fue procesado y no sé el resultado del proceso".

campo de batalla, sino aquel hombre pobre y aislado que arroja el guante a toda una sociedad discutible".

Esa sociedad necia y fatua, formada en el post-imperio. Carente de sangre azul en sus venas. Enriquecidos sospechosos que disimulan con cortesías y besamanos las más perversas concupiscencias. Esa sociedad que pretende con cínica sinceridad, con biliosa e implacable saña, hacerle añicos una reputación que nunca tuvo.

Tres meses después, el 19 de mayo de 1874, contraen matrimonio don Jorge Carmona y doña Dolores Arriaga, viuda de don Isidro Béistegui. La ceremonia se celebró ante el Juez Segundo del Estado Civil, don José María Medina. Tuvieron que conseguir para ello dispensa en el tiempo y publicaciones de ley por el C. Gobernador, hecho que consta en oficio autorizado por el C. Secretario del Gobierno del Distrito.

Durante el acto rindieron testimonio de conocer ampliamente a los contrayentes, los licenciados don Ezequiel Montes, don Jesús Castañeda y don Manuel Romero Rubio, después suegro del general Díaz.

Al mes siguiente, el 18 de julio, celebran la unión religiosa en la capilla privada del Arzobispo de México, don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, o sea el después Oratorio de la Casa Central de las Hermanas de la Caridad.

También para este solemne acto fueron necesarias la información y las dispensas de proclamas y de ***vaguedad***, que se dignó conceder el señor Provisor y Vicario General de este arzobispado, encargado del gobierno de esta sagrada Mitra, licenciado don Joaquín María Díaz y Vargas.

El ritual del matrimonio es a cargo de monseñor doctor don Ambrosio Lara, presbítero, notario apostólico de su Santidad, Caballero del Santo Sepulcro, Cura Interino de esta Santa Iglesia y Examinador Sinodal de este arzobispado.

Fungen como padrinos en la ***in facie ecclesiae*** don José H. Gibbs y doña Alejandra Vega de Redo y testigos don José María Anaya y Padilla y el Lic. Vidal Castañeda y Nájera.

La señora doña Alejandra de la Vega de Redo, esposa de don Joaquín Redo, rico industrial llegado a Sinaloa desde Chihuahua, era figura principal en el rol del almanaque de la aristocracia mexicana. Entre los añejos recuerdos de ***Chuco*** Valenzuela se anota a la señora Redo como una gran dama, que había viajado mucho, procedente de familia distinguida de Sinaloa y amiga en Madrid del orador don Emilio Castelar y del poeta Gaspar Núñez de Arce. También los otros eran grandes personalidades dentro de la nobleza mexicana.

El acto, aunque privado, es de gran resonancia social. Carmona recibe de su amigo don Sebastián Lerdo de Tejada la cantidad de ocho mil pesos en calidad de préstamo para contraer matrimonio con la señora viuda de Béistegui. Otro personaje, un religioso, que no hay para qué citar su nombre, también le facilita seis mil pesos e influencia con igual objeto.

Carmona toma posesión del palacio de la calle de Donceles. Se hace cargo de la administración de los bienes. "Gloriábase, el nuevo aristócrata, en recorrer en su carruaje las avenidas más populosas y de ver de paso caras ayer adustas y ceñudas, hoy risueñas y serviles, y cabezas venerables que antes se enderezaban en altanera virtud y que ahora se descubren y lo saludan con respeto".

Al nacer aquel año (1875), con su ausencia, pretenden acallar las viperinas murmuraciones. Se disponen a partir en largo viaje y radicarse en Europa, en el bullicioso París.

Esperan barco para hacerse a la mar, en el puerto de Veracruz, cuando recibe Carmona, mientras se encontraba en el almacén de su amigo el señor Ritter, el siguiente telegrama anónimo:

"Hoy en la mañana se fugó Rosales de la prisión de Belén".

En efecto, también los periódicos glosan la noticia: los reos Rosales y Hernández, en compañía de Jesús Arriaga (a) *Chucho el Roto*, se habían fugado de la cárcel. El proceso por la muerte del Lic. Manuel Bolado quedó en suspenso.

Aquella broma de mal gusto no deja de molestarlo un poco. Malhumorado, aborda un viejo vapor de la marina mercante inglesa y se hace a la mar.

Marqués de San Basilio

Como en las comedias, ha cambiado la decoración. Los personajes —Lolita y Jorge—llegan con sus maletas de viaje a un puerto en el litoral de Francia. Es una mañana neblinosa y fría.

—Ha sido una travesía magnífica—dice Jorge.

—Yo diría romántica—agrega risueña la bella señora.

Relatamos con la prosa ágil de aquel tiempo:

"Hace media hora que han desembarcado en suelo de Francia, en el puerto de El Havre, y ya la locomotora que debía conducirlos a París bufa impaciente en la estación, en tanto que pasajeros de diversas nacionalidades se atropellan por entrar en los carros, unos llevan sacos de mano, otros maletas y petacas, los más en traje de camino de extraordinaria variedad. Yanquis con sombrero de fieltro hablan con acento nasal; ingleses con gorras pardas, saco rayado a cuadros y pantalones cortos; franceses con levita y sombrero alto y algunos sudamericanos vestidos según las últimas modas en

Santiago, Montevideo o Lima.

"Jorge Carmona llega a París vestido con un ***flux*** color de ala de hormiga, sombrero blanco, corbata tricolor y zapatos amarillos. Se hospedan en el hotel de los Embajadores, en la calle de Rívoli. Allí hace su primer amigo en tierra francesa, el señor diputado Tony Revillon".

Contemplemos con nuestro héroe la visión antañosa y sugestiva de París.

"Madrugador como siempre, Carmona muy de mañana se asoma al balcón del hotel y desde allí contempla un soberbio panorama, a lo largo de la graciosa arcada de la Rue de Rívoli, el Louvre, la Place du Carrousel y una ondulación de jardines que van a perderse en los ***Champs-Elysées*** y el ***Arc de Triomphe.*** De las nobles líneas del Louvre su vista pasa al caudaloso Sena, a la fachada del Instituto de Francia, a las torres de Notre Dame, y a un laberinto, en fin, de siluetas esplendorosas que cortan en ángulos agudos un cielo de azul purísimo".

Se radican definitivamente en París aquel año (1875). Carmona, por recomendación del diputado Revillon, compra a un corredor de bolsa de nombre Gustavo Leroux, un palacio en la Avenida Hoche, que había pertenecido a la duquesa de Brissac.

La mansión es magnífica: tiene un salón de tintes rojo y oro, tapetes de los Gobelinos, cuadros de afamados maestros y lunas venecianas; el cuarto de dormir con sus colgaduras de brocados amarillos, el tocador en terciopelo de china azul. Una escalera de roble pulido comunica con el jardín. Carmona, admirado, dice:

--Ya en sueños me lo había figurado así.

Carmona adquiere brillantes en una joyería de la ***rue de la Paix***. Provee sus bodegas de los más delicados vinos. Se hace servir por un ejército de criados. Diariamente recibe clases de un maestro de esgrima y otro de francés. Compra carruajes de lujo con tiros de caballos árabes y

trotadores ingleses.

Y además Jorge Carmona comenzó a buscar entre los ***bouquinistes,*** vendedores de libros viejos, títulos nobiliarios o coleccionistas de monedas, misales y libros sagrados a orillas del Sena, un pergamino que le diera timbres heráldicos. Recorre los muelles desde la ***Place de Saint Michel*** hasta el ***Voltaire.*** Hasta que, por fin, en la ***rue Turbigo,*** en el número 37, después de subir estrechas escaleras, leyó el letrero siguiente:

"Monsieur Aristides Desmoulins, compra y vende títulos nobiliarios. Precios convencionales. Entrad".

El anticuario es un vejete con antiparras verdes. De un antiguo arcón saca voluminosos y amarillentos legajos. Carmona se decide por un título de marqués antiguo y legítimo. Pertenecía a un marquesado italiano de la nobleza pontificia. Y se puso a leer:

"Luigi Bassodano y Arducci, marqués de San Basilio, descendiente por línea materna de César Perugino Borgia y por la paterna de Catalina de Médicis. Luigi, el último marqués de ese título, murió hace dos años sin dejar descendientes, y su esposa vende el título apremiada por la miseria".

Después de una acalorada discusión, Carmona obtiene el codiciado título en cincuenta mil francos y a los tres días le es entregado solemnemente con más sellos y estampillas que un protocolo. Al salir del palacio y despedirse de Carmona, monsieur Desmoulins aprieta el dinero en la bolsa de la raída levita y haciendo una pirueta de polichinela, grita:

—¡Buenos días, señor marqués!

Además Carmona pagó cinco mil liras al gobierno italiano para que su título de nobleza fuera registrado en la Cancillería del Quirinal y algunos centenares de francos a la municipalidad de París por el privilegio de usar su escudo de armas en los carruajes y las libreas de

la servidumbre. Su escudo heráldico consistía en una paloma con extendidas alas sobre la férrea manopla de un caballero templario, pues hay que tener presente que uno de sus antepasados fue un joven marqués de San Basilio, quemado en la hoguera con el famoso templario Santiago de Molay.

El marqués empieza a relacionarse socialmente. Se exhibe todas las tardes en la Avenida de las Acacias. Es constante concurrente a la ópera. Ocupa lugares de distinción en los palcos de la Comedia Francesa. Termina sus jornadas de hombre mundano en el ***Moulin Rouge*** o en ***Closserie de Lilas.***

En su primer año de estancia en París su esposa doña Dolores Arriaga de Carmona le dio un primogénito. En la suntuosa parroquia de una iglesia parisiense se le llevó a la pila bautismal con el nombre de Jorge Valentín.

La bella doña Dolores también es iniciada en los menesteres de la alta sociedad. Organiza fiestas rumbosas que se encarga de presidir una dama de sangre azul, doncellona o viuda del ***Faubourg St. Germain.*** Un peinador de fama se hace arco en lacayuna genuflexión ante la marquesa, ponderándole sus altos peinados. El modisto, el maestro de música y el de francés, se dividían su tiempo. Sus paseos predilectos eran al teatro, al ***Bois de Boulogne,*** a los salones de arte donde había exposiciones de pintura o al concurso hípico.

Al siguiente año (1876) la marquesa de San Basilio tuvo la gran pena de perder a su hijo Emilio Béistegui Arriaga, que murió en París.

"La colonia mexicana residente en París —anotan las ***Memorias***— vive en una atmósfera de chismes, enredos, pequeñas envidias y grandes pretensiones. En la apariencia guardan la más perfecta armonía, mas entre bastidores las familias se critican unas a las otras, y una ligera indiscreción de alguna persona se comenta, corregida y aumentada, entre todos los miembros de la colonia".

Allí en Europa, nos dice un escritor contemporáneo y amigo del marqués, es víctima Carmona de una persecución inmotivada por las malas pasiones de los envidiosos. Su conducta observada en estas circunstancias es de lo más honrosa, y se encuentra descrita en las efemérides de Mr. Andrieux. En el tomo primero de la octava edición que tenemos a la vista, se lee lo siguiente:

"Si en la mayor parte de los casos —narra el escritor francés— la discreción me obliga a callar los nombres de las personas que han sido objeto de ***chantage,*** tengo, por el contrario, que explicarme sin ninguna reticencia, respecto de las calumnias de que ha sido víctima un rico mexicano tan conocido de la sociedad parisiense como de la colonia extranjera. La iniciativa tomada por él, de dirigirse a los tribunales y pedir justicia, me hace salir de mi habitual reserva.

"M. Georges de Carmona —recuerda el escritor y Prefecto de Policía— vive en París desde 1875 y hace un honorable uso de su inmensa fortuna, protege las artes, frecuentemente ofrece fiestas brillantísimas en su elegante hotel de la Avenida Hoche. Es bien recibido de la aristocracia parisiense, cuando una avalancha de cartas anónimas lanza contra él las más graves acusaciones que amenazan hundir su reputación".

Inserta después, el hábil y culto detective galo, una larga nota del jefe de la Legación Mexicana, don Emilio Velasco, en que une a otros testimonios el suyo, con el fin de lograr la refutación de los inmotivados cargos hechos a Carmona.

"Como es sabido —continúa Mr. Andrieux—, en la audiencia (del 13 de julio de 1882) se pronuncia veredicto condenatorio contra ***Le Henri IV*** que lleva el estandarte de las difamaciones, son sentenciados M. Albert Henault, gerente, a dos mil francos de multa; Albert Hans, instigador, a quince días de prisión y dos mil francos de multa, y Neise de Croizian a ocho días de prisión y dos mil francos de multa. Esta sentencia, que ocasiona la muerte del periódico con aplauso de la sociedad parisiense, es

publicada por todos los periódicos de París, dando honra a la justicia francesa, que prueba saber impartir amplia protección a las colonias extranjeras".

Durante los siete años que residen en París, viaja acompañado de su hermosa mujer por Italia: admiran la belleza del Lago Mayor sobre la orilla de Isolla Bella, gozan del carnaval en Venecia con el trajín de sus góndolas y sus románticas ventanas con balcones bizantinos, o ambulan por el arco del Rialto y las arcadas de la plaza de San Marcos; contemplan el espectáculo majestuoso del Vesubio desde Nápoles; Alemania los seduce con Berlín y su avenida de los Tilos; Suiza les ofrece imágenes alucinantes con sus Alpes y paisajes nevados; los seduce el Mar Mediterráneo y se divierten en Baden Baden, Monte Carlo y, sobre todo, en las temporadas veraniegas de Trouville.

En Roma visitan al Papa Pío IX. La nobleza pontificia los recibe acogedora y con grandes muestras de distinción. El nombre del marqués de San Basilio es pronunciado con respeto en todos los círculos sociales.

En uno de sus regresos a París, el marqués de San Basilio encontró, entre su correspondencia, noticias desagradables de su país. Esa noche, frente a la chimenea donde se consumían los leños en el rojo fuego, leía una carta, conmovido, y con los ojos nublados repasaba el párrafo siguiente:

"Los días han sido tristes. Después de una larga enfermedad agravó en sus males y murió Marta. En los últimos instantes te recordaba con cariño. Quiso escribirte de su puño y letra, pero no le fue posible porque estaba débil. Insistió mucho en que protejas a su hija Rosa María..."

En esos momentos llegó doña Dolores y el marqués arrojó el papel a la lumbre. La marquesa está bellísima: con un alto peinado, un escote pronunciado enseña sus hombros redondos y blancos y los labios sonrientes apenas están marcados por un color de rosa pálido. Ella

se acerca al marqués y le dice:

—Estoy dispuesta para la recepción en la embajada mexicana:

Jorge posa leve sus labios sobre el hombro izquierdo de ella y después, como para borrar sus pensamientos, la besa en plena boca quemante y fogoso.

—Sí, vámonos, Lolita.

En la recepción oficial y brillante, Jorge era un autómata. Ceremonioso repartía saludos y besaba las manos de las damas. Todo su pensamiento estaba con Marta, la bella mujer con la que compartió su vida. Ella lo amó cuando era un pobre y vagabundo mercero, en sus correrías de militar y en sus días de grandeza.

Hoy Jorge Carmona, convertido en marqués de San Basilio, vive en su palacio de la avenida Hoche en París, en forma fastuosa. La vida y hechos del famoso marqués llenarían un grueso volumen, pero sólo referiremos aquellos sucesos más importantes.

Dejamos a la ágil pluma de su apologista incógnito el describirnos uno de los episodios que cambia la vida del novelesco personaje mexicano:

"—Señor marqués, la señora marquesa dice que el coche espera.

"Carmona consulta su reloj: son las ocho y cuarto de la noche.

"Casi en seguida entra su esposa vestida para el teatro con una primorosa ***toilette*** de seda plomo, con delicadas violetas en el broche y adornado el escote con finísimos encajes de Alencon. Su frágil cuello ostenta triple collar de deslumbradoras perlas; guantes lilas, regalo de monsieur Revillon, completan ese atavío de princesa. Galante el marqués coloca en sus hombros el abrigo de acolchado satín, con pieles de marta zibelina, confeccionado por el gran Félix, modisto de fama. Luego entran al carruaje.

Abátese sobre París, esa noche, una furiosa nevada y al pasar por los focos de luz los copos de nieve al descender, chispean en argentino resplandor. Húmedo y blanco manto cubre el asfalto de los bulevares y amortigua el tráfico de los vehículos.

"Se representa es noche la ***prémiere*** de la obra de Sardou, ***Pattes de mouches,*** y como es de esperarse, en el Coliseo se halla ***tout*** París, las notabilidades en política, finanzas, literatura y ciencias. El palco se encuentra orlado de fragantes rosas de invernadero y Tony Revillon, en los entreactos, va al ***loge*** entreteniéndolos con su gárrula conversación.

"—Aquel viejo de facciones israelitas—dice— es el presidente Grévy; aquel otro del bigote de carabinero italiano es Pailleron, y el que habla con él es Dumas.

"—¡Oh! Alejandro Dumas hijo—dice la marquesa enfocando los prismáticos—, el enamorado de la campesina María Alfonsina Duplessis, que se llama Margarita Gautier o ***La dama de las Camelias.***

"—Vea usted, marquesa, aquella dama en gasa azul es la princesa de Sagan, y la inmediata es la duquesa de Montmorency, hija del banquero Aguado.

"—¡Ah! (saludando), es la princesa de Broglie y el caballero que está cerca de ella el barón Rothschild, quien fue presentado a usted en Aix-les-Bains por el millonario Erlanger".

La velada fue deliciosa. A la mañana siguiente amanece enferma la marquesa atacada de una fulminante pulmonía. Atendida por el doctor Legrand, médico de la familia, escapó de morir por un verdadero milagro.

Doña Dolores era poco partidaria de las etiquetas sociales y de que la llamaran marquesa. Su carácter no había variado en nada; gustaba de usar expresiones verbales sencillas y era tan jovial, simpática y sincera como en sus años mozos, cuando vendía sabrosas horchatas en el

antiguo Portal de Mercaderes.

El verano siguiente lo fueron a pasar a Arcachon, ciudad francesa en el Golfo de Gascuña, perteneciente al Departamento de Gironda y famosa por sus exquisitas ostras.

Pasan alegres la temporada veraniega, parece que las brisas y yodo del mar han tonificado la salud de la enfermiza marquesa. Habitan una suntuosa residencia, desde cuyas terrazas y miradores se contempla la inmensidad azul del golfo.

Una noche, el ayudante de cámara del marqués penetró a la habitación de éste exclamando:

—¡Señor marqués! ¡Señor marqués!

Él se incorporó en su lecho, indagando:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—La señora marquesa está enferma—contestó el criado.

Se ponen en movimiento los sirvientes. Ordenó que encendieran las bujías de la lujosa residencia. Con urgencia se llamó telefónicamente a un médico. Carmona, rápido y nervioso, llegó a la alcoba de su esposa.

La recámara, con adornos y cortinajes de satín rosa, tenía un lecho sobre el cual estaba acostada la marquesa entre blandos almohadones.

—Lolita, mi vida, ¿qué tienes?—preguntó angustiado Jorge.

La marquesa no podía articular palabra. Tan sólo le dio una dulce mirada con sus ojos negros. Tenía ella una palidez que daba miedo y un brillo de porcelana en su blancura de lis. Carmona salió al encuentro del galeno que subía la escalera y le dijo:

—¡Se nos muere, doctor!

—Vamos a verla—gruñó el médico.

Era el profesional un viejo barrigón, chaparro, grueso, protegía sus ojos saltones y miopes con unos lentes en aros de carey. Minucioso se pone a auscultar a la enferma y hacer preguntas a los criados, después llamó a Carmona y le dijo:

—Resígnese usted, marqués, la señora está grave.

—Doctor, sálvela usted—replicó Jorge.

—Sólo con un milagro de Dios, pues tiene una pulmonía fulminante—agregó el doctor con pesimismo.

Carmona, desolado, regresó a la alcoba apenas a tiempo para que su esposa exhalara el último suspiro en sus brazos.

Todos los periódicos franceses y españoles hicieron la descripción de los funerales de aquella dama distinguida, a cuya ceremonia concurrieron la ex reina Isabel y lo más florido de la aristocracia francesa. La colonia mexicana estaba completa. El cortejo fúnebre depositó sus restos en una cripta del Cementerio del Pére-la-Chaise, donde permanecieron algunos años, hasta que el marqués de San Basilio los condujo a tierra mexicana.

Al quedar viudo, Jorge Carmona envió a su pequeño hijo Jorge Valentín a radicarse con una acomodada familia de Portugal. Después, cuando estuvo en edad escolar, el muchacho ingresó a los mejores colegios de España.

Carmona por ese tiempo cultiva cordiales relaciones con Isabel II, reina de España, desterrada en París, a quien llamaron ***la de los tristes destinos***.[10]

[10] Sobre las relaciones de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, con Isabel II, reina de España, tenemos como fuente de investigación los apuntes de don Agustín Rivera (Ob. cit.), quien informado por el Gral. Estanislao Cañedo, en 22 de enero de 1882, asienta lo siguiente:

"Un infausto día —sintetiza un cronista de Antequera— el señor marqués se encuentra viudo y único heredero de los muchos millones de la llorada consorte y, como hombre que comercia con reyes y príncipes, concibe un matrimonio real".

Asegura el mismo narrador —ignoramos su fuente— que se frustró ese proyecto por las inoportunas intromisiones del general Vicente Riva Palacio; pero que de haberse realizado, quién sabe si al correr del tiempo el señor marqués hubiera podido usar un título dinástico.

—Fue el único fracaso—se le oía decir— que registré en mi vida.

"Actualmente (Carmona) es un hombre de poco más de 40 años (de edad), de hermosa y simpática figura; vive en París en el Barrio de San Germán en un palacio y en concubinato con Isabel II. Alfonso XII, por influencias de Isabel lo nombró Conde y le ha concedido otros títulos de nobleza. Carmona regaló a León XIII 20,000 pesos y el Papa lo nombró Conde de San Gregorio. Carmona tiene una renta anual de 200,000 pesos, de los que la mayor parte se lo regala la Reina y lo demás se los proporciona con el agio y otras industrias. A sus tertulias asiste la Reina, el Nuncio Apostólico y lo más selecto de la aristocracia de París".

Parece ser que el periodista Filio tuvo informes de la existencia de estos datos, que confirman en parte sus aseveraciones; pero no explica en qué consistió la intromisión del general don Vicente Riva Palacio, que por otra parte, había sido enconado enemigo de Carmona en la época del Imperio.

Sus andanzas en París

Las andanzas del marqués de San Basilio en París nos hacen confesar el fracaso de nuestra intención para exhibirlo de cuerpo entero, natural, "de carne y hueso", de una sola pieza como una estatua, porque hemos llegado a una parte de su vida en que se pierde la ruta de la verdad escueta y el personaje mítico se opaca en las sombras de la leyenda.

Glosaremos, en este capítulo, las anécdotas de su vida picaresca, sin más objeto que presentar la fisonomía espiritual de un bohemio espontáneo. Haremos también con antelación la necesaria aclaración de que la semblanza del marqués de San Basilio no se presta a la sobriedad, salvo en el caso de limitarse a la simple narración de hechos. Comprendemos nuestro deber de analizar sus actos demasiado humanos, tarea bien difícil porque los sucesos de su vida, en la mayoría de las veces, son muy confusos, y no es posible responder de su veracidad ante la carencia de pruebas documentales y auténticas, ya que sólo se tiene el vago testimonio de los hombres de la época.

Contribuyen a formarle una personalidad de leyenda las reuniones sociales de su vida fastuosa. Los rumbosos saraos comenzaron a llamar la atención del París elegante, y su personalidad, su título y su fortuna eran objeto de extensos reportazgos en la prensa parisiense. Un cronista de ***Fígaro*** llegó a decir que Carmona era dueño de las minas del Potosí. Otro, de ***Gil Blas,*** hizo ascender su capital a ochenta millones. Pero todos coincidían en decir que el marqués de San Basilio era un Midas caído de Eldorado. No faltó quien dijera, por mera bufonada, que Carmona había ofrecido al municipio de París, comprar el Arco del Triunfo.

Esta publicidad le atrajo un cortejo de mujeres hermosas y sin recato, ya que en ellas el dinero puede más que el amor. Trotamundos iban a proponerle negocios fantásticos o expediciones cinegéticas al África o a la India. Los mendigos y estafadores lo importunaban con ingeniosos y diversos pretextos y le solicitaban desde una pieza de cinco francos hasta diez mil.

Cosechamos de su vida galante los episodios siguientes:

Carolina, una rubia espigada y de la cual había dicho un cronista de ***Fígaro*** que se parecía a una de las vírgenes de Perugino, le robó veinte mil francos, a pesar de haberla mantenido con lujo en un entresuelo del Bulevar de los Italianos.

En otra ocasión encontró en Monte Carlo a un joven mexicano que había jugado y perdido cuatro mil francos. Permanecía ahí desesperado sin saber qué resolución tomar, cuando Carmona, en gesto magnánimo, lo salvó. Le dio mil francos para que regresara a París, sin recordarle que había sido uno de los que más infamias había propalado en su contra.

Si penetramos dentro del alma de Carmona, se observa que en política odia como africano; pero en las cosas triviales de la vida sabe perdonar y no anidan en su pecho los rencores.

Cuentan también que se enamora en forma candente de una modistilla que después fue modelo en los talleres de moda de un señor Pingat. Era una francesa de cuerpo venusto y belleza singular. Hizo sufrir al marqués de San Basilio con su coquetería, y su capricho le costó al marqués, en flores y en una sola noche, cinco mil francos.

En amores, el marqués de San Basilio es, como todos los hombres, vulgar juguete de las pasiones humanas.

Una noche, acompañado de su amigo el diputado Revillon, fueron a cenar al Café Americain. Indiferentes contemplan por la portada las clásicas columnas de la Madeleine y la avenida Malesherbes, cuando del gabinete mexicano escuchan risas estrepitosas y frases en español y alcanzan a oír:

—Pues dicen que los guantes de teatro se los regaló el diputado Revillon porque era…

El marqués palidece y monta en cólera ante aquella difamación. Y termina la cena con un incidente enojoso con un alto empleado de la Embajada de México en Francia. Estuvo a punto de sostener su dignidad con un duelo en el ***Bois de Boulogne***[11]

[11] No existen noticias sobre si este incidente motivó algún desafío; pero un escritor como don Ángel Escudero, documentado por los periódicos ***Le Gaulois*** y ***Le Figaro,*** habla de un encuentro entre Carmona y el inglés William Potter, "motivado por un altercado en el que la mano del marqués tomó el camino del carrillo del inglés".

"El duelo —detalla— era inevitable y tuvo su desenlace en el bosque de ***Saint Germain.*** El arma elegida fue la pistola de cañón rayado. Los adversarios debían cambiarse dos balas a la distancia de 25 pasos a las voces de mando, y si no había resultado debían repetir los disparos a 20 pasos.

"El General Quesada dirigió el combate, y al dar la voz de "fuego", tiró el marqués siguiendo inmediatamente el tiro del señor Potter. Este cayó

Cierto día se le presenta un pintor y lo invita a su estudio, ubicado en una calleja que salía a la ribera del Sena. Carmona lo acompaña a la buhardilla de artistas pobretones, donde todo está en desorden: cuadros inconclusos, pinturas de cristalinas frutas, de legumbres coloridas, de paisajes conocidos y retratos de mujeres. En el caballete, la pintura de una muchacha, a medio terminar, tan seductora como Leda antes de comparar sus blancuras con las del cisne.

—Es mi mujer, la más bella de todas mis modelos, ¿le gusta al señor marqués?

—Debe de ser bellísima.

—Magda, Magda.

—Voy—contesta de una recámara interior una voz cantarina.

—Ven pronto, el señor marqués desea conocerte.

Y alocada, jadeante, entra la modelo. El marqués de San Basilio ceremonioso la saluda besándole la mano que le tiende con porte señorial. La muchacha es demasiado joven, casi una chiquilla. Tiene alborotados sus cabellos color de trigo, los ojos pequeños y densamente azules, la nariz recta y un hociquillo fruncido por un mohín displicente y en momentos por una risilla coqueta.

—Desnúdate—le ordena el pintor.

Y ella, con un recato fingido, recelosa, principia a despojarse de sus ropas. En completo desnudo camina

---

al suelo y los médicos reconocieron que el proyectil entró al nivel de la undécima costilla, alojándose en la masa de los músculos lumbares. El señor Carmona recibió una herida debajo del tobillo, desviándose la bala al chocar con el hueso, y se rehusó a que su médico lo reconociera hasta que fue examinado y retirado del campo el señor Potter. La herida no le trajo consecuencias". ***(El Duelo en México).***

con pasos rítmicos para no dar flaccidez a sus músculos y formas, y se sienta sobre el entarimado, inmóvil, en pose, frente al marido indiferente y al marqués ávido y codicioso. El pintor, paleta en mano, presenta ceremonioso una y mil disculpas por tener que salir en busca de unas pastas...

El resultado de la aventura es que Carmona se convierte en un nuevo Mecenas. Compra algunos cuadros y más tarde se da cuenta que le han vendido pinturas firmadas por los grandes maestros, que no eran más que groseras copias y aun mamarrachos detestables, sin valor alguno. Un lienzo de Bourgeraud, por el que paga cien mil francos, resulta ser una tosca imitación del maestro, cuadro que no valía más de cincuenta francos.

El marqués de San Basilio sufre en silencio esta estafa para no revelar la carencia de una sólida cultura y de un fino sentido artístico. Por lo demás, el hecho era frecuente entre los nuevos ricos que buscaban el refugio de París.

Suena también el nombre del marqués de San Basilio en un escandaloso adulterio con la bella Elena, esposa de un acaudalado francés, mujer linda y espiritual, de probable origen ruso. Carmona, se dice, tenía con la adorable Elena frecuentes citas clandestinas en una casa de campo en las afueras de París.

Esta célebre mujer tenía un pasado de románticas aventuras. Cuéntase que guardó su doncellez en una fundación piadosa, substraída a los peligros del mundo; pero a su salida del convento, recorrió como cantante los escenarios más famosos y no falta quien asegure que de su amor oculto con un rey de España le quedó el fruto de mellizos. Era una mujer muy bella, pero todavía más calculadora.

Por el tiempo a que hacemos referencia, había perdido a su esposo y buscó consuelo, como las heroínas de Maupassant, en el fogoso amor del marqués de San Basilio. Los amantes se veían en la iglesia de la Madeleine a la hora de la misa y los domingos en el cementerio del *Père-la-Chaise.*

El idilio quedó roto al presentarse a la viuda aventurera un mejor partido. Despide a Carmona en forma grosera y descortés, sin explicaciones ni escenas. Oprime un botón eléctrico y al momento en que se presenta un lacayo le ordena:

—Conduzca usted al señor fuera de la casa.[12]

Otro suceso galante tuvo lugar en el Café du Helder.

Llegaban él y su amigo inseparable el señor Revillon. Pidieron al mozo dos botellas de champaña y en los momentos en que las traía, tres detonaciones sucesivas hicieron temblar el gabinete donde se hallaban; al sonar de puertas y ruidos de pasos precipitados sucedieron gritos de ira, palabras suplicantes, batahola, risas estrepitosas y cuchicheos.

---

[12] No es este el único caso en que el marqués de San Basilio despierta el iracundo despecho de una mujer; el Maestro de Armas don Ángel Escudero cuenta una de sus desventuras en la forma siguiente:

"No tuvo nada de particular que Carmona entablara relaciones amorosas con una princesa de una casa reinante europea. El amor de la bella por el galán llegó a convertirse en ardiente pasión y como a mayor fuego de la bella más indiferencia del doncel, quiso la joven empezar con piques y humillaciones que son los elementos destructores de los últimos restos de un cariño en hombres del temple del marqués, y una tarde dejó la princesa caer su abanico, y al ver que Carmona no se daba por entendido, le ordenó que lo levantara; pero éste, haciendo una caravana hasta el suelo fue a llamar a un criado para que hiciera el servicio a él encomendado, y sin despedirse, al día siguiente abandonó París donde la bella se encontraba y se largó a Italia.

"Días después recibía un pequeño cuadro, verdadera obra de arte, obsequio de la princesa, que representaba un perro faldero llevando en el hocico un abanico. Este cuadro lo obsequió el marqués al licenciado don Carlos Rivas, y este señor lo regaló al licenciado don Natividad Macías, rector que fue de nuestra Universidad, y este ilustre varón lo pasó a manos de mi buen amigo el licenciado Manuel Macías, su hijo, que lo conserva como una reliquia". (Ob. citada).

El café Helder tenía un pabellón con dos líneas de saloncitos que al unirse formaban un ángulo agudo, y el vértice lo componía un largo gabinete particular destinado a los amantes clandestinos que deseaban cenar. Era un ***budoir*** más que sala privada y en todo el café, el mejor amueblado y el más caro. Lo ocupaban de ordinario príncipes rusos y damas de mundo a la moda. El ruido provenía de ese departamento y hacia él se dirigieron Carmona y el diputado francés en compañía del señor Segliere, dueño del café y que ellos conocían. Un grupo de meseros y parroquianos se agolpaba a la puerta, así como dos gendarmes.

Esta se abrió después de repetidos golpes, y al abrirse, el humo de la pólvora salió flotando en espirales del interior. Dentro un hombre alto, bien vestido y de aspecto de alcohólico, reía como un idiota agitando en la mano un pequeño revólver. Cerca de él y acurrucada en un lujoso confidente, pálida y temblorosa, estaba la cortesana, quien, al verlos, se arrojó en los brazos del señor Segliere sollozando:

—Libradme de ese loco.

La alfombra se hallaba cubierta con fragmentos de espejos, de ricas porcelanas y otros costosos ***bibelots.***

—Por Júpiter— exclama Revillon dirigiéndose a Carmona—, es el señor Rivas, paisano de usted, y a lo que parece, víctima de un ataque de ***delirium tremens.***

Carmona intervino para arreglar la correspondiente indemnización. Los periódicos, al día siguiente, publican en sus páginas las más inverosímiles consejas y la crónica más escandalosa para el gran mundo de París.

Y, por último, comentamos otra de sus andanzas mundanas:

Sucedió una noche, en una de esas villas que ha hecho célebres la literatura, donde se exhibía el lujo y esplendor de las cortesanas. Aquella generación se encontraba

sugestionada por el romanticismo y todas las cocotas pretendían reencarnar a la Gautier y enseñando desnudeces de lirio cristalino, practicaban simulados desmayos o afectadas toses tuberculosas.

Es una de esas suntuosas residencias donde las arañas de cristal y los candelabros de bronce mantienen mayor brillo a las llamas que con sus estiletes de fuego atraviesan las penumbras discretas por los cortinajes de brocado. Alfombras pérsicas adornan con suntuosidad aquella mansión del pecado. Por doquier Gobelinos audaces reproducen bacanales de Nerón o grupos de flautistas arrullando los sueños de Bilitis, la codiciada cortesana de Mitilene.

Esa noche es de orgía y juegos de azar. El juego acapara fortunas y las mujeres tienen precio de oro. Se han dado cita escritores famosos, artistas consagrados, pintores, banqueros, aventureros audaces y jugadores profesionales, excitados con doradas copas de champaña, valses románticos y provocativo descote de las damiselas.

Después de la media noche los jugadores tienen fiebre y los beodos lujuria. Y sobre una mesa de mármol surge en venta como en un mercado de Oriente, una joven mujer desnuda. Es una almoneda que excita a los hombres. Emma, aquella bisoña cortesana, semeja a Afrodita al surgir de las olas del mar, o a Friné con sus desatados cabellos, desabrochada túnica y sin sandalias, que ofrenda sus encantos libres a los vientos del mar.

La subasta alcanza precios prohibitivos como si se tratara de un raro objeto de arte. El marqués de San Basilio, indiferente contempla aquel espectáculo que no lo emociona ni interesa en particular. Cuando es invitado para ofrecer un precio mayor por aquella belleza normanda, dice:

—Las mujeres son como los caballos, necesitan ser "de pura sangre" para resultar ligeras. Yo sólo doy por ella una copa de champaña.

Y Emma, estimulada por el asombro que causa su hermosura, desprecia los capitales en que se cotiza su cuerpo, cosa increíble, y se arroja a los brazos del marqués diciéndole, con la fina ironía francesa:

—Deme en la boca esa copa de champaña, señor marqués.

Y el apócrifo noble, entre risas, es el siervo de una cortesana.

Estos y muchos otros episodios y aventuras galantes desfiguran la verdadera personalidad de nuestro héroe. Carmona, trotamundos, afortunado, serena sus ímpetus de hombre disoluto entre las damas pálidas y hemofílicas de las cortes europeas.[13]

Aburrido de la vida en la Ciudad Luz, hastiado de sus picarescas y galanas aventuras y del ocio de un vegetar inactivo, Jorge Carmona, más conocido por el marqués de San Basilio, resuelve regresar a su país.

---

[13] Otra almoneda en que participó el Marqués de San Basilio, fue la famosa puja, que relata don Ángel Escudero, desgraciadamente sin precisar la fecha, entre Carmona y el Príncipe de Gales, más tarde Eduardo VII de Inglaterra. El objeto a remate era una flor natural.

"—Diez francos esta rosa—dijo la dama encargada de la subasta.

"—Doce, quince, veinte—fueron diciendo varias personas y entre ellas el Príncipe de Gales, hasta llegar a cien francos. Tal vez por respeto al personaje de familia real, los competidores se fueron haciendo a un lado y sólo quedaron, frente a frente, el noble príncipe y el marqués de San Basilio.

"—200, 500, 1,000, 1,500—y a cada puja el marqués ponía en sus labios la mejor de sus sonrisas, lanzaba al príncipe la más amable de sus miradas y le hacía la más correcta y exquisita inclinación de cabeza.

"—Diez mil, se oyó decir finalmente a don Jorge, al mismo tiempo que el futuro rey de Inglaterra se retira de la puja. Mientras el marqués daba un cheque y recibía la flor, el príncipe se enteraba de su personalidad, y

Maravilla cómo existen mexicanos que se destierran voluntariamente y van a radicarse en París, en donde vegetan y después fenecen en la obscuridad y el olvido, cuando podían haber acabado sus días en México desenvolviendo, con los capitales que han sustraído del país, las industrias y riquezas naturales de la nación.

Este afrancesamiento de las familias mexicanas fue un producto de la falsa nobleza del Imperio. Los tribunales de Francia, en numerosas ocasiones, tuvieron que conocer de los conflictos jurídicos de los capitales emigrados.

Por otra parte, estos mexicanos llevaban una vida ociosa, dedicada a la ***caza de la zorra,*** al veraneo en la costa mediterránea o al juego en Montecarlo; su cultura era superficial, apenas un poco de francés y elementales conocimientos de la brillante historia de Napoleón.

Cuando se reintegraban a su país, si es que esto llegaba a suceder, sólo traían como influencia de Francia la arquitectura inadaptada para el valle mexicano donde levantaron palacios propios de las zonas de Inglaterra o Bélgica.

Jorge Carmona, después de su larga estadía en Europa, comprendió sus errores y los aceptó con sinceridad.

Un día caminaba por una de esas calles de París que tienen un ambiente cosmopolita por sus clásicos cafés y merenderos, cuando se encontró con su atento y elegante amigo el diputado Revillon, y al correr de la plática le dijo:

---

al dirigirse hacia él, al marqués, le dijo con la mayor sencillez:

"—Se equivoca su Alteza Real—contestó el marqués—, he pujado esta flor, porque al ver que deseaba usted obtenerla, quise tener el honor de ofrecérsela; una flor de tan alto precio sólo puede ser ofrecida a una dama por mano real.

"Y el príncipe, encantado, recibió la flor, que tuvo la humorada de remitir inmediatamente a su mujer a Londres". (Ob. cit.)

—Yo incurrí en un error creyendo que con millones, audacia y un título nobiliario costosamente adquirido, podría abrirme paso a través de los círculos más exclusivos de *Faubourg St. Germain.*

—¡Oh, señor marqués, no diga usted eso!—dice con admiración el diputado.

—Sí, en verdad, creí conseguir la cruz de la Legión de Honor, dominar la Bolsa con mi talento financiero y llegar el pináculo de la gloria—agrega sincero Carmona.

—Y, ¿no lo ha conseguido usted?

—Sinceramente, no, mi querido amigo.

—Qué, ¿no se habla de tú con reyes como Francisco José de Austria? Qué, ¿no recibe en su palacio a los músicos más célebres de Viena? Qué, ¿no lo invitan a sus recepciones los más adustos diplomáticos? ¿Verdad que sí?

—En efecto; pero todo es una comedia. Conocen mi origen plebeyo y sólo buscan mi fortuna.

Estas ideas sinceras modifican la vida del marqués de San Basilio. Con el fin de buscar nuevos horizontes procedió el marqués a vender sus propiedades: el palacio de la avenida Hoche, sus lujosos carruajes, la finca veraniega de Trouville, el mobiliario, y sólo dejó para embarcarlos, sus caballos de sangre inglesa.

Encargó a una agencia funeraria la exhumación de los restos de sus seres más queridos: su esposa doña Dolores Arriaga de Carmona y el hijo de ésta, Emilio Béistegui Arriaga, y dentro de un cofre de plata labrada deposita las cenizas para guardarlas en tierra mexicana.

Desilusionado, llega al vapor ***Eagle,*** que zarpa del puerto de Saint Nazaire. Con no poca melancolía dice adiós a la hospitalaria y bella tierra francesa, cuando el barco deja la desembocadura del Loire para bogar en alta mar.

De regreso a México

El marqués de San Basilio abandona París en el año 83. Se radica nuevamente en la ciudad de México en el mes de agosto de ese año. La prensa de la época inserta un telegrama procedente de San Luis Potosí, con noticias sobre el marqués de San Basilio. Llega a esa ciudad escoltado por el Noveno Regimiento, de paso para la capital de la República. Al anunciar el arribo del novelesco personaje, que por capricho trajo famosos caballos de carrera, describe las atenciones de que ha sido objeto.

Sobre la noticia anterior comenta un periódico de la capital: "No sabe uno qué aplaudir, si la llegada del señor Carmona o la de los caballos".

Y otra publicación nacionalista pregunta a la *Gaceta Oficial:* "¿Qué razón ha habido para que un cuerpo federal como el Noveno, escolte a un particular?".

El marqués de San Basilio encuentra la ciudad y sus hombres transformados. A la sombra de la revolución de Tuxtepec han surgido nuevas figuras políticas: los

generales Porfirio Díaz, Manuel González, Bernardo Reyes y un sinnúmero de caudillejos provincianos eran alentados por un séquito de civiles: Manuel Romero Rubio, Justo Benítez, José I. Limantour, Rosendo Pineda y tantos más.

Relata Jorge que al llegar a la estación de Buenavista tuvo necesidad su secretario de alquilar tres coches para conducir su equipaje, que contenía regalos para los hombres más influyentes en el gobierno.

Carmona trató de relacionarse con sus viejos conocidos en las guerras del Imperio y Reforma, que por la revolución, ahora eran casi todos hombres prominentes.

Al siguiente día de su llegada, encaminó sus pasos al café de La Concordia; pero dejemos al historiógrafo anónimo de su vida nos presente la realista escena:

"Fui a almorzar al café de La Concordia, y al cruzar de la calle del Espíritu Santo a Plateros, un lujoso carruaje, tirado por dos yeguas inglesas, estuvo a punto de atropellarme.

"—¿De quién es ese coche?—pregunté.

"—Del general Pradillo.

"—¿Será posible —pensé— que ese señor sea el mismo que en la época de Juárez conocí? Absurdo, no puede ser, no debe ser, no quiero que sea.

"Y mohíno me puse a cucharear la sopa de tortuga, resuelto a no sorprenderme ni admirarme de nada; mas este excelente propósito desapareció al ver una regia y reluciente carretela y reclinado en ella, con la indolencia de una nabab, a un sujeto que en 1868 y en el Hotel San Carlos, me había pedido una peseta prestada.

"—Ese—repuso el mesero anticipándose a mi pregunta— es el doctor Fernández.

"—Ah, según veo debe de tener numerosos enfermos.

"—No; pero tiene a todos los contribuyentes del Distrito Federal.

"Y esa original procesión de encochados, continuó hasta la una de la tarde; ya estaba para levantarme, cuando otro carruaje se detuvo a la puerta de La Concordia, bajando de él, con lentes y diplomático talante, un abarrotero que en 1869 despachaba ***tlacos*** de manteca en un tenducho del callejón de ***Salsipuedes.***

"—Por los azotes de Barrabás, ¿me habré vuelto loco con la monomanía de riquezas?—repetía el marqués en soliloquio.

"—Mesero, ven acá.

"—Señor...

"—¿Qué ciudad es esta en donde me hallo?

"—La ciudad de México, señor, ¿quiere usted que le traiga una taza de café negro? No hay cosa mejor para bajar los humos del vino—el infeliz me creía bebido.

"—Mesero—volví a decir—,¿cómo se llama ese distinguido caballero de patillas que acaba de entrar?

"—Don G..., especulador en bonos de la Deuda, dueño de un periódico y amigo íntimo del Ministro de...

"—¡Ayer tendero y hoy millonario!—pensé en mi interior.

"Al salir, por temor de ser atropellado por algún rico de los nuevos, me metí a un coche dirigiéndome al hotel. Cuando llegué mandé llamar al hotelero y tuve con él una larga entrevista, de la que resultó que tenía que hacer nuevo inventario de los regalos que había traído, pues era tan larga la lista de personajes, que hubiera necesitado para contentar a todos, fletar un buque.

"—Para ganar plata—dije al hotelero—no hay como México.

"—Y para gastarla, señor Carmona, no hay como París".

Carmona principió a relacionarse con los nuevos ricos y valiosos influyentes dentro del gobierno. A los legítimos nobles los había dejado la revolución de Tuxtepec en la miseria. Hubo familia, en que las ***niñas*** cosían ajeno, día y noche, para mantener las mulas del coche, que tenían a la puerta con el fin de no menguar su prestigio de acomodadas o, como en las comedias, mandaban sonar la campanilla para que los vecinos no se enteraran que habían perdido la costumbre del té o la merienda.

Carmona fue bien recibido por el Gral. Manuel González, a la sazón presidente de la República, a quien llamaban el glorioso mutilado de Tecoac. Se dice que por favoritismo fue electo diputado al Congreso de la Unión por un distrito del estado de Puebla, el famoso marqués de San Basilio.

Al entregar el Gral. González el poder, el primero de diciembre (1884), a su sucesor el Gral. Porfirio Díaz, éste continuó distinguiendo a Jorge Carmona como uno de los favoritos dentro de la administración tuxtepecana.

El viejo caudillo no había olvidado una buena acción del ex imperialista Jorge Carmona, cuando dio algunas monedas de oro a Loaeza y Corella, generales republicanos prisioneros en Puebla, para que regresaran a sus lejanas tierras.

La estrecha amistad del marqués de San Basilio con el general Díaz, lo transformó en un ardiente defensor de las ideas del régimen y fue de los que acuñaron la frase:

—Todo está bien a la bienhechora sombra del árbol de la paz.

Carmona supo relacionarse bien pronto, aunque tropezó con algunas dificultades de carácter social. El mismo nos dice:

"Lo único que mis amigos no querían olvidar, era lo del marquesado; pero en lugar de sentirse ofendidos por mi

aristocrática superioridad, diéronse a reír de mi título; a los más burlones tenía que asilenciarlos con un banquete. Me manejé con tal atingencia, que a los seis meses de haber llegado a la capital, tenía de amigos desde el granuja que vocea los periódicos, hasta el ministro que los lee y subvenciona".

Relataremos, para resaltar la importancia de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, un ágape que ofreció al general Díaz.

Don Porfirio, mal llamado ***el lépero de Tuxtepec***, resalta su fisonomía de viejo caudillo, marcial, austero, con el pecho constelado de condecoraciones, erguido con rectitud y aplomo, la nariz de dilatada abertura, los ojos vivaces y su línea bucal recuerda —completa un biógrafo— la boca horizontal y ancha de las esculturas mixtecas. Ciertos contornos se combinan en don Porfirio para encuadrar el óvalo facial de duras líneas de soldado.

Jinete en un caballo retinto, con más bríos que el blanco de San Jorge, contempla el anciano tuxtepecano la serranía del Ajusco que pone su raya azulosa sobre el plano verde del valle. Aún se revive ese día, por las crónicas de los periódicos, cuando el héroe del 2 de abril asistió con numeroso séquito a uno de los célebres festines que en su honor ofreció el diputado por Puebla, don Jorge Carmona, marqués de San Basilio.

"En la hacienda La Soledad, cercana a Tlalpan, el excéntrico marqués mandó inundar las tierras y poblarlas de aves acuáticas, y después organizó una rumbosa cacería. Con sus selectos invitados, presididos por el Gral. Porfirio Díaz, se dedicaron a cazar ánades entre artificiales pantanos y junglas, sintiéndose un gran señor de la Edad Media. En esta cacería obsequió con un banquete —reseñan los periódicos de la época— digno de Creso y que hubieran envidiado los Césares de Roma por lo abundante, rico, la rareza de sus manjares, vinos y mujeres hermosas".

Carmona se afilió al porfirismo con lealtad y pasión.

La claudicación del general Díaz permitiendo la reforma constitucional que lo autorizaba para una reelección indefinida como Presidente de la República, dio motivo para que se comprobara que todas las promesas del Plan de Tuxtepec se habían venido por tierra.

A raíz de la nueva reelección del general Díaz (1891), inició trabajos políticos muy activos la Junta Central Porfirista. Entre otras actividades se procedió a nombrar las comisiones que organizaran una fiesta, con motivo del onomástico del Presidente. Figuraron entre los escogidos algunos de los prominentes hombres políticos y de la alta finanza, como Rosendo Pineda, Guillermo de Landa y Escandón, Carlos Pacheco, Delfín Sánchez, etc.

Al comentar este asunto, el mismo don Ricardo García Granados expone su fobia contra el marqués de San Basilio diciendo: "No faltó tampoco algún individuo de pésimos antecedentes como el aventurero criminal Jorge Carmona".

La reelección del Gral. Díaz y la burla a las instituciones produjo algunos disturbios en el país. En la frontera del norte incursionan los cabecillas Catarino Garza y Ruiz Sandoval. Después vino el episodio vergonzante para el gobierno de la jornada de Temóchic. Estalló otro movimiento revolucionario en Coahuila, sofocado por la juiciosa intervención del Gral. Bernardo Reyes. En el estado de Guerrero se levantó el Gral. Canuto Neri, secundado por el cura de Zumpahuacan, Felipe Castañeda y el coronel Joaquín Verástegui.

Todas las sublevaciones fracasan ahogadas en el terror. El coronel Verástegui fue aprehendido y confinado en la fortaleza de San Juan de Ulúa. Tiempo después, al recobrar su libertad, intimó con el diputado Carmona, y el citado García Granados aprovecha la ocasión para atacar al marqués de San Basilio, y hablando sobre el fin trágico y misteriosa muerte del coronel Joaquín Verástegui, maliciosa y ambiguamente asienta: "Murió al día siguiente de una cena a que fue convidado por Jorge Carmona, marqués de San Basilio, en el año de 1894".[14]

Carmona se convierte en un furibundo porfirista, con propósito, al parecer, de reponer sus pérdidas de cualquier modo que fuera. En sus primeros años de residencia en México se vio envuelto en algunos líos judiciales, según los repetidos informes de la prensa. Bien pronto adquiere preponderancia y prestigio dentro del porfirismo.

Coincide con la llegada de Jorge Carmona, la reaprehensión en Cuautitlán de Agustín Rosales. La causa iniciada (1874) había quedado suspendida por la fuga de los acusados. Su cómplice y compañero de presidio, Ramón Hernández, murió en la batalla de Tecoac (1876) como soldado del gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada.

Después de un breve proceso instruido contra Agustín Rosales por el homicidio cometido por éste en la persona del Lic. Manuel Bolado (febrero de 1874) se le sentencia a muerte. Su defensor, el Lic. Agustín Arroyo de Anda, recurre al Presidente de la República, Gral. Manuel González, en solicitud de indulto que le es negado porque el glorioso mutilado de Tecoac no encuentra mérito alguno para conceder la gracia solicitada.

Los ociosos del boulevard de Plateros comentan el asunto y creen que, a pesar de la justicia, Rosales no será ejecutado al considerar que cuenta con influencias de mucho peso para salvarlo.

---

[14] Por la fecha que cita el escritor García Granados, creemos que se refiere al teniente coronel José Verástegui; pero hay que aclarar que éste no murió envenenado por Carmona, como lo malicia el citado historiador, sino en duelo con el pendenciero coronel Francisco Romero, en el campo a espaldas del Panteón Español, a las cuatro de la tarde del día 9 de agosto de 1894, y que el origen del mencionado duelo fue debido a que el coronel Romero se sintió ofendido cuando supo, por una mujer, que haciendo referencia a su viaje al estado de Oaxaca con el fin de conocer la elección política de aquella entidad, el señor Verástegui expresó la frase:

"—Sí, ya llegaron los lacayos de don Porfirio".

Clarea la mañana del lunes 18 de febrero (1884). El reo es puesto en capilla desde el día 16, informa la crónica de un periódico judicial. En sus horas postreras lo acompaña para impartirle los auxilios de la religión católica el presbítero licenciado Castillo.

Rosales, observa el periodista, en las primeras horas de su preparación para sufrir la última pena, tiene ciertos momentos de abatimiento; a pesar de sus esfuerzos, un estremecimiento convulsivo agita sus miembros y su palabra es balbuciente y temblorosa.

La víspera, aclara un testigo, había recobrado su presencia de ánimo y escucha atento y sereno las exhortaciones de su confesor. A las siete de la noche solicitó una audiencia del Juez Segundo de lo Criminal, Lic. Miguel Sagaceta, quien en compañía de su secretario, Lic. Martín Mayora, se trasladó a la capilla. Después de algunos momentos de espera, la puerta se abrió y los circunstantes pudieron observar al reo que, con un cirio en la mano, escuchaba sin demostrar la menor agitación las oraciones del sacerdote. Cuando éste se retiró, el señor Sagaceta se acercó a Rosales para preguntarle si lo necesita como juez o para un encargo privado, ya que en el primer caso, solamente podría oírle en presencia del secretario y de los empleados de la prisión. El reo respondió que necesitaba al señor Sagaceta únicamente para tratar asuntos de familia, a la que sentía dejar abandonada.

Presenciaban esta conmovedora escena, relata el minucioso noticiero, además de las personas designadas, el teniente de la guardia, Marcos Zamarilla, un empleado de la prisión, Carlos Carpio y un joven apellidado Gamboa. El señor Sagaceta prodigó al reo todos los consuelos que estaban a su alcance y le ofreció que recomendaría a su familia a las autoridades. Media hora después, el reo abrazó con efusión al señor Sagaceta y a su secretario y se despidió del primero con estas palabras:

—Sea usted feliz, señor juez.

El día de la ejecución, a las cinco y tres cuartos de la

mañana, al pie de la escalera principal de la prisión (de Belén) esperan la hora fatal el secretario del Gobierno de Distrito, Lic. Joaquín Díaz, otros funcionarios y algunas personas más. El señor Juez de lo criminal y su secretario, bien que dispensados por la ley de asistir a la ejecución, se presentan con el objeto de oír al reo hasta el último momento para el caso de que quisiera rendir alguna declaración.

El alcaide dio la orden para la formación del cuadro a los soldados que componen la guardia de la prisión, y dispuesto el reo, siempre acompañado del sacerdote, sale de la capilla, baja solo la escalera, de dos en dos los escalones, con paso firme y seguro, y custodiado por una escolta de catorce soldados. Al llegar al último escalón, Rosales llamó al oficial y le manifestó su deseo de hablar al capitán de la guardia; el cura Castillo llamó a este oficial y lo presentó al reo, quien le dijo:

—Capitán, le suplico que no me tiren a la cabeza.

—Así se hará—promete el militar.

Rosales no esperó orden para continuar su marcha. Siguió con paso firme su camino hasta llegar al jardín, entra en el cuadro, se dejó vendar los ojos y él mismo arregló la venda. Puso en seguida su ***plaid*** en el suelo, se arrodilló y extendió los brazos en cruz para recibir la muerte.

En ese momento el teniente Zamarilla da la señal al pelotón, con tres movimientos de su espada. Al primero, los soldados preparan sus armas, al segundo apuntan y al tercero hacen fuego.

Cuando se disipó el humo de la descarga, se pudo ver que Rosales había caído de bruces hacia un lado.

El teniente Zamarilla ordenó a su sargento que diese el tiro de gracia al reo. Obedeció el sargento, disparando a quemarropa sobre el pecho de Rosales. El Lic. Mayora y los doctores Esparza y Rosas se acercaron, y como notaran que el reo vivía aún, se ordenó un segundo tiro de gracia.

Tampoco causó la muerte y fue necesario el tercer tiro. La ejecución estaba consumada. La fuerza desfiló frente al cadáver. La ley estaba cumplida.

Sobre este mismo suceso, el vigoroso panfletista don Salvador Quevedo y Zubieta, relata:

"Por los mismos días dio el cielo en tener alboradas color de sangre y a la rojiza luz de uno de esos amaneceres, en la mañana del 18 de febrero, tuvo lugar en el interior de la prisión de Belén una ejecución que había sido precedida de misterioso proceso.

"La ejecución se había preparado contra un pobre hombre llamado Rosales, acusado de asesinato cometido en un letrado (Bolado). La opinión pública en general, no sólo la del necio vulgo, señalaba a Rosales como mero instrumento de otro hombre rico, verdadero autor del asesinato. Se había visto a éste entrar y salir de Palacio y estrechar cordialmente la mano del doctor criminalista del Gobierno del Distrito, Ramón Fernández, desplegando ante él y otros hombres el aparato corruptor de su riqueza.

"El hecho fue que la capital se estremeció con la detonación de la fusilería y la aurora sangrienta del 18 de febrero alumbró el cadáver de Rosales.

"Pero el otro, el hombre rico, no cayó: siguió viviendo y triunfando, y México todo sintió, como si sobre el azote de las plagas naturales y sociales que lo atormentaban, viese venir el azote de otra gran plaga espiritual".

Como un complemento a lo anterior, el hemerógrafo don Ricardo García Granados, agrega:

"El hombre rico a quien se refiere el autor (Quevedo y Zubieta), era un tal Jorge Carmona, un tipo aventurero y de criminal audacia, cuya vida novelesca no puede menos de causar asombro. Originario de Sinaloa, de humilde familia, fue su primer oficio el de vendedor de baratijas, pero como esto no diera satisfacción a sus ***aspiraciones***, se dedicó al oficio de tahur, en el cual sobresalió por su

destreza en el manejo de la baraja, y esta aptitud le proporcionó los medios para trasladarse a la capital de la República.

"En este centro de los grandes negocios y de los grandes vicios, supo relacionarse, ayudado por su estupenda audacia, con algunas familias prominentes y conforme a todas las apariencias, no fue ajeno a la muerte de un millonario, Béistegui, con cuya viuda contrajo matrimonio algún tiempo después.

"Asimismo, se le acusaba de haber instigado al antes mencionado Rosales para que cometiera el asesinato del Lic. Bolado, el cual estorbaba a Carmona como albacea que era de la testamentaría de Béistegui.

"Entre la muerte de Bolado y la ejecución de Rosales, que se acaba de referir, habían pasado algunos años, durante los cuales Carmona, a pesar de su ignorancia, puesto que apenas sabía escribir (con todo el respeto que nos merece el señor García Granados, anotamos que su aseveración es falsa, ya que los manuscritos y autógrafos demuestran lo contrario) emprendió viaje al viejo mundo para radicarse en París, en donde murió su esposa, de una manera misteriosa. La riqueza e increíble audacia de este aventurero, acompañadas de cierta originalidad en su modo de ser, le abrieron las puertas de la alta sociedad y allí explotó en grande sus aptitudes en el manejo de la baraja, obteniendo no sólo pingües utilidades, sino también, por medio de ellas, el título de marqués de San Basilio. Pero la prosperidad mal adquirida es raras veces duradera y también al marqués de San Basilio le llegó su turno de sufrir grandes pérdidas que le hicieron considerar oportuno abandonar el nuevo campo de sus hazañas.

"De regreso en México, en donde se proponía reponer sus pérdidas de cualquier modo que fuera, se acordó del peligro que para él implicaba la existencia de su antiguo cómplice Rosales, quien había escapado a la acción de la justicia, y como no tardó en adquirir la amistad y confianza de Ramón Fernández (Gobernador

del Distrito), ambos combinaron la aprehensión, rápida condenación y ejecución del estorboso criminal, de que se ha dado cuenta. Ramón Fernández y más tarde Romero Rubio, utilizaron las habilidades de Carmona; pero ya la fortuna no había de ser tan propicia a éste como en época anterior".

Hasta aquí la lectura de los conceptos glosados en la historia de García Granados, enemigo póstumo del marqués de San Basilio, cuya buena estrella empezaba a declinar sobre el horizonte de su vida.

La muerte del marqués de San Basilio

Cultiva cordiales relaciones, el marqués de San Basilio, con los intelectuales y políticos del gobierno tuxtepecano. Además, recibe en su lujosa residencia de la avenida Juárez a los más famosos literatos: al anciano y popular poeta Guillermo Prieto, al novelista Juan A. Mateos, al educador Justo Sierra y a los periodistas opositores al régimen: Joaquín Claussell, Querido Moheno y José Ferrel, o a los porfiristas: Ramón Prida, Jesús E. Valenzuela y Francisco Bulnes. Los dos grupos, *científicos y jacobinos*, contaban con su amistad.

Una mañana del mes de febrero (1897) envió el diputado Carmona, con un mozo de Mensajerías, a su cordial amigo don Guillermo Prieto ***(Fidel)***, un obsequio que consistía en una caja de exquisitos e importados puros.

Don Guillermo vivía por esa época en una casa situada por Tacubaya, en una calleja de las que suben al Parque Lira. El mandadero tardó en regresar, y al preguntarle el motivo de su tardanza, el marqués recibió una contestación altanera del sirviente. Montó en cólera el legislador y reclamó:

—¡No sea usted lépero!—acompañando a la frase un puñetazo.

El mensajero se defendió con un lápiz tinta que tenía en la mano y se lo clavó en el puño a Carmona. Fue inmediatamente detenido el pobre criado y conducido a Belén.

Pocos días después, una noche, en la prisión de sombríos corredores, alumbrados por las macilentas luces de las linternas de los carceleros, se descubrió que estaba muerto el agresor del marqués; su repentina y misteriosa muerte dio lugar a los más escandalosos rumores y críticas.

El marqués de San Basilio, al principio, no dio importancia a la lesión que con un lápiz tinta había recibido en su mano derecha. Por algún tiempo enfermó de la herida y lo asistió como médico de cabecera el doctor Chacón, asociado, después que agravó en sus males, por los doctores Carmona y Valle e Icaza, en su céntrica y lujosa mansión de la avenida Juárez.

Durante su enfermedad Carmona no sufrió delirios ni fiebres intensas. Sereno, como quien se prepara para un viaje, arregla todas sus cosas. Nostálgico siente una aguda añoranza por el solar nativo. Las gentes buenas como el pan, sencillas, hospitalarias, desfilan por su imaginación. ¿Qué sería de doña Josefita Dávila? ¿Cómo moriría la iracunda de doña Ignacia Buelna? ¿Qué comentarios haría de su nobleza pontificia doña Leonardita Izábal? ¿Y aquellas mozas con las que gustó las primicias del amor?

La villa de San Miguel de Culiacán aparece en su imaginación con trazos reales. Los ríos como sierpes azules con escamas de plata. Los portales de cal y canto, amplios y macizos, construidos por el gobernador don Rafael de la Vega y Rábago, copia del más puro estilo castellano. El Seminario ruinoso, sombreado de álamos blancos y poblado de catecúmenos en sotana. Los edificios notables de *La Tercena o Estanco de Tabacos* y el mesón de San Carlos. La Catedral en construcción que

espera el gorjeo de los bronces del campanario.

En fiel recuerdo desfilan todos los tipos que sirven de pararrayos a la mofa del pueblo, los revive su imaginación: los ***cebaderos***, con sus botes frescos y helados; los ***aguadores*** o boteros, tirando de los asnos con sus botas de cuero y llaves de canjilón; los ***arañeros*** y cocheros, con sus carruajes semejantes a los ***kurumas*** orientales; los lecheros, con sus grandes recipientes de hoja de lata; los ***olleros***, con su loza de barro traída de Tepuche e Imala. En fin, mendigos lacerados, músicos populares, ***abasteros*** obesos y corajudos, beatas recatadas, colegiales parleros, graves señorones de levitón, aparecen retratados fielmente en su recuerdo con su colorido de antaño.

La tierra nativa lo atraía con vivencias cósmicas, la tierra que guarda el polvo de su padre, aquel aventurero chileno, motejado con el apodo de ***Caramocha***, y de su señora madre que había consumido su extraordinaria belleza en aquel rincón del mundo, obediente al verso clásico de no conocer más río que el de su patria.

Tenía deseos ardientes de regresar a la villa de San Miguel de Culiacán, que continúa con el devenir pacífico de su vida provinciana. Por las noches siguen las animadas y parleras tertulias frente a los zaguanes de las casonas, en que los vecinos más antiguos relatan anécdotas sabrosas sobre personajes y sucedidos sacados del libro de sus recuerdos.

Y luego el ocio de enfermo lleva su pensamiento a la perdida y única bienamada: Marta. Ninguna mujer en el mundo había sido amada igual, ni Aminta, ni la provocativa Safo cual hecha de nieve, cabellos de azafrán y ojos verdes punteados de oro. El amor más grande de su vida, queda en el secreto porque el clero lo obliga a declarar que no había tenido ningún hijo natural. A la Iglesia, como a las amantes envejecidas, gusta que le mientan.

Jorge había ayudado a su hija Rosa María, quien casó en vida del marqués con un famoso abogado de la ciudad de México de apellido Quintanilla. Al enviudar doña

Rosa, vivió tranquilamente sus días en un palacete de frondosos jardines, cercano al *Árbol de la Noche Triste*, en Popotla, Tacuba. Murió a una edad avanzada, cuando el autor principiaba a escribir los primeros capítulos de esta obra, dejando una cuantiosa fortuna.

Carmona, aunque presentía su final, se mantenía sereno y conversador. Una mañana, en los primeros días de marzo, el médico encontró a su paciente alegre y platicador.

—Buenos días, doctor—le dijo.

—¿Cómo se siente usted, señor Carmona?—preguntó Chacón después de contestar al saludo.

—Un poco mejor—añadió el enfermo.

Y principió a contar al galeno, con la llaneza de los hombres del norte, los hechos principales de su vida. Recordó su niñez y al cura don René Gaxiola y luego exclamó:

—A propósito, doctor, deseo confesarme.

—No estaría mal, ¿es usted creyente? —le interrogó.

—No; soy cristiano.

—Entonces llamaré al jesuita Jesús García G.

Por la tarde llegó el clérigo, un hombrecillo pedante y ceremonioso. Lo primero que hizo fue indagar la vida privada del marqués y después, hacerlo declarar que no había tenido hijos naturales, antes de darle su absolución. Y todavía hizo más: explotando el estado sentimental del enfermo, cobró sus buenas monedas de oro por agenciar la bendición papal.

Todos esperaban que Jorge Carmona, marqués de San Basilio, tuviera una muerte armónica con sus andanzas picarescas. Si no la muerte de un genio como Beethoven, entregando su espíritu durante una tempestad al fulgor de un relámpago, sí un epílogo de novela ochocentista. "Pudo haber muerto —decía un periodista— como lo

exigía la alcurnia de su existencia incontenida".

Efectivamente, el noble pontificio, debió tener un final intempestivo y trágico. Morir en un naufragio, ofreciéndole su salvavidas a una mujer; en un duelo con el agresivo coronel Francisco Romero; atropellado por los caballos encabritados de algún coche o suicidándose por amor como los personajes de las novelas románticas.

El marqués de San Basilio, Jorge Carmona, ha defraudado el interés de los amables lectores; murió vulgarmente. Fue a las tres de la mañana del sábado 20 de marzo de 1897. Casi solo, apacible en su lecho, recibió la visita de la muerte. Alguna mano extraña le cerró los ojos.

El fallecimiento del marqués de San Basilio se debió, según el dictamen médico, a un envenenamiento general producido por la lesión con lápiz que un mes antes le había hecho un mozo de las mensajerías, y que le provocó una encefalitis aguda.

La capilla ardiente se levantó en su lujosa mansión, en el número 11 de la avenida Juárez. Se adornó con el cuadro que representa a ***Juana la loca*** llevando por las campiñas el cadáver de Felipe ***el Hermoso*** alumbrado por las hachas de fantástica comitiva.

El cadáver del marqués de San Basilio fue velado en la amplia sala de aquella casa, colocado en una elegante caja llena de ramos y coronas de flores que enviaron algunos amigos del finado. Estuvieron en la casa varios diputados, senadores, abogados y amigos del señor Carmona.

El sepelio tuvo lugar el domingo 21 de marzo y fue suntuoso. La carroza fúnebre fue tirada por seis frisones con gualdrapas negras y penachos blancos. Las campanas de la Basílica daban los ***dobles*** por un fiel cristiano. Hubo misa de ***Requiem*** con cuerpo presente, cantada por un cura con casulla bordada en oro y morado y otros dos que llevaban dalmáticas como se estila en la liturgia de los oficios de difuntos. Al pie del altar se destacaba el féretro iluminado por cuatro cirios enormes. "El órgano

solemne y triste, llenó la nave de melancólicas y vibrantes melodías, y la voz del barítono, elevándose sobre todas las notas gemidoras, entonó ***Ne m'oubliuz pas"***.

Al salir del templo el cortejo fúnebre subió la rampa hacia el cementerio. Los hombres con el sombrero de copa en la mano y vistiendo de riguroso luto, con sus rostros austeros contemplaban el pórtico y la escalinata del Tepeyac.

Dos beatas se santiaguaron al pasar el ataúd; una de ellas preguntó a la otra:

—¿Quién es?

—Dicen que es un marqués…

—Aquí, en el panteón, todos son iguales—intervino un ***peladito***—, no hay clases sociales. ¡Es la justicia de la tierra!

Las beatas, iracundas, lo miraron y se retiraron musitando sus oraciones. El hombre reía ante el espectáculo hipócrita de la sociedad humana.

Ante el cadáver de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, un hombre del gobierno entonó una oración fúnebre con la oratoria ampulosa de don ***Pancho*** Bulnes, que se estilaba en las solemnidades de la época, y con el pretexto de hacer la apología del difunto hizo la apoteosis del régimen porfirista.

Se le sepultó en el panteón del Tepeyac en un severo monumento de mármol blanco de Carrara, aderezado con una pequeña y forjada reja de fierro a la orilla de una avenida bordeada de esbeltos cipreses. Allí descansa junto a su esposa doña Dolores Arriaga de Carmona y su hijastro Emilio Béistegui Arriaga. Arreglaron la tramitación necesaria ante el Juez del Estado Civil, el señor Enrique Valle, íntimo amigo del marqués, y don Arturo Bonnet.

"El señor Carmona ocupaba un distinguido rango social, vivió largo tiempo en Europa, donde disfrutó de grandes consideraciones, pero el amor a la patria lo obligó a

desprenderse de sus ricas propiedades y volver a México; hace tiempo formaba parte del Poder Legislativo donde lo acaba de sorprender la muerte", dice una gacetilla de la época.

Toda la prensa nacional y extranjera dedica elogiosas notas necrológicas al marqués de San Basilio. En París, los periódicos recordaron algunos hechos de su vida, pues su biografía y su fortuna ocuparon las planas de los más importantes diarios franceses.

Yasí termina la interesante vida de este inquieto personaje. Del marqués de San Basilio sólo queda un recuerdo, en el sacro cementerio del Tepeyac, desde el cual se domina el cielo límpido del valle de México y las doradas cúpulas de la Basílica de Santa María de Guadalupe. La inscripción latina en el epitafio de su sepulcro, será breve, de acuerdo con el juicio del prudente Marco Aurelio:

"Todo se desvanece al instante, los cuerpos en el seno de la tierra, y el recuerdo en el seno de las edades".

✿ ✿ ✿

En el antiguo palacio de Cordobanes, en la calle de Donceles, aun no terminado el novenario de difuntos, en sufragio de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, se reúnen sus parientes para saber su última voluntad y la distribución de su fortuna.

Cinco días después de su óbito, decía un periódico, se presentó ante el Juez 21 de lo Civil el testamento del diputado don Jorge Carmona, quien fue en Europa marqués de San Basilio. El abogado de la testamentaría fue el Lic. Indalecio Sánchez Gavito. Para unos, los únicos herederos del señor Carmona son los familiares del joven Béistegui (hijo de don Isidro Béistegui y Dolores Arriaga), de cuyos bienes era administrador el finado. Algunas hojas periodísticas decían que su fortuna alcanzaba a millón y medio de pesos. Otro periódico asegura que don Jorge Carmona dejó al morir como único heredero a su hijo Jorge Valentín Carmona y Arriaga[15], que se encontraba en

Barcelona, España, de donde salió inmediatamente al recibir la noticia.

---

[15] Nos ha referido el señor General de Brigada e Ingeniero don Vito Alessio Robles, eminente historiador, que cuando él ingresó como cadete al heroico Colegio Militar de México, conoció a Jorge de Carmona (hijo), que era Cabo de la Compañía a la que pertenecía y que por cariño le decían "Monsieur De Carmona".

Efectivamente, después de la muerte de su padre, el joven Jorge de Carmona y Arriaga, se radicó en la ciudad de México, donde era muy estimado; se educó en Portugal, heredando de su padre el título de Marqués de San Basilio, fue Camarero de Su Santidad el Papa, Muy Ilustre Señor de Capa y Espada como Comendador de la placa de la Sacra Orden Militar del Santo Sepulcro, Caballero de Colón y ostentaba, además, altas y preciadas condecoraciones.

La muerte del nuevo marqués de San Basilio fue misteriosa y trágica; el día 3 de enero de 1923, un cabo de la Gendarmería Montada, Conrado Morán, halló su cadáver en uno de los prados de la primera calle del Rhin, en la Colonia Cuauhtémoc.

El crimen causó una gran sensación, porque era un personaje altamente conocido en los círculos sociales metropolitanos, y se divulgaron las más fantásticas hipótesis. La más creíble es que el señor Jorge de Carmona, el día de su asesinato, salió por la tarde de su residencia, situada en el pueblo de Popotla, en la calle de Cuitláhuac número 19, a bordo de un automóvil Ford de su propiedad, manejado por el chofer Joaquín Cadena. Visitó a su doctor, don Manuel Zubieta, en la calle de Arquitectos, en la colonia San Rafael, y después, la residencia, en la calle de Milán, de su amigo el señor don Francisco García de Castañeda, representante consular en México de la República Dominicana.

De esta residencia consular fue al Hotel del Bazar, en la avenida Isabel la Católica, en donde estuvo conversando con el administrador del establecimiento, señor Enrique Quintanilla, y a donde fue, según se dijo, con el objeto de recoger determinada suma de dinero que le había dejado allí el señor Malo, apoderado en México de la familia Iturbe.

El señor Quintanilla dijo al señor De Carmona que le tenía setecientos

Refiriéndonos al testamento de don Jorge Carmona, marqués de San Basilio, documentados por la prensa de la época, anotamos que el lunes 29 de marzo de 1897, a las once horas y media de la mañana, con todas las formalidades de ley, se abrió en el Juzgado 21 de lo Civil el pliego que encerraba la última voluntad del finado don Jorge Carmona.

En este documento fechado en 8 de junio (1893), figura como notario dando fe el señor Alberto Ferreiro, y

---

pesos en monedas de plata y setecientos en oro. El marqués de San Basilio sólo tomó esta última cantidad, salió del hotel y dio instrucciones al chofer Cadena, para que lo llevase al edificio central de Correos.

El señor De Carmona descendió del automóvil en la puerta oriente del edificio, en la calle de la Condesa, y penetró a depositar algunas cartas. Y desde ese momento se pierden las huellas de la víctima hasta que de manera incidental fue encontrado ya sin vida en la calle del Rhin.

"Todo hace presumir —dice la prensa de la época— que el señor De Carmona falleció en una de las viviendas situadas en la avenida Hidalgo, frente al Teatro Nacional (en construcción). El Juez Octavo de lo Penal, Lic. Jesús Moreno Baca, ha citado para las averiguaciones a algunos de los moradores de aquellas viviendas, pues según se dijo, se le vio penetrar a una casa frente al Templo de San Hipólito; estas accesorías están ocupadas por ***demimondaines***, se cree que las personas para no verse mezcladas en líos judiciales sacaron el cadáver y fueron a tirarlo en la calle del Rhin. Dio origen a esta versión el haberse encontrado en las ropas del extinto señor De Carmona varias tarjetas de mujeres francesas".

Confirma lo anterior el certificado de necropsia practicado por los médicos legistas señores Luis Gutiérrez y N. Zárate, quienes dictaminaron que falleció "de una desgarradura del corazón". El cadáver fue reclamado por la señorita Rosa María Carmona, medio hermana del occiso, encargándose de las tramitaciones legales su apoderado señor Gabriel Galant. Al marqués de San Basilio se le sepultó en el Panteón Español.

como testigos los señores Celso Gaxiola, Javier Meza y Juan Pegaza. Del testamento fueron presentados dos ejemplares: uno por el señor Antonio Quintanilla y otro por el señor Antonio Fernández. Al primero, representa en sus intereses el licenciado don Indalecio Sánchez Gavito. Con excepción del señor Pegaza, que se encontraba ausente de la capital, asistieron al acto las personas expresadas.

El testamento del señor Carmona es por demás sencillo:

Deja como heredero universal de sus bienes a su hijo Jorge Valentín Carmona y Arriaga, y una dote de diez mil pesos a la señorita Luz Uraga.

En una de las cláusulas del pliego, dice el señor Carmona que en caso de que hijo muriera antes que él, se le daría una mensualidad de quinientos pesos a la esposa de un señor Goríbar.

Declara el señor Carmona que no tiene más que un hijo, que es su heredero y que no ha tenido ningún hijo natural. Sus bienes consisten en el mueblaje de su casa y en la parte que tiene en la sociedad mercantil ***Béistegui-Carmona***.

"Bien sabido es que el señor Carmona —comenta un periódico— era propietario de la hacienda ***La Soledad,*** cercana a Tlalpan y de algunas otras posesiones de valor, que le hacían aparecer en México como un hombre acaudalado. Sin embargo, de esas propiedades no hace la más ligera mención en su testamento".

Este proceder, que parecía raro a los redactores de periódicos, fue un póstumo acto de justicia con que remedió en algo sus aventuras galantes el marqués de San Basilio.

Bibliografía

Documentos, libros, folletos y periódicos consultados para escribir esta obra

Acta de bautismo de Jorge de la Paz Carmona de 27 de enero de 1837.

Libro de Actas de Bautismo número 7, página 188 y vuelta, de la Santa Iglesia Parroquial de San Miguel de Culiacán, Sinaloa.

Acta de defunción de Jorge Carmona. Libro número 428, a fojas 135 del Registro Civil de la Ciudad de México. 1897.

Acta del matrimonio civil de Jorge Carmona y Dolores Arriaga, Vda. de Béistegui. Documento 303, Libro número 51, foja 312, del Registro Civil de la Ciudad de México, de 19 de mayo de 1874.

Acta del matrimonio religioso de Jorge Carmona y Dolores Arriaga, Vda. de Béistegui. Documento número 91 del Sagrario Metropolitano de México,

Libro 70, a fojas 78 y vuelta. Año de 1874.

Andrieux, M. ***Souvenirs d'un Préfet de Police.*** Tomo I. Octava Edición. París, Francia.

Boletín de noticias de los Republicanos, Número 1. Periódico Oficial del Estado de Sinaloa. 1864.

Blasio, José Luis. ***Maximiliano íntimo.***

Carrillo, Adolfo. ***Memorias del marqués de San Basilio.*** Este folleto no es auténtico; se atribuye al escritor Carrillo y hace referencia a las memorias de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, publicadas el año de 1897, en San Francisco, California, por The International Publishing Co., con una nota de los editores y una lámina en la carátula sobre el asesinato del Lic. Manuel Bolado.

Calderón, Santiago. ***Apuntes para la Historia de la Ciudad de Mazatlán.***

De la Vega, José. ***Vida y hechos del marqués de San Basilio. El Universal.*** 1897.

Filio, Carlos. ***El marqués de "Caramocha".*** Breve artículo publicado en el ***Libro de las Anécdotas.*** México, 1935.

García Granados, Ricardo. ***Historia de México.*** Tomo II.

Paz, Ireneo. ***Algunas campañas***. Memorias escritas por... Segunda edición. México. Imprenta y Litografía de Ireneo Paz. 2a de la Independencia número 2. 1884.

-Los hombres prominentes de México. Obra escrita en español, francés e inglés. México. Imp. y Lit. de la Patria. 1888.

-Los dos Antonios. (Antonio Rosales y Antonio Molina). Oficina Tipográfica de la Patria. México.

Quevedo y Zubieta, Salvador. ***Manuel González y su Gobierno en México***. Anticipo a la "Historia Típica de un Presidente Mexicano". Tercera edición. Con

correcciones y adiciones hechas por el autor. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1928.

Registro del Panteón del Tepeyac, inhumación de Jorge Carmona, marqués de San Basilio. Lote F, fosa número 14. 1897.

Ríos, Enrique M. de los, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón, Ángel Pola y Aurelio Garay. ***Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención.*** México, Imprenta de "El Hijo del Ahuizote". Año de 1890.

Sosa, Francisco. ***Biografías de mexicanos distinguidos.*** México. Imprenta de la Secretaría de Fomento. Año de 1884.

Testamento de Jorge Carmona, marqués de San Basilio, otorgado el 8 de junio de 1893. Consúltese el periódico judicial ***El Foro,*** de 1897, y el número correspondiente al 18 de febrero de 1884, sobre el fusilamiento de Agustín Rosales.

Tiempo, periódico del 21 de marzo de 1897, con la información sobre la muerte de Jorge Carmona, marqués de San Basilio. Sobre este mismo suceso consúltense los periódicos de la misma fecha: ***Monitor Republicano, El Nacional, El Mundo, El Diario del Hogar, El Universal, Correo Español*** y ***El Foro.***

Índice

Cayó de pie Jorge Carmona en el pitayal
7
Engarce
11
Caramocha
15
Un monago inquieto
29
Buhonero en Sonora
41
La mujer es como el hierro
53
Chinaco de blusa colorada
63
Contra el *Tigre de Alica*
75

México adentro
89
Desterrado a San Francisco
101
La batalla de San Pedro
115
En la expedición de Castagny
127
Oficial en el regimiento de la emperatriz
139
El amor todo lo vence
151
Marqués de San Basilio
165
Sus andanzas en París
177
De regreso a México
189
La muerte del marqués de San Basilio
201

Bibliografía
211

Andanzas del marqués de San Basilio
Héctor R. Olea
Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017
en los Talleres Gráficos de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa.
La edición consta de 1000 ejemplares.